ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA

ADIÓS, MISTER TRUMP

Una novela en la que todo lo narrado
podría estar ocurriendo ahora mismo

Alberto Vázquez-Figueroa nos sorprende una vez más con una novela que se adelanta a la actualidad. Estados Unidos, México y el controvertido presidente Trump están en el foco de un tinglado de negocios, intrigas e intereses creados que sumerge al lector en una trama de acción en la que solo se plantea una duda: ¿Ficción o realidad? Un grupo de narcos decide blanquear el dinero de la droga con una obra de ingeniería de proporciones faraónicas inspirada en un antiguo proyecto español: la construcción de un canal interoceánico entre el Atlántico y el Pacífico cruzando… México. Tienen en contra no solo las dificultades técnicas que tal empresa conlleva sino, sobre todo, los intereses panameños y norteamericanos con su presidente Donald Trump a la cabeza. Y a favor cantidades inagotables de dinero y el trabajo de miles de espaldas mojadas que deciden cruzar la frontera de vuelta a México, orgullosos de participar en una obra que devolverá su antiguo esplendor a su país.

Alberto Vázquez-Figueroa

Adiós, Mister Trump

Una novela en la que todo lo narrado podría estar ocurriendo

ePub r1.2

Titivillus 14.09.2019

Título original: *Adiós, Mister Trump*
Alberto Vázquez-Figueroa, 2017
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Sobre el autor

Prólogo

El ferrocarril Transístmico, un corredor ferroviario entre el golfo de México y el Pacífico a través del istmo de Tehuantepec es una vieja aspiración nacional, su impulso dentro de una iniciativa de zonas económicas especiales es anterior al liderazgo de Donald Trump pero la llegada de este a la Casa Blanca lo hace especialmente oportuno.

Ante la eventual revisión del comercio entre las dos naciones reclamada por el nuevo presidente estadounidense el Transístmico ayudaría a México a afrontar esa situación facilitando la búsqueda de nuevos mercados más allá del de Estados Unidos al que los mexicanos destinan hoy el ochenta por ciento de sus exportaciones. Sin embargo, las dificultades económicas que atraviesa el país siembran dudas sobre la ejecución del proyecto.

El Gobierno aprobó un plan para la creación de tres primeras zonas económicas especiales, y se anunció también la zona especial del corredor de Tehuantepec, entre el puerto de Salina Cruz, en el Pacífico, y el de Coatzacoalcos, en el golfo de México.

Se trata de competir con Panamá en lo que los técnicos llaman un «canal seco», un corredor con infraestructura ferroviaria para la circulación de trenes de mercancías. El trazado, sin apenas dificultades de ingeniería por ser un terreno prácticamente llano tendría casi trescientos kilómetros, cien más de lo que mide el istmo en línea recta. El canal de Panamá mide sesenta y cinco kilómetros.

Con puertos en cada extremo debiera servir para la salida al exterior de mercancías de la región pero sobre todo para la conexión de aquellas rutas marítimas a las que suponga un ahorro de tiempo en comparación con el canal panameño. Esto último

ocurre con todas las rutas que salen desde la costa este de Estados Unidos rumbo al Pacifico, muy especialmente las que parten del propio golfo de México.

El imperio español ya utilizó México como su «intercambiador» para conectar la península con Asia. El llamado «galeón de Manila» fue la primera ruta comercial que unió Asia con Europa a través de América: el galeón salía de España y llegaba a Veracruz. De allí las mercancías eran llevadas por tierra a Acapulco donde se reembarcaban hacia las Filipinas.

El istmo de Tehuantepec siempre estuvo entre las opciones para un canal transoceánico. Era el lugar más conveniente para Estados Unidos por la cercanía a su costa. A mediados del siglo XIX los estadounidenses quisieron comprarlo pero la negativa mexicana junto a las oportunidades surgidas en países vecinos llevó a Washington a inclinarse primero por Nicaragua y luego por Panamá. Los mexicanos trazaron una línea férrea en Tehuantepec a comienzos del siglo XX, pero dejó de ser negocio tras la inauguración del canal panameño.

Varios países están intentando plantear algún tipo de competencia en el tránsito transoceánico. Además de la iniciativa de un canal en Nicaragua —un proyecto chino a todas luces inviable—, están las más serias alternativas de comunicación terrestre entre los dos océanos promovidas por Guatemala y México.

En virtud de la crisis que padece México en este momento, algunos proyectos se habrán de diferir o cancelar.

Al presidente Peña Nieto le queda poco de mandato por lo que no es fácil que se embarque en una iniciativa que requiere largo tiempo de ejecución. Además, no es la primera vez que se anuncia el plan para luego dar marcha atrás debido a que si hace un siglo quedo demostrado que la línea férrea o «canal seco» resultaba ruinosa las condiciones no han cambiado como para garantizar su viabilidad.

1

—Me consta que algunos de ustedes estuvieron aquí a menudo, pero para aquellos que no vinieron nunca les aclararé que este lugar se llamaba El Convento y tenía fama de ser el mejor prostíbulo del continente debido a la belleza de sus mujeres y a que era el único cuyo cocinero poseía dos estrellas Michelin. —Arturo Fizcarrald introdujo la lengua en el hueco de una muela que le habían arrancado siendo muy joven pero que nunca había querido que le sustituyeran porque aquel simple gesto le ayudaba a pensar—. Por suerte o por desgracia ahora se ha convertido en la sede de las empresas Dinka —añadió—, y aunque muchas cosas han cambiado, hemos conservado al cocinero que, como acaban de comprobar, mantiene sus dos estrellas y esperamos que pronto le concedan una tercera que bien se la merece. —Encendió un habano, que parecía ser el justo colofón a un excepcional almuerzo, varios de los presentes le imitaron, y tras pedir disculpas a quienes no fumaban, prosiguió—: Supongo que como empresarios considerarán que instalar las oficinas de la compañía en un monasterio cuya restauración costó una fortuna y dar de comer de tan portentosa manera al personal constituye una absurda insensatez, pero precisamente debido a que se trata de una insensatez que les puede hacer perder mucho dinero, es por lo que espero que inviertan en nuestro proyecto.

—¿He entendido mal o nos está pidiendo que invirtamos sabiendo que vamos a perder dinero?

—Es lo que he dicho.

—¡Pero eso es una insensatez!

—También lo he dicho… —insistió don Arturo.

—¿Y en qué se basa a la hora de suponer que vamos a cometer semejante disparate?

—En un dicho que todo buen inversor, al igual que todo buen pescador, conoce: «Cuando atrapes un gran pez, no te lo comas; emplea una parte en cebar anzuelos con los que conseguir otro mayor hasta que atrapes al rey de los mares».

—¿Y cuál es, según usted, «el rey de los mares»?

—Un canal al mismo nivel y sin esclusas que uniría el Atlántico con el Pacífico, y que sería el único por el que podrían cruzar todos los barcos cualquiera que fuera su tamaño.

—Desde luego, se trata de una forma garantizada de perder dinero —admitió el escéptico Bruno Schael, que era el único de los invitados que había hablado hasta el momento—. ¿Acaso intenta competir con el de Panamá?

—Competir con el canal de Panamá sería como correr contra un anciano artrítico, cojo y tuerto… —sentenció Arturo Fizcarrald mientras se servía una copa de coñac en el que humedeció ligeramente la parte posterior de su habano—. El problema no es correr; el problema es que los panameños harán todo lo posible por impedir que se inicie una carrera que saben que tendrían perdida de antemano.

—Recuerdo algo que escribió hace años un científico irlandés —intervino Giovanni Malco, que aunque no apartaba los ojos de la mujer que se sentaba frente a él no perdía detalle de cuanto se decía —: «Nunca te preguntes a quién beneficia lo que hagas; pregúntate a quién perjudica porque de su poder dependerá que funcione o no». Viene al caso, pues considero que efectivamente su canal está obsoleto, pero Panamá es un enemigo temible sobre todo teniendo en cuenta que los americanos les respaldan y Donald Trump no es de los que permiten que nadie se interponga en su camino.

—Eso lo sabemos y también sabemos que los intereses a los que nos vamos a enfrentar son muy poderosos, pero por eso mismo hemos planteado este asunto desde un punto de vista totalmente diferente.

—¿Y es…?

—Que vamos a apostar cuarenta mil millones de euros a que somos capaces de abrir un canal entre los océanos Atlántico y Pacífico atravesando el istmo de Tehuantepec en menos de cinco

años.

—Repita eso…

—Es fácil; vamos a apostar cuarenta mil millones de euros a que somos capaces de abrir un canal entre los océanos Atlántico y Pacífico atravesando el istmo de Tehuantepec en menos de cinco años. Se inaugurará el 22 de febrero de 2022.

—¿Y por qué exactamente ese día?

—Porque el 22-02-2022 es el único día perfectamente capicúa de este siglo y tendrán que pasar novecientos ochenta y un años hasta el

30-03-3003

para que se produzca otra fecha tan merecedora de semejante honor.

Se sumergió totalmente en la bañera.

Aquella constituía su mejor terapia, la única que le permitía desprenderse de todo olor o contacto ajenos, devolviéndole a los hermosos tiempos en los que buceaba en una charca tratando de atrapar cangrejos que se le escurrían entre los dedos.

El agua era el refugio en el que volvía a ser la Caribel de siempre gracias a que durante largo rato conseguía recuperar parte de su autoestima.

A base de un impactante físico, un buen hacer profesional y una notable cultura que incluía hablar cinco idiomas, había conseguido convertirse en la prostituta mejor pagada de El Convento, un lugar en el que se cobraba por ver, oír, oler, gustar y sobre todo tocar. Quien decidiera atravesar el enrejado portón que daba acceso a sus cuidados jardines y sus luminosos claustros sabía que pasaría unas horas inolvidables, ya que no existía lugar sobre la tierra más parecido al paraíso dado que allí encontraban lo mejor de lo mejor, especialmente en lo que se refería a mujeres.

Las había de todos los colores, razas y estilos, por lo que algunos clientes parecían disfrutar más observándolas en los salones, el

piano-bar,

el exclusivo restaurante o el pequeño casino que llevándoselas a la cama.

Cerró los ojos y jugó una vez más a contener la respiración como cuando perseguía cangrejos en la charca.

Bajo el agua, los sonidos ganaban en intensidad y aunque

aquellos muros de piedra hubieran sido levantados nueve siglos atrás, su bañera coincidía con la del dormitorio contiguo por lo que en ocasiones percibía ruidos de pasos, cerrar de puertas, tintinear de copas e incluso voces.

No movió un músculo y aguardó mientras una diminuta burbuja le surgía de la comisura de los labios y ascendía en busca de la superficie en la que reventó con un susurro.

Le llegó con notable claridad una voz que cantaba horrorosamente en el cuarto de baño vecino, y no pudo por menos que sonreír debido a que era la primera vez que oía cantar al otro lado de la pared y lo agradecía por muy mal que lo hicieran.

Apenas hacía un mes que había regresado a su antiguo dormitorio, pero en esta ocasión no lo había hecho con el fin de recibir ansiosos clientes que no dudaban a la hora de abonar cuatro mil euros por el placer de desnudarla; ahora lo había hecho como alta ejecutiva de una multinacional en la que, al parecer, todo el mundo estaba mal de la cabeza.

Cobraba infinitamente menos, de eso no cabía la menor duda, pero siempre había asumido que en el mercado de la prostitución las tarifas más altas tan solo se mantenían mientras las puntas de los pezones apuntaran al cielo.

Dentro de un par de años apuntarían al horizonte y tal vez aún pasarían otros dos hasta que apuntaran al suelo, pero hacía ya algún tiempo que ansiaba abandonar una profesión de la que convenía salir antes de que lo exigiera la ley de la gravedad.

Tal como asegurara su gran maestra *Lady* Ámbar en su inconcluso *Manual para señoritas de compañía*:

«Para nosotras ninguna ley es tan temible como la ley de la gravedad porque podemos evitar que nos detengan o nos deporten, pero no podemos evitar que se nos caigan las tetas o se nos aflojen las nalgas. —Luego añadía—: Y no conozco a ningún policía que te persiga desde el día que naces hasta el que mueres».

Se preguntó qué consejos le daría si la viera convertida en «mujer de negocios», aunque le constaba que su primera pregunta sería:

—¿Qué clase de negocios?

Y no sabría qué contestarle. En aquellos momentos no lo sabía, aunque esa misma mañana hubiera asegurado:

—Soy la vicepresidenta a cargo de inversiones de la Dinka Interoceanic y mi trabajo consiste en reunir los ochenta mil millones de dólares que se necesitan para abrir un canal entre dos océanos.

Sin duda *Lady* Ámbar le habría respondido que sonaba a disparate, pero que al menos sonaba bonito, y que más valía que le pagaran por algo destinado al fracaso a que no le pagaran por algo destinado al éxito.

Un gran número de soñadores considerarían casi una herejía semejante respuesta, pero la veterana meretriz había conocido a cientos de hombres y por lo tanto sabía muy bien que cuando alcanzaban el éxito no solían compartirlo con quienes les habían ayudado. Era una forma de reconocer que el triunfo no les correspondía por completo.

Si habían pagado por la ayuda era distinto; quien ha pagado no tiene por qué repartir beneficios y eran más los avariciosos del éxito que del dinero, e incluso más los dispuestos a regalar su dinero que su éxito.

En cierto modo, Caribel sostenía esa misma opinión. Para ella tenía infinitamente más importancia el «éxito» de haber abandonado la profesión y conseguir un trabajo decente que «una parte del dinero» que guardaba en los bancos.

Solamente «una parte», no toda, puesto que aún tenía mucha vida por delante, y por lo que había oído comentar a Bruno Schael, invertirlo en las empresas Dinka era una forma absurda y segura de perderlo.

No creyó que le asistiera la razón hasta que a los pocos instantes escuchó cómo Arturo Fizcarrald afirmaba: «Vamos a apostar cuarenta mil millones a que somos capaces de abrir un canal entre los océanos Atlántico y Pacífico a través del istmo de Tehuantepec en menos de cinco años».

En ese momento advirtió que se le arrugaban los pezones, el ombligo e incluso lo que tenía más abajo, quizás debido que ni siquiera ella, su mejor amiga, aliada y examante, aquella con la que solía compartir sus más íntimos secretos, tenía la más ligera idea de que estuviera dispuesto a soltar semejante patochada.

Y la había soltado con el más absoluto desparpajo.

Asomó la cabeza, tomó aire y volvió a sumergirse sabiendo

como sabía que bajo el agua solía tener una percepción más nítida de los problemas, aunque en este caso continuaban pareciéndole igualmente turbios, en parte debido a que ocho hombres y tres mujeres de muy considerable peso social, político y económico se habían quedado como alelados ante tan demencial declaración. Tres habían hecho ademán de abandonar la estancia pero les contuvo el que Fizcarrald hubiera añadido casi de inmediato:

—El montante necesario para cubrir la apuesta se encuentra depositado en las cajas fuertes de la Sterling-Harrison, y su presidenta, Silvana, a la que todos conocéis, dará fe de ello.

—Allí están… —había confirmado la aludida—. Y garantizo que tan solo se utilizarán para pagar esa apuesta.

Quienes estaban a punto de marcharse parecieron quedarse pegados a sus asientos porque todos conocían a Silvana Sterling-Harrison y todos sabían de la justa fama de solvencia de la empresa que había fundado su abuelo. Confiaban en su absoluta discreción a la hora de ocultar la parte de sus patrimonios de la que nada debían saber ni los Gobiernos ni mucho menos sus agencias tributarias.

—¿Quiere decir que realmente existe esa cantidad…? —había inquirido el insistente Bruno Schael.

—Realmente existe… —Fue la indiscutible confirmación de una imperturbable mujer que estaba acostumbrada a manejar cifras muy superiores—. Y les garantizo que nadie tocará ese dinero bajo ningún concepto.

—Sigo pensando que es una locura; no se puede construir un canal interoceánico en cinco años.

—En ese caso, apueste en contra —fue el reto de don Arturo Fizcarrald—. La cantidad mínima son mil millones, y si gana, y le veo convencido de ello, al término de esos cinco años le devolveremos su dinero y otros mil millones lo cual significará que habrá obtenido un beneficio del veinte por ciento. —Lanzó una columna de humo antes de concluir—: Que yo sepa, en estos momentos nadie ofrece unos intereses tan altos.

Necesitó tomar aire y volver a sumergirse.

Estaba furiosa y tenía razones para estarlo porque se sentía menospreciada y traicionada.

Arturo Fizcarrald era la persona a la que sin duda mejor conocía porque se había acostado con él cientos de veces, habían mantenido

larguísimas conversaciones e incluso habían compartido pequeños secretos, pero jamás le había dicho una sola palabra sobre tan absurda apuesta.

Que la Sterling-Harrison, una cursi que presumía de haber tenido por amante a un rey que se tiraba pedos y eructaba, supiera algo que ella debía haber sido la primera en saber le sacaba de quicio.

—¡Ese cerdo me va a oír…! —masculló mientras salía del agua y comenzaba a secarse.

2

Arturo Fizcarrald la escuchó durante un par de minutos, cortándola en seco en el tono que solía utilizar cuando ejercía de presidente de las empresas Dinka.

—¡Escúchame tú…! —señaló tajante—. Cuando solo era un cliente podías decirme lo que quisieras, puesto que tal como aseguraba tu admirada *Lady* Ámbar, «cuando dependemos de muchos hombres las mujeres podemos desprendernos de uno, pero cuando dependemos de uno no podemos desprendernos de muchos». Si te apetecía me mandabas al diablo y ni siquiera me quedaba el derecho al pataleo puesto que las normas de El Convento estipulaban que sus pupilas estaban autorizadas a rechazar a quien quisieran… —Hizo un amplio gesto con la mano señalando el jardín y el enorme edificio que le rodeaba—. Pero esto ya no es un prostíbulo, pequeña; es una empresa y no puedes venir a pedirme explicaciones porque ahora soy yo el que puede mandarte al diablo. —Súbitamente cambió el tono con la habilidad que acostumbraba al tiempo que la tomaba por el brazo conduciéndola hacia la entrada de pabellón principal—. En este negocio se van a mover miles de millones, por lo que hay detalles que de momento te conviene ignorar.

—¿Y a quién piensas estafar?

—A un avaricioso.

—¿Cuál…?

—Aún no lo sé, pero recuerda la norma básica del oficio: «Los únicos que se dejan estafar son los avariciosos».

—Y abundan.

—Pululan a nuestro alrededor, y lo primero que tenemos que

hacer es identificarlos para que nos ayuden a construir ese canal.

—¿En cinco años…?

—El tiempo lo dirá.

—¿Y qué pasará si no lo conseguimos?

—Que algunos perderán y otros ganarán, pero los términos «perder» y «ganar» no siempre significan lo mismo, ya que hay quien cree que gana cuando en realidad pierde, y hay quien ha ganado cuando todos creen que ha perdido.

—Siempre dije que eres un condenado fullero; uno de esos trileros que esconden una bolita bajo un vaso y le roban el dinero a los incautos.

—Y es cierto, pequeña, absolutamente cierto. Cuando tenía ocho años un trilero me enredó y se quedó con mi única moneda. Pasé una pésima noche, pero al día siguiente me encaré con él y le espeté: «Le agradezco que me haya enseñado una lección que tan solo me ha costado diez centavos porque es una experiencia que en el futuro me ahorrará mucho dinero». Y se lo dije de todo corazón porque no estaba furioso con él por ser un tramposo, sino conmigo por ser un panoli… —Arturo Fizcarrald se detuvo, permaneció un instante como embobado contemplando la belleza de Caribel a la que no se acostumbraba pese a los años de íntima relación, y tras agitar la cabeza como si él mismo no se lo creyera, cosa que solía hacer con frecuencia, concluyó con una divertida sonrisa—: Aquel viejo marrullero se me quedó mirando como si fuera un mono y tras pensárselo muy bien me dijo: «Si te devuelvo tus diez centavos, la lección no te habrá servido de nada, pero te daré veinte si me ayudas a sacarle cincuenta a esos paletos». —Su sonrisa se amplió —. Acabamos siendo socios; yo hacía de

«niño-mosca»

que siempre «adivinaba» dónde estaba la bolita, y a los palurdos le ofendía que un mocoso fuera más listo por lo que conseguíamos desplumarles.

—Si cuando yo digo que lo tuyo viene de largo…

—Para ejercer ciertas profesiones hace falta talento natural, un buen maestro y empezar joven porque loro viejo no aprende idiomas —reconoció don Arturo—. Y en cierto modo nos parecemos porque tú tuviste como maestra a *Lady* Ámbar y yo a don Alfredo.

—Pero yo me he retirado mientras tú continuas más activo que

nunca —le hizo notar Caribel.

—¡Vocación, pequeña…! A eso se le llama vocación —fue la descarada respuesta—. Yo aún mantengo viva mi vocación de trilero mientras que tú nunca tuviste auténtica vocación de «señorita de compañía», porque me consta que lo que verdaderamente te gusta es estar sola.

En eso tenía mucha razón. La auténtica vocación de Caribel era no ver a nadie, y si durante los últimos años había tenido que soportar la compañía de demasiados hombres, lo había hecho con el único fin de asegurarse un futuro en absoluta soledad.

Tal como le dijera tiempo atrás *Lady* Ámbar: «Lo que a ti te gusta es ser ermitaña de piscina privada, descapotable y abrigo de visón».

Y sabía lo que decía puesto que, entre otras muchas cosas, Caribel tenía un descapotable rojo, un abrigo de visón y una preciosa casa con piscina en la que no le estaba permitida la entrada a nadie.

La soledad era un tesoro que pocos apreciaban, pero quienes descubrían la belleza de no verse en la obligación de compartir sentimientos que no deseaban compartir acababan experimentando una profunda paz interior que jamás resultaría más intensa por el hecho de conseguir trasmitirla.

Y lo de Caribel no era la búsqueda de la felicidad eterna a través de la «meditación transcendental» o elevación del espíritu a esferas sobrenaturales; era, simple y llanamente, que no le gustaba la gente.

Siendo una mujer con un cuerpo perfecto, unas facciones perfectas y una edad perfecta, aborrecía que la admiraran o mostraran sorpresa cuando mantenía una conversación inteligente.

El exceso de admiración, al igual que todos los excesos, acababa produciendo hastío, y a ella ya le habían demostrado suficiente admiración cuantos pagaron fortunas por compartir su cama.

«Los mejores elogios siempre vienen impresos y acaban en tres ceros». Palabras de Lay Ámbar, palabras sabias.

—¡De acuerdo! —Admitió al fin—. Acepto que tienes una vocación que yo nunca tuve y ahora no soy más que una ejecutiva bien remunerada. ¿Qué tengo que hacer?

—Oír y callar. Y sobre todo no comentar que estuvimos juntos en Nicaragua o Panamá.

—¿O sea mentir?

—Preservar la intimidad de tus clientes no significa mentir, cielo; significa profesionalidad, y tú siempre fuiste una excelente profesional.

Caribel hizo un significativo gesto con la barbilla indicando el edificio:

—¿Los que están ahí dentro saben que fui «una excelente profesional»?

—Supongo que algunos están al tanto… —admitió don Arturo sin el menor empacho—. Incluso dos de ellos pueden jurarlo porque buen dinero les costaste, pero sus pecados son mil veces peores que los tuyos… —Le pellizcó la mejilla con un cariñoso gesto con el que pretendía infundirle confianza—. ¡Y ahora, vamos a por ellos y recuerda que siempre serás mi mano derecha, aunque en ocasiones te utilice como si fueras la izquierda!

—Tú siempre has tenido mucha mano izquierda.

Era muy cierto y cosa sabida que don Arturo Fizcarrald embaucaba por igual a ministros, instituciones, obispos o empresarios, y que guardaba una larga lista de todos aquellos funcionarios de alto rango a los que se podía sobornar en más de la mitad de los países del mundo.

Lady Ámbar lo había descrito de una forma muy gráfica: «Es un rufián de bajos fondos que trabaja a gran altura».

Su nuevo proyecto rayaba sin duda a gran altura, lo cual quedó en evidencia desde el momento en que penetraron en un amplio salón en el que aguardaban los invitados.

El centro de la estancia se encontraba ocupado por dos mesas cubiertas con paños y tras saludar con una encantadora sonrisa y hablando con el aplomo propio de quien está convencido de la fuerza de sus argumentos, don Arturo apartó el paño de la primera mesa con el fin de dejar al descubierto una llamativa maqueta del canal de Panamá en la que todo funcionaba con meticulosa precisión.

Un barco de unos diez centímetros de largo penetraba en las esclusas que recibían agua de un supuesto lago artificial y hacía exactamente el mismo recorrido, con idénticas subidas y bajadas, que hubiera hecho otro de cien metros de eslora en el auténtico canal.

—Como ven, cruzar de un océano a otro constituye un trabajo lento y farragoso que exige un notable esfuerzo tanto a las máquinas como a los que las utilizan —comenzó a decir Fizcarrald mientras señalaba con un puntero cómo funcionaba el complejo sistema de compuertas o se llenaban y vaciaban las esclusas—. Por término medio, cada barco utiliza en agua dulce el equivalente a lo que consume una ciudad de doscientos mil habitantes, lo cual trae como consecuencia que casi una tercera parte de sus ingresos del canal se dediquen a gastos generales… —Continuó marcando el itinerario que seguía el diminuto barco subiendo las enormes y complejas «escalinatas» de agua mientras añadía con manifiesta mala intención—: Nadie niega que hace cien años esta fuera una obra de ingeniería admirable, pero el progreso no puede ignorar lo que significa el paso del siglo en que nacieron la aeronáutica, la informática y la robótica. Este canal resulta ya tan anacrónico como una calzada romana y ha llegado el momento de sustituirlo por este otro.

Su gesto fue pomposo y teatral, propio del trilero que seguía oculto en el fondo de su alma, pero ejerció el efecto deseado, puesto que al apartar el segundo paño dejó a la vista una nueva maqueta que, al igual que la primera, reproducía el recorrido de un canal entre el Pacifico y el Atlántico.

La gran diferencia estribaba en que, siendo el doble de largo y el triple de ancho, aparecía absolutamente llano, sin una sola esclusa, de tal forma que las aguas de uno y otro océano se unían justo en el centro.

Tras un estudiado silencio durante el que permitió que los asistentes admiraran de cerca los detalles de su obra, agregó:

—Les presento lo que será un auténtico canal interoceánico merecedor de ese nombre, no una chapuza que une un océano con un lago y luego ese lago con otro océano. Y tampoco otra chapuza que une un océano con un tren y ese tren con otro océano. Es decir, les presento al futuro que sustituirá a un pasado al que ya no nos queda más que darle las gracias por los servidos prestados.

Don Arturo Fizcarrald tenía el corazón de un feriante, el hígado de un banquero y el estómago de un político, pero, por si todo ello no bastara a la hora de embaucar a posibles inversores, encima tenía razón.

Antes de entrar en el salón cada invitado había recibido un escueto informe que rezaba:

> Por el canal de Panamá nunca circularán más de diecinueve mil barcos anuales, y los de gran tonelaje, casi una tercera parte de los existentes en la actualidad, no podrán hacerlo jamás.
>
> No obstante, por un canal que siguiera la ruta marcada en 1812 por un equipo de ingenieros españoles cruzarían treinta mil barcos de todos los tamaños.
>
> Con el fin de evitar desniveles —y por lo tanto esclusas—, su recorrido se alargaría a unos doscientos ochenta kilómetros.
>
> El canal de Suez —de ciento sesenta kilómetros de largo, una anchura máxima de trescientos cuarenta metros y una profundidad media de veintidós— se inició a mediados del siglo XIX y se concluyó en diez años, pese a que no existían excavadoras mecánicas y tan solo se utilizaron picos, palas, cestos y camellos.
>
> Por Suez transitan unos veinte mil navíos al año y no posee la profundidad suficiente como para que lo hagan los de mayor calado, pero pese a ello percibe unos beneficios netos anuales de seis mil millones de dólares.
>
> El aumento del tráfico entre China, la India, Indonesia y Europa hace prever que en poco tiempo esos beneficios asciendan a ocho mil millones.
>
> Los barcos que el día de mañana eligieran el canal mexicano en su viaje entre las costas este y oeste de Norteamérica se evitarían los tres mil kilómetros que significan ir y volver hasta Panamá, con un claro ahorro en tiempo, personal y combustible ya que además la espera media en Panamá es de dos semanas.
>
> De igual modo, los navíos que llegaran de Extremo Oriente con destino a la Costa Este navegarían dos días menos, y los productos perecederos provenientes de Chile, Ecuador o Perú tendrían garantizado el arribo a su destino en el momento justo.
>
> Con la llegada al poder de Donald Trump, México se enfrentará a graves problemas en cuanto se refiere a la repatriación de inmigrantes y la amenaza de un muro fronterizo, y por lo tanto la apertura de un canal que se convirtiera en una auténtica autopista del mar sin ningún tipo de retrasos, esclusas ni impedimentos constituiría una gran fuente de trabajo y un argumento de considerable peso político.

—He mantenido unas primeras conversaciones con autoridades mexicanas, y puedo garantizar que las obras comenzarán en la fecha

prevista… —Don Arturo hizo una pausa propia de quien sabe que lo que está ofreciendo despertará la codicia de cuantos le escuchan, antes de concluir—: O sea, que quienes inviertan en el nuevo canal tendrán garantizado un beneficio neto del siete por ciento durante los próximos noventa años, con exención de impuestos durante los diez primeros.

—¿Eso está firmado? —quiso saber Giovanni Malco.

—Está firmado… —contestó con firmeza.

—¿Podemos verlo?

—No, porque quien no confía en mi palabra no tiene cabida en las empresas Dinka, y quien no tiene acciones no tiene derecho a ver ningún documento oficial.

—Una fórmula un tanto… —Bruno Schael dudó antes de concluir la frase—: dictatorial.

—Si intento abrir un canal que va a costar ochenta mil millones de dólares, y además pretendo que sea en cinco años, o utilizo todos los medios a mi alcance, sean o no dictatoriales, o me voy a Tahití a disfrutar de los que me quedan. —El trilero sonrió al puntualizar—: Eso quiere decir que a aquel que no esté interesado en invertir en el canal o apostar en mi contra le espera un coche que le llevará al aeropuerto.

Aquella era sin duda una arriesgada apuesta en torno a una apuesta demasiado arriesgada, o un abierto desafío a quienes no estaban acostumbrados a semejantes desafíos.

Caribel no pudo por menos que comentar para sus adentros que «el rey de los fulleros» les estaba retando a que averiguaran bajo qué vaso había ocultado la bolita.

Fueron unos momentos de duda durante los que una buena parte de los presentes se sintieron tan molestos que el orgullo pareció a punto de vencer a la curiosidad, pero fue entonces cuando, sacándose un nuevo conejo de la manga, Arturo Fizcarrald añadió como si careciera de importancia:

—¡Por cierto…! Visto que trascurridos esos noventa años el canal pasaría a ser de su propiedad, las autoridades mexicanas parecen dispuestas a no ser demasiado estrictas a la hora de investigar la procedencia de los capitales que se inviertan en su construcción. La mayoría de las veces harían la vista gorda, porque, al fin y al cabo, el progreso siempre es el progreso y en ocasiones

ese progreso llega incluso a través de las guerras más cruentas.

Caribel se atragantó y a punto estuvo de escupir la aceituna que tenía en la boca.

«¡La madre que lo trajo al mundo! —Comentó de nuevo para sí misma—. Les está incitando a jugar con lo único que les sobra… ¡Dinero negro!».

3

«Cualquiera que sea el color del billete con que te paguen, siempre será negro, querida»… —Había sido una de las primeras lecciones de *Lady* Ámbar—. Y tu principal preocupación debe centrarse en procurar que siga siéndolo».

Excepto cuando trabajaba como modelo de ropa interior y trajes de baño, lo que siempre había constituido una excelente tapadera a la hora de justificar ingresos y evitar que la expulsaran del país, nadie le había pedido nunca una factura a cambio de sus servicios, por lo que, siguiendo los consejos de su mejor amiga, había conseguido evitar que los maquiavélicos inspectores de hacienda, dos de los cuales incluso solían ser clientes habituales, consiguieran averiguar a dónde había ido a parar el fruto de tanto esfuerzo en la cama.

Media docena de apartamentos en tres países, un precioso chalé a doce kilómetros de El Convento, dos coches y un paquete de acciones de empresas de reconocida solvencia, certificaban que había sido una buena alumna.

Desde que abandonara la profesión se veía obligada a pagar impuestos y lo hacía sin ningún tipo de reparos, pero ya había aprendido lo suficiente como para comprender que a quienes escuchaban a don Arturo se les había encendido una bombilla desde el momento en que sugirió que tal vez el Gobierno mexicano no sería demasiado estricto en cuanto se refiriese a la procedencia del dinero que se invirtiera en la construcción del canal.

No era necesario saber mucho sobre dinero sucio como para comprender que aquellos invitados no habían sido elegidos al azar por quien lo sabía todo sobre corruptores y corrompidos, sino

porque le constaba que necesitaban una gigantesca «blanqueadora» y en aquel largo canal se podrían lavar toneladas de billetes mal obtenidos, por lo que a la mayoría de los presentes se les hacía la boca agua.

—La inversión mínima es de mil millones… —añadió al poco Fizcarrald como si estuviera hablando del precio de una moto—. Y eso da derecho a apostar otros mil a que el canal no se terminará en la fecha prevista.

—¿Está insinuando que es necesario invertir en el canal para poder apostar contra el canal?

—Contra la fecha de su terminación, que no es lo mismo —fue la rápida aclaración—. Existen dos escenarios: uno tiene que ver con la necesidad de legalizar ingresos y el otro tiene que ver con el juego. Quien quiera beneficiarse del primer escenario, tiene que participar en el segundo.

—¿O sea que todo queda en casa?

—Sí, pero garantizado por la Sterling-Harrison, de cuya solvencia ninguno de nosotros duda porque de lo contrario no le confiaríamos cuanto le confiamos.

Era una aseveración con la que todos estaban de acuerdo. Poner en tela de juicio la fiabilidad de la empresa más veterana en tan delicados menesteres era tanto como desconfiar de su propia inteligencia o su capacidad de elección, debido a lo cual su anfitrión explicó:

—Como ya he dejado dicho, si se gana la apuesta los beneficios netos serán del veinte por ciento, y si además el canal se concluye, sea cuando sea, se obtendrá un beneficio adicional de un siete por ciento durante noventa años.

Caribel admitió que aquel desvergonzado seguía siendo capaz de venderle arena a un beduino desconcertando a la flor y nata de los delincuentes económicos y evasores fiscales.

La mayoría se esforzaban calculando mentalmente, e incluso dos de ellos recurrieron a anotar datos en el margen de un «informe aclaratorio» que resultaba evidente que no les aclaraba gran cosa.

—Este maldito galimatías parece una tomadura de pelo… —masculló un desquiciado Giovanni Malco—. Pero mi instinto me dicta que es buen negocio.

—Mucho instinto hace falta para arriesgarse a invertir un

mínimo de mil millones… —Le hizo notar un hindú que no había pronunciado una sola palabra en todo el día—. Necesito pensármelo, porque si un consorcio
chino-coreano
pretende abrir otro canal aprovechando el lago de Nicaragua la cosa se complicaría.

—El proyecto existe… —admitió don Arturo sin el menor reparo —. Llevan años estudiándolo pero no sale adelante, ni creo que salga debido a que transcurre por el cauce del San Juan, un río que durante la temporada de lluvias arrastra mucha vegetación y durante la temporada seca atrapa a los barcos en el barro del fondo. Se haría necesario dragarlo constantemente llevándose lejos el lodo o construir presas en el acceso al lago, lo cual implicaría la necesidad de esclusas, a semejanza del de Panamá. —Abrió las manos en un gesto muy expresivo al concluir—: Y por si todo ello no bastara, su presidente, Daniel Ortega está en la órbita castrista, por lo que dudo que los yanquis permitieran que sus barcos fueran fiscalizados por nicaragüenses.

—¿Y permitirían que fueran fiscalizados por mexicanos?

—¿Y qué otro remedio les quedaría? Los americanos son pragmáticos, saben que pronto o tarde se tendrá que abrir un nuevo canal y que más valdrá que sea por un país vecino y amigo, que alejado y enemigo.

—¿Cree que Trump seguirá considerando a México un país amigo?

—Lo ignoro, pero hay algo que sí sé: algún día dejará de ser presidente de los Estados Unidos, pero nunca dejará de ser un hombre de negocios. A través de una empresa que sospechamos que es suya estamos negociando la adquisición de cuatrocientas excavadoras y mil doscientos camiones. —Hizo una pausa digna del gran Houdini en el momento de ir a realizar uno de sus maravillosos trucos, antes de terminar la frase—: El importe de la factura prefieren invertirlo en acciones de la Dinka Interoceanic.

—¿Esta insinuando que de alguna manera Trump sería accionista del canal?

—Yo no insinúo algo que podría constituir delito —aclaró el demandado, alzando las manos como si se rindiera ante el enemigo —. Únicamente he dicho que una empresa con la que al parecer

está relacionado posee acciones de la Dinka Interoceanic. Si cumplió sus promesas y se deshizo de ella o si le mintió al Congreso no es mi problema… —Un nuevo conejo acababa de emerger de una nueva manga y tan solo cabía preguntarse cuántos conejos, sin duda una granja, era capaz de manejar al mismo tiempo el impredecible Arturo Fizcarrald que remató—: Se hace tarde y como supongo que algunos no querrán pasar la noche aquí, mejor lo dejamos. —Les dedicó una encantadora sonrisa—. Los que estén interesados en invertir en un nuevo canal pueden pensárselo hasta mañana al mediodía.

Don Arturo la invitó a cenar a una churrasquería en la que lo único que servían era carne a la brasa, mazorcas de maíz y patatas asadas, y lo hizo no solo con la intención de descansar de las estrellas Michelin, sino con el fin de charlar de viejos tiempos en que no era más que un embaucador al que una prostituta de lujo intentaba hacer olvidar los disgustos que le proporcionaban su mastodóntica y barriobajera esposa Bárbara y su escuálida y vomitiva hija Súe.

Ahora, y por algún incomprensible milagro, tanto la gorda como la flaca se habían casado, la primera con un noble inglés y la segunda con un ceporro belga, por lo que el hombre que había tenido que cargar con tan agobiador peso durante media vida se sentía tan libre como un cóndor que pudiera pasarse horas girando sobre las cumbres de los Andes en busca de una presa digna de su envergadura.

Al fin había encontrado en el canal interoceánico la mayor presa imaginable y nadie mejor para compartir sus horas de alegría que quien había compartido sus horas de amargura.

Habían elegido la mesa más alejada de la amplia terraza, y al no correr riesgos de ser oídos, don Arturo no tardó en ir directamente al grano:

—Como sé que eres una chica lista, creo que no necesito aclararte que en este asunto se van a implicar algunos de los personajes más deleznables, desalmados e impresentables de la sociedad actual, lo cual, visto como está el patio, ya es picar alto. Dictadores, mafiosos, políticos corruptos, traficantes de drogas y de armas, es decir, la escoria de la escoria acudirán como moscas porque tienen almacenes e incluso barcos repletos de billetes que no les sirven ni para limpiarse el culo puesto que son demasiado

pequeños.

—Eso último te ha quedado muy fino y apropiado a la hora de la cena —le hizo notar Caribel—. Ya había advertido que tus amigos eran de la clase de individuos que suponía que serían, aunque sin llegar a tales extremos, porque creo que no te ha faltado ningún epíteto.

—Son criminales, cielo; es el epíteto que faltaba y que los incluye a todos, aunque tal vez alguno no tenga las manos manchadas de sangre, que será de lo único que no las tendrán manchadas.

—¿Y qué quieres que piense de quien se rodea de criminales?

—Lo que siempre has pensado, preciosa —fue la espontánea respuesta—. ¿O acaso no recuerdas qué clase de mal bicho he sido?

—Conmigo nunca lo has sido porque en mi cama nunca entraban bichos y tú te metiste muchas veces. Lo que sabía de ti era por referencias, pero admito que superas mis expectativas. —Le miró directamente a los ojos e inquirió mientras se llevaba una mazorca de maíz a la boca—: ¿Has matado a alguien?

—Esa pregunta induce a una respuesta que hemos visto en cien películas: «Nunca he matado a nadie que no se lo mereciera».

—Pero tiene una segunda parte que ninguna película aclara: ¿«Que no se lo mereciera según quién»? Si incluso los jurados y los jueces se equivocan, no creo que seas el más indicado a la hora de dictar sentencias.

—Y no lo soy, porque «matar», lo que se dice «matar, matar», enviando a la gente al cementerio, no he matado a nadie, aunque sí he jodido a mucha gente.

—Conozco gente a la que han jodido hasta el extremo de preferir la muerte, pero supongo que no me has traído aquí para volver a nuestras famosas discusiones bizantinas, sino para disculparte por mezclarme con una pandilla de facinerosos cuando sabes muy bien que siempre he sido puta, pero honrada.

—Es que, al dejar de ser puta, tendrás que dejar de ser honrada.

—¡Vaya por Dios…! —No pudo por menos que exclamar Caribel, echándose a reír—. Suena contradictorio.

—Eso depende de dónde se sitúe el concepto de honradez: si entre las piernas o entre las cejas. Una de las mujeres más indecentes que he conocido, casada con un banquero que había

estafado a miles de jubilados y que incluso ya viuda continuó desollando a infelices hasta que alguien de su familia envió a un sicario para que le volara la cabeza, era una auténtica bruja, pero presumía de no haberse acostado nunca más que con su marido.

—Es que tú conoces a gente muy rara.

—Excepto tú, la mayoría indeseables, pero es la vida que escogí, me hice rico y no me arrepiento.

—Es que si siendo tan inmoral y corrupto no fueras rico, encima serías tonto.

—Una vez más, te recuerdo que ahora soy tu jefe.

—Yo nunca he salido a cenar con mi jefe, entre otras cosas porque nunca he tenido jefe. O sea, que estamos aquí como amigos y como amigos te digo lo que me sale del moño.

—Lo tendré en cuenta para no volver a invitarte a cenar. Y ahora debo hacerte una pregunta importante —señaló don Arturo, haciendo un gesto con la mano a la camarera que se aproximaba indicándole que se quedara donde estaba—: ¿Quieres seguir con esto o no? Puede ser peligroso.

Caribel se tomó un par de minutos para pensarlo al tiempo que hacía a su vez un gesto a la camarera con el fin de que sirviera el vino.

Cuando se hubo alejado, replicó:

—¿Enviarán a un sicario a volarme la cabeza?

—Primero me lo mandarían a mí.

—¡Triste consuelo…!

—No tengo otro.

—Busca bien.

Su interlocutor se palpó los bolsillos y acabó negando:

—Nada.

Comieron en silencio puesto que la excelente carne se enfriaba, y al rato fue ella la que inquirió:

—¿Qué tendría que hacer?

—Escuchar.

—Sabes que se me da muy bien.

—Por eso estás aquí. Quiero que seas mis ojos y mis oídos porque tendré que viajar a menudo. Necesito que crean que sigues siendo mi amante y que no te enteras de la mitad de las cosas.

—Conozco el papel; lo he interpretado con frecuencia.

—Pero una cosa es que finjas que no te enteras y otra que realmente te enteres, porque, si me ocurre algo, tendrás que ser la que tome el mando.

—¿Repite eso…?

—Que si algún día falto, dirigirás la empresa.

—¿Es que te has vuelto loco? —exclamó—. Tienes una hija.

—Te consta que Súe es la criatura más estúpida en cinco mil kilómetros a la redonda… —Don Arturo hizo una corta pausa con el fin de afinar la cifra—. Bueno… digamos tres mil.

—No empecemos.

—Has empezado tú —le acusó—. ¿A quién se le ocurre mencionar a semejante cretina cuando hablamos de la que probablemente sería la mayor empresa de este siglo?

—¿Y acaso crees que yo estoy más capacitada? —se sorprendió ella.

—Más capacitado que Súe está incluso mi perro, y menos capacitado tan solo su marido. Lo demostró al casarse con ella sin ninguna necesidad, puesto que es asquerosamente rico.

—No sabía que tuvieras un perro.

—Murió hace tres años y por eso mismo lo haría mejor que cualquiera de los dos.

—¡Y dale…!

Arturo Fizcarrald pareció comprender que no era momento de continuar hablando de su familia debido a que el tema que estaban tratando era ciertamente importante.

Admiraba a Caribel como nunca había admirado a nadie y no solo porque su físico fuera impactante, sino porque tenía una forma de ser y una personalidad que la diferenciaba de cualquier mujer.

Era la única que admitía sin el menor reparo que nadie la había seducido, engañado, presionado o amenazado a la hora de elegir ser prostituta, y además lo había sido con admirable habilidad, administrando su cuerpo como quien administra una empresa que sabía que rendiría notables dividendos durante un corto período de tiempo pero a la que convendría dar de baja en su justo momento.

Tal como ella misma había comentado tiempo atrás: «La base de toda ciencia económica es simple; conseguir que se revalorice lo que tienes y que se desvalorice lo de tu oponente. Eso, a mí, en la cama, me ocurre siempre, pero me consta que dentro de unos años

quien se desvalorizará seré yo que acabaré convirtiéndome de "activo futurible" en el que vale la pena invertir, a "pasivo tóxico" del que conviene desprenderse cuanto antes».

Observándola tan de cerca como lo estaba haciendo en aquellos momentos, Arturo Fizcarrald se veía obligado a reconocer que seguía siendo «un activo futurible en el que valía la pena invertir», y que había demostrado una gran sensatez al cesar en sus actividades justo cuando se encontraba en la cúspide de su productividad.

Tenía que hacer un esfuerzo a la hora de no alargar la mano bajo la mesa o inclinarse para besarle el cuello rememorando los momentos más felices de su vida cuando al cerrar los ojos y aspirar su olor sabía que iba a transportarle a un fabuloso mundo que tan solo existía mientras se estuviera lo suficientemente cerca como para aspirar su olor.

Un metro más allá el mundo ya era otro.

Y lo más triste, lo más penoso, lo más «imperdonable» era que aquel fabuloso mundo se había perdido para cuantos lo conocieron, puesto que Caribel había decidido no volver a mostrárselo a nadie.

—¿Y si algún día te enamoras? —le había preguntado en cierta ocasión.

Ni siquiera le había respondido; se había limitado a dirigirle una larga mirada que le hizo comprender que aquello resultaba tan improbable como convertirse en la primera astronauta en pisar Marte.

Quizás fue aquel día cuando empezó a darse cuenta de que tal vez sería la persona idónea para ocupar su puesto al frente de la empresa. Para llevar a buen puerto el absurdo proyecto de abrir un canal interoceánico empleando dinero negro hacía falta alguien que no tuviera sangre en las venas y Caribel era la única persona que conocía casi tan fría y pragmática como él mismo.

Se introdujo la lengua en el hueco de la muela con el fin de darse tiempo a pensar antes de señalar:

—De momento me conformo con que conozcas los detalles de la operación, a quién pertenece cada euro o a quién y cómo se puede sobornar porque el dinero no es siempre la mejor forma de ganar voluntades… —Extrajo del bolsillo lo que parecía un encendedor que abrió con una curiosa maniobra dejando al descubierto que en

realidad se trataba de un *pendrive*—. Aquí está toda la información, y cuando la hayas estudiado a fondo volveremos a hablar.

—¿No estás demasiado viejo como para jugar a espías? —Fue la ácida y malintencionada pregunta—. Por lo visto, James Bond ya no es lo que era.

—No estoy jugando a espía, cielo, y te garantizo que muchos matarían por esta información.

—¿Como por ejemplo…?

—Aquellos que quieren saber adónde han ido a parar los seiscientos millones de billetes de quinientos euros que han dejado de circular. ¿Captas la magnitud de esa cifra?

—Trescientos mil millones de euros, si es que aún sigo sabiendo multiplicar… —respondió ella—. Y admito que también soy de las que se preguntan dónde demonios están.

—Están en manos de quienes empiezan a temer que en cualquier momento el Banco Central Europeo decida que dejen de tener valor y aquellos que no se apresuren a sacarlos a la luz se encuentren con que tienen en las manos un montón de estampitas nada más.

—¿Puede hacer eso?

—E incluso cambiarles el color, con lo que tampoco los antiguos valdrían nada.

Caribel observó el *pendrive* como si se tratara de una bomba que pudiera estallarle en la nariz, y al poco preguntó:

—¿Sirve para encender un cigarrillo?

—Sirve.

—En ese caso lo utilizaré para encender uno y mientras me lo fumo decidiré si me lo quedo o te mando al diablo.

4

En El Convento había aún más trajín que cuando estaba considerado el mejor prostíbulo del continente.

Una parte había quedado convertida en residencia para altos ejecutivos aunque reservando seis lujosas estancias destinadas a acoger a cuantos llegaban dispuestos a invertir millones «en el proyecto más loco de la historia moderna».

En el torreón se concentraba el departamento de administración, mientras el ala derecha la ocupaban casi un centenar de ingenieros, arquitectos, técnicos, diseñadores y dibujantes.

A ellos se sumaban media docena de molestos personajes que acabarían llamándose «tocapelotas», individuos harto peculiares que Fizcarrald había contratado para que se pasaran el tiempo meditando sobre la manera de eludir la infinidad de problemas a que se enfrentarían a la hora de abrir el canal, aunque su verdadero trabajo estribaba en actuar como «abogados del diablo», procurando que no se diera un solo paso hasta tener la absoluta seguridad de que se daba en la dirección correcta.

Un testigo imparcial consideraría que se trataba de un contrasentido que una empresa que se embarcaba en un proyecto faraónico sobre la base de una disparatada apuesta, y que se alimentaba de inmensos capitales de dudosa procedencia —o más bien de procedencia claramente ilegal—, trabajaba, no obstante, con la minuciosidad de un orfebre convencido de que tenía entre las manos una joya que debería realizar sin el menor fallo.

En un principio la idea era sencilla: monstruosas sierras mecánicas y gigantescas excavadoras podían allanar el terreno a lo largo de casi trescientos kilómetros como si tratara de una de

aquellas autopistas por las que circulaban a diario millones de automóviles.

El mayor obstáculo que encontrarían en su camino apenas superaba los cien metros y eso «se lo comían» las máquinas en tres meses puesto que ni siquiera se trataba de roca viva.

Se iniciaría entonces la segunda fase; abrir una zanja de treinta metros de profundidad por cien de ancho con tramos en los que sería necesario llegar hasta los doscientos.

Y ahí comenzaban los problemas porque abundaban los ríos y era cosa sabida que trabajar con agua solía dar muchos más quebraderos de cabeza que hacerlo con tierra e incluso con rocas.

Era entonces cuando entraban en juego los malditos «tocapelotas», tanto para dar ideas como para rechazarlas, aunque siempre sobre la base del sentido común.

En la sala de juntas, enormes pantallas permitían ir viendo, minuto a minuto, cómo avanzaban las obras hasta el extremo de que se podía hablar con ingenieros que se encontraban al otro lado del Atlántico en el mismo tono que si se sentaran al otro lado de la estancia.

En la práctica, en El Convento la jornada laboral comenzaba tras el almuerzo, cuando amanecía en México, y el material informático que se utilizaba era tan sofisticado que cabría asegurar que el proyecto se estaba desarrollando simultáneamente en dos continentes que se hubieran fundido en uno solo.

Se habían montado tantas cámaras de alta resolución que cuando en América estallaba un barreno, las piedras parecían estar cayendo sobre la mesa de un despacho situado en Europa.

A Caribel le fascinaba tanto esfuerzo perfectamente coordinado y admiraba la habilidad con la que Arturo Fizcarrald dirigía su heterogénea orquesta sin que un solo instrumento desafinara.

Admitía que era un auténtico maestro en el arte de sacar lo mejor y lo peor de cada ser humano, por lo que, siguiendo sus órdenes, se limitaba a escuchar interpretando a la perfección su papel de «señorita» de largas piernas y pezones que apuntaban al cielo, altamente decorativa, pero que, en apariencia, no se enteraba de nada, lo cual no le costaba el menor esfuerzo puesto que se había pasado años fingiendo orgasmos.

—Continúa haciéndote la tonta, cielo —le repetía una y otra vez

su examante—. No solo estás espléndida; también estas convincente.

—Creo que Malascartas sospecha.

—No es que sospeche, cariño, es que le asombra que pueda existir una mujer tan exteriormente perfecta y tan interiormente vacía.

Jeff Kowacs, un ingeniero al que apodaban Malascartas porque le encantaba jugar al póquer y se pasaba la mayor parte del tiempo quejándose de que le entraban unas cartas horrendas —lo cual era cierto—, vivía amargado por el hecho de no haber podido ganar ni una vez a lo largo de toda una vida, pero, por suerte para él, don Arturo no permitía que en el pequeño casino de El Convento se pudieran perder más de cien euros diarios aplicando lo que consideraba una regla de oro:

—Existen tres modos de arruinarse: el juego, los negocios y las mujeres; el juego es el más rápido, los negocios el más seguro y las mujeres el más divertido, y no quiero que entre mi personal haya viciosos.

Viniendo de sus labios, aquellas palabras sonaban a herejía, pero, al fin y al cabo, era el jefe y quien no acatara sus órdenes tenía que buscarse otro trabajo.

Y aquel era un trabajo fabulosamente bien remunerado, apasionante y que se desarrollaba en un lugar privilegiado en el que, por si todo ello no bastara, se comía de lujo.

Algunos ejecutivos llegados del extranjero habían traído consigo a su familia por lo que en El Convento existían también una guardería y una escuela primaria.

Aquel constituía un concepto revolucionario de empresa, pero había que tener en cuenta que era una empresa muy singular dado que lo que sobraba era dinero, lo que faltaba era tiempo, había sido diseñada con un único objetivo, y una vez alcanzado, si es que se alcanzaba, nadie soñaría con abrir otro canal transoceánico entre el Pacífico y el Atlántico.

Se trabajaba a destajo aunque ordenadamente y sin un solo día de descanso gracias a que los equipos se turnaban continuamente y nadie se quejaba porque sabía que al terminar la jornada cobraría el triple que en cualquier otro lugar.

Centenares de «espaldas mojadas» que habían sufrido

incontables calamidades a la hora de atravesar furtivamente la frontera regresaban a toda prisa, no por el hecho de que el tiránico Donald Trump amenazara con expulsarlos de los Estados Unidos, sino porque el nuevo El Dorado se encontraba en su propia casa.

Su grito al cruzar la frontera solía ser siempre el mismo: «Adiós, Mister Trump».

Y algunos añadían «Un día volveré y tú ya no estarás».

Se les advertía felices porque trabajaban en «su» canal, hablaban su idioma, convivían con su gente, comían su comida, no se sabían discriminados ni humillados y se sentían orgullosos por el hecho de colaborar en una obra que sin duda ejercería una influencia esencial en el desarrollo de su país ya que abrirían una vía de agua que lo convertiría en el nuevo árbitro del tráfico marítimo mundial.

Si Donald Trump continuaba tomando represalias contra las empresas que instalaban sus fábricas en México, subiéndoles de forma injusta los aranceles, México podría tomar represalias contra las empresas americanas restringiendo el paso de sus productos o subiendo de forma igualmente injusta los aranceles.

Entraba dentro de lo posible que para cuando estuviera concluido el canal, Trump ya no fuera más que el ingrato recuerdo de un inexplicable desliz entre una dama y un cabrero, pero también entraba dentro de lo posible que ese desliz hubiera dado como fruto nuevos cabreros.

5

—Ante todo, debe quedar muy claro que no represento a ningún estamento del Gobierno panameño, ni a los bancos panameños, ni a la autoridad administrativa de su canal, aunque admito que en cierto modo personifico a los millones de panameños que ven en peligro el futuro de su país…

El hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí del escaparate de una tienda de Armani permaneció a la espera, consciente de que quien había acudido a verle deseaba continuar hablando y aclararle las razones de su inesperada visita:

—Desde que hace cinco siglos Vasco Núñez de Balboa descubriera y tomara posesión del océano Pacífico en nombre de la Corona española, nuestro país ha vivido y prosperado gracias a que es el camino más corto a través del istmo, con lo que a la larga se convirtió en la única vía de agua entre el Atlántico y el Pacífico —añadió al poco—. Sin embargo, ahora, cuando, tras casi un siglo de dominio yanqui, conseguimos disfrutar de la época más próspera de nuestra historia, una pandilla de narcotraficantes que se comportan como locos pretenden destruirnos abriendo un canal que nos abocaría a la ruina.

—Algo de eso he oído y resulta muy interesante.

—Pues no estamos dispuestos a consentirlo.

El hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí del escaparate de una tienda de Armani depositó sobre la mesa el lápiz que tenía en la mano y señaló en el tono de quien expone un razonamiento absolutamente indiscutible:

—Entiendo sus temores, pero no veo cómo pueden impedir que alguien ejerza su derecho a abrir un nuevo canal por su territorio.

—No he hecho un viaje tan largo para hablar de derechos.

—Lo imagino.

—Lo he hecho porque me han asegurado que quizás usted estaría en capacidad de impedirlo.

—¿Cómo…?

—Eso lo dejamos a su elección.

Larry Fleischer volvió a coger el lápiz, jugueteó con él, lo observó como si fuera un ser vivo y acabó por comentar:

—Impedir que alguien haga algo a lo que legalmente tiene derecho suele ser ilegal, entraña peligros y cuesta caro.

—Más caro cuesta perder un país en el que cuatro millones de habitantes dependen directa o indirectamente de un canal. ¿Qué haría usted en nuestro lugar…?

—Acudir a alguien como yo.

—Pues en eso estoy. ¿Qué opciones tenemos?

El hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro inexpresivo depositó otra vez el lápiz sobre la mesa como si se tratara de un ejercicio que le permitía mantener la mente abierta.

—De impedirlo, ninguna, y supongo que saben muy bien que pronto o tarde alguien tendrá que abrir un canal acorde con los tiempos que corren —señaló.

—Lo sabemos.

—Es como una sentencia de muerte y, a mi modo de ver, lo único que se puede hacer es retrasarla.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Eso depende de ustedes —le hizo notar—. Cada día que sigan ganando dinero por el hecho de no tener competencia tendrán que invertir parte de ese dinero en procurar que nadie les haga la competencia en lo que hasta ahora ha sido un monopolio.

—«Monopolio» se me antoja un término excesivamente duro.

—Pero «monopolio» y «exclusividad» son los que mejor expresan el estado de las cosas. —El lápiz hizo una vez más el trayecto de ida y vuelta antes de que su dueño añadiera con manifiesta mala intención—: Y no contentos con disfrutar de una posición tan privilegiada, han convertido Panamá en un paraíso fiscal en el que protegen a delincuentes y evasores de impuestos, lo cual perjudica a

docenas de países… —Larry Fleischer lanzó una especie de malhumorado suspiro antes de preguntar—: ¿Realmente cree que aquellos a quienes están jodiendo con tanta permisividad llorarán sobre su tumba?

—No. Me temo que no.

—Su país ha caído en manos de especuladores que no producen más que dinero que, a su vez, solo produce más dinero y esa es una burbuja que siempre acaba estallando. El otro día escuché a Fizcarrald asegurar que el canal es un enfermo agonizante que los panameños se esfuerzan en mantener con vida sin permitir que se abra otro hasta que exhale un último suspiro. Les acusa de no detenerse a meditar en lo que ocurrirá el día que se colapse sin que existan alternativas.

—Fizcarrald es un buitre que ha estafado a medio mundo y ahora pretende estafar al otro medio con una absurda historia sobre un canal al mismo nivel…

Se hizo un silencio durante el que el hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí del escaparate de una tienda de Armani pareció estar sopesando sus palabras hasta que al poco se decidió a aventurar:

—Si realmente creyera que se trata de una absurda historia que oculta una colosal estafa, no habría hecho un viaje tan largo. ¿O sí…? —Ante el mutismo de su visitante, recomendó, en un tono que denotaba impaciencia—: Llegados a este punto, le aconsejo que se deje de rodeos y me aclare cuánto está dispuesto a invertir con el fin de continuar disfrutando de ese bendito monopolio.

El visitante que no había accedido a dar su nombre ni a desvelar qué puesto ocupaba ni qué pito tocaba en tan comprometedor asunto, se limitó a alargar un pedazo de papel.

—Esa es la clave de una cuenta corriente con fondos ilimitados… —señaló—. Lo único que tendría límite sería nuestra confianza.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Que si abusara de ella sabemos dónde encontrarle y usted a nosotros no.

—¿Se trata de una amenaza?

—Evidentemente —advirtió el interrogado sin el menor reparo —. No ponemos límites a su capacidad de iniciativa ni a lo que

cueste; puede hacer cuanto se le ocurra, menos engañarnos.

—No me gustan las amenazas, pero entiendo su posición debido a la razón que tiene al asegurar que lo que está en juego es el futuro de su país. Haré cuanto esté en mi mano.

—Eso espero, aunque hay algo que debe quedar muy claro: no se debe atentar contra el nuevo canal, ya que en represalia podrían hacerlo también contra el nuestro, que es muy vulnerable.

—¡Difícil me lo pone!

—¿Acaso cree que nos gusta regalar dinero?

Los sábados y domingos, que eran los únicos días en que descendía un poco el frenético ritmo de trabajo a ambos lado del océano, Caribel aprovechaba para ocuparse de su casa, un lugar tranquilo en el que nadie había puesto los pies durante los ocho últimos meses y quienes los habían puesto con anterioridad había sido con el único fin de arreglar la nevera o revisar la instalación del gas.

Y es que la verdadera amante de Caribel, su único gran amor, aquella con la que vivía hacía años, era la soledad, su mayor placer despertase sin compañía en una gigantesca cama y su incontrolable vicio limpiar, fregar, lavar o planchar.

Lo que millones de amas de casa pudieran considerar la esclavitud de las monótonas tareas domésticas, para ella constituía la libertad, mientras que las fiestas, las joyas, los vestidos y las interminables noches de alcohol, música o sexo que tanto deslumbraban a muchas mujeres, para ella significaban un castigo.

Tal como muy bien lo expresara *Lady* Ámbar: «Hay que ver cuánto caviar nos vemos obligadas a tragar para poder disfrutar de un buen plato de lentejas».

Para Caribel no existía fiesta comparable a un buen plato de lentejas, y sentarse en el balancín del porche a fumarse un cigarrillo y contemplar las estrellas.

Tenía en esos casos la rara habilidad de quedarse en blanco en cuanto se refiriera a los años en que había ejercido el oficio, sin que un solo recuerdo concerniente a los incontables hombres con los que se había acostado acudiera a su mente.

Aquella sorprendente capacidad de hacer un gran paréntesis en lo que se refería a su vida «profesional» era lo que le había permitido seguir siendo quien era sin sentirse sucia, contaminada o despreciable.

Don Arturo aseguraba que lo suyo debía ser una especie de «bipolaridad positiva», expresión harto rebuscada, pero con la que quería dar a entender que al rechazar los malos recuerdos sabía quedarse con lo mejor de cada una de sus formas de ser.

Lo que ni Fizcarrald ni nadie entenderían jamás era lo difícil que resultaba vivir sabiéndose continuamente deseada por hombres y mujeres, jóvenes y viejos, sin haber deseado nunca a nadie, ni hombre, ni mujer, ni joven, ni viejo.

No anhelaba más que la soledad, tal vez porque la soledad era su alma gemela.

La gran ventaja de amar la soledad estribaba en que podía reunirse con ella en cada esquina, puesto que se encontraba incluso entre una multitud enfurecida y encima era una amante que no exigía nada, limitándose a permanecer a su lado, fiel, tranquila y silenciosa, aceptando que en ocasiones se viera obligada a abandonarla, pero sabiendo que no tardaría en regresar. Era la única que jamás la agobiaba con halagos y caricias ni pretendía ganarse su afecto con joyas o dinero.

La suya era una relación que duraría por toda la eternidad, pues no debía existir soledad comparable a la que se experimentaba en la soledad de un cementerio.

Feliz por tanto en una casa en la que su amante reinaba en cada estancia, lo único que Caribel lamentaba era que su mejor amigo, su joven vecino Jonathan, se hubiera ido para siempre. Sus padres habían decidido embarcarse en un largo crucero con el fin de que pudiera conocer cuánto de hermoso existía en un mundo que ya no tardaría en abandonar.

La más cruel enfermedad le había condenado a muerte, pero no había conseguido evitar que sus últimos años fueran hasta cierto punto felices.

A Caribel le entristecía saber que no volvería a verle ni a contemplar la luz de su habitación cuando leía hasta el amanecer, pero egoístamente prefería no verse *obligada* a asistir a su agonía.

¡Era tan joven…!

La soledad, sin embargo, era muy vieja; tan vieja como el primer ser humano que pisara la tierra y aparte ofrecía una gran ventaja: no agonizaría hasta que no lo hiciera el último ser humano que pisara la tierra.

Aquellos relajantes fines de semana, cuando al fin admitía que la casa se encontraba impoluta y no quedaba un solo mueble al que sacarle brillo ni un pañuelo que planchar, dedicaba el resto del tiempo a prepararse de cara al inquietante futuro profesional para el que pretendía instruirla Arturo Fizcarrald.

El primer paso había sido comprarse un nuevo ordenador que no conectó a la red. Había tomado buena nota sobre lo que comentara Silvana Sterling-Harrison tiempo atrás: «Mi padre fue el primero en comprender que si habíamos hecho algo bien al mantener ocultos los secretos profesionales de nuestros clientes durante más de medio siglo, no teníamos por qué dejar de hacerlo bien debido a que hubieran inventado un sistema más cómodo. Admitía que los ordenadores son muy útiles, pero que cuanto más sencillo resulta el trabajo más chapucero se vuelve. El tiempo ha demostrado que un buen *hacker* es capaz de violar los sistemas de seguridad de cualquier empresa e incluso de los Gobiernos y por lo tanto la mejor forma de lograr que no entren en tu ordenador es no conectarlo a la red porque los tiempos cambian pero no siempre para bien».

Caribel aceptaba que si, como se comentaba, era cierto que la manipulación de ordenadores por parte de Putin había contribuido a que Trump llegara a la presidencia, el verdadero peligro no estaba en hombres tan perecederos como Putin o Trump, sino en unas máquinas que llevaban camino de convertirse en inmortales.

Teniendo muy presente que su nuevo ordenador era un elemento totalmente aislado y siguiendo el viejo dicho que asegura que cuando se quiere ocultar algo conviene ponerlo bien a la vista, había dejado el maldito *pendrive* junto a otros mecheros de similar apariencia en un cajón en que guardaba el tabaco, y cuando necesitaba consultar su contenido lo introducía en el ordenador aunque sin descargar nada en una memoria en la que tan solo guardaba libros, fotos e información sin transcendencia.

Luego comenzaba la tarea de desentrañar, paso a paso la enrevesada trama que el mefistofélico Arturo Fizcarrald había diseñado con el fin de que fueran los ciudadanos americanos —como consumidores del ochenta por ciento de las drogas que se distribuían en el continente— los que acabaran pagando un nuevo canal que estaban utilizando para «blanquear» dinero los mismos traficantes que les habían proporcionado las drogas.

Constituía una broma pesada; una cruel tomadura de pelo a cuantos aseguraban que —según una ley firmada por el presidente George W. Bush en el 2006— serían los mexicanos los que tendrían que pagar el coste de levantar el muro que impidiera el paso a los inmigrantes a través de la frontera común.

Tanto las razones como las cantidades resultaban desconcertantes: por un lado, se encontraban los diez mil millones que se utilizarían para levantar un muro que separaría dos países; por el otro, los ochenta mil millones que se emplearían para abrir un canal que uniría dos océanos.

Cabía preguntarse cuál de las razones defendía Donald Trump, presidente de un país democrático, y cuál esgrimía Arturo Fizcarrald, estafador profesional del que ni siquiera se sabía dónde había nacido.

La historia solía escribirse basándose en grandes contradicciones y, al parecer, deseaba que continuara escribiéndose de igual modo.

> *Serenísimo señor:*
>
> *El diputado en cortes en la ciudad de Guadalajara, en Nueva España, me ha pasado un oficio en que me copia dos de los varios artículos consumidos en su incursión relativa a trasladar el aparcadero de Pilar a la ensenada de Chacaloca y el otro a abrir un canal que comunicando entre sí los ríos de Guazalcoares y Chinalaya facilitase la navegación del mar del Sur y seno mexicano dado que dichos ríos desembocan, el primero en el seno mexicano y el segundo en el mar del Sur o Pacífico, y que para que ese proyecto se realice se nombrarían sujetos capaces de levantar los planos, examinar terrenos y presuponer los gastos que habrían de erogarse; y solicita que los sujetos lleven orden expresa de entenderse con la comunidad de Guadalajara a fin de que encontrasen desde luego las posibilidades del plan y los medios y arbitrios para conseguirlo…*

Para Caribel, aquel documento, que se prolongaba por casi trescientas páginas de un castellano arcaico pero perfectamente inteligible, era una prueba más de cómo la historia se saltaba las normas de la lógica, ya que tras trescientos años de dominar los países del istmo, la Corona española había decidido encarar la apertura de un canal interoceánico justo en el momento en que la mayoría de dichos países estaban a punto de independizarse.

Las cosas se pueden hacer bien, regular o mal, pero cuando se

hacen tarde resultan peor debido a que el esfuerzo empleado se vuelve inútil.

Aquel prolijo documento abundaba en referencias a las incontables calamidades que habían padecido los «sujetos capaces de levantar los planos» en su lucha contra las fieras, las enfermedades, los bandidos, los rebeldes y sobre todo las serpientes.

Docenas de hombres habían invertido años en recorrer un territorio selvático, inexplorado y salvaje, abriendo trochas y vadeando ríos siempre con la vista puesta en evitar alturas que impidieran que las aguas de un océano no pudieran llegar a contactar con las del otro.

Debió de constituir uno de los grandes enfrentamientos del ser humano con una naturaleza a la que pretendía cambiar y a la muchacha de las largas piernas le molestaba que le costara tanto esfuerzo leer el apasionante documento debido que estaba escrito a mano y la tinta se encontraba muy diluida.

Le encantaba sentarse en el porche, esforzarse en leer un rato y tratar de imaginar lo que sentirían aquellos «sujetos» cuando en plena noche escucharan los rugidos de las fieras o los susurros de quienes les acechaban desde las tinieblas.

A ratos era como una gran novela de aventuras aunque dramáticamente real, en la que héroes anónimos sufrían y morían, aun a sabiendas de que el suyo era un esfuerzo condenado al olvido.

¡El miedo!

Jamás había caído en sus manos —y había leído muchos— un libro que fuera capaz de expresar lo que debería ser el auténtico miedo cuando un ser humano se encontraba a miles de kilómetros de su casa, inmerso en un universo hostil y sabiendo que si le mataban nadie se tomaría la molestia de enterrar su cadáver o rezar un oración por el eterno descanso de su alma.

6

Un coche se detuvo en la acera y al poco repicó el timbre.

Era la primera vez que llamaban a las diez de la noche, por lo que apartó apenas la cortina de la ventana mientras inquiría:

—¿Quién es?

—Mamá Noel.

—¿Quién…? —repitió, temiendo haber oído mal—. Mamá Noel, cretina. ¿Me vas a dejar toda la noche helándome el culo?

Le costó un enorme esfuerzo admitirlo, puesto que era la última persona que esperaba ver debido a que el día en que abandonó El Convento había comentado con su desparpajo habitual: «A partir de hoy no volveré a tratar con putas, cornudos o macarras, y aunque os consta que os quiero como a hermanas, desde que salga por esa puerta me consideraré hija única».

Nunca, nadie, había vuelto a saber nada de la maestra entre las maestras, y ni siquiera corrió el rumor de que viviera en algún país lejano o se la hubiera visto en parte alguna.

Cómo había conseguido que su desgarradora belleza y su apabullante personalidad pasaran desapercibidas era un intrigante misterio, pero lo había logrado y ahora se encontraba ante su puerta.

Se besaron y abrazaron como si realmente fueran dos hermanas que volvían a reunirse años más tarde, e incluso, cosa rara en ellas, permitieron que se les escapara alguna que otra lágrima.

—¿Dónde estabas?

—En el paraíso.

—¿Y por qué has vuelto?

—Porque empezaba a convertirse en un infierno.

—¿Qué te ha pasado?

—No se trata de lo que me ha pasado, cielo; se trata de que me puede pasar… —Hizo una pausa mientras dejaba el abrigo sobre el respaldo de un sillón y lanzaba una ojeada a su alrededor—. Tu casa es tal como imaginaba que sería: limpia, sencilla y acogedora. ¿Tienes algo de comer…?

Le preparó unos huevos con jamón y aguardó a que rebañara el plato y apurara el vino, confundida no solo por el hecho de reencontrarse ante la mítica *Lady* Ámbar, sino porque era la primera persona a la que recibía en su casa y no estaba acostumbrada a realizar labores de anfitrión.

Encendieron dos cigarrillos y fumaron en silencio hasta que su inesperada visitante lanzó un sonoro resoplido antes de comentar:

—Las cosas iban bien y todo se desarrollaba siguiendo el guion al que me había ajustado, feliz no solo por haber conseguido lo que me había propuesto, sino Orgullosa por haberlo alcanzado en pocos años.

—Lógico.

—No tanto si lo has logrado a base de acostarte con todo aquel que esté dispuesto a pagar cuatro mil euros… —*Lady* Ámbar ensayó lo que pretendía ser una sonrisa al añadir—: No es que haya muchos, pero tú y yo sabemos que hay suficientes.

—Incluso demasiados —admitió Caribel.

—Observando la miseria que asola el mundo, admito que demasiados, pero gracias a que existen esos cornudos existimos nosotras que, siendo sinceras, debemos admitir que también somos demasiadas.

—¡Éramos…! —puntualizó la dueña de la casa, alzando el dedo de forma significativa y en un tono ciertamente burlón—. También yo me he retirado; ahora soy una alta ejecutiva de las empresas Dinka.

—Lo de alta está a la vista; lo de ejecutiva está por ver, porque a mí todo eso de un canal interoceánico me suena al timo de la estampita. —Sacudió la ceniza y afirmó, segura de sí misma—: Sobre todo si quien maneja el cotarro es Arturo Fizcarrald.

—Sabe lo que hace.

—¡Menudo pajarraco…! Lo que importa no es que él sepa lo que hace, sino que tú sepas lo que haces, aunque reconozco que por

primera vez no puedo darte lecciones, ya que la carrera de puta la aprobé con matrícula de honor, pero me suspenderían como ejecutiva, y además ahora todo se me ha venido abajo.

—¿Te apetece contármelo?

La exuberante mujer que había estado a punto de escribir un manual sobre señoritas de compañía y había estudiado en tres universidades aspiró el humo de su cigarrillo como si lo necesitase para seguir con vida, y tras exhalarlo con idéntico ímpetu, replicó:

—Apetecerme, lo que se dice apetecerme, no me apetece, pero aquí estoy, invadiendo tu casa y poniéndote en peligro, o sea que no me queda otro remedio.

—No tienes que darme explicaciones —le hizo notar Caribel, acariciándole el antebrazo—. Te debo todo lo que soy.

—Si lo que me debes es haberte convertido en puta de lujo, no es como para ponerme en un altar, pero no vamos a discutir por nimiedades. ¿Has estado alguna vez en Rusia? —Ante el negativo gesto de cabeza, añadió—: Yo sí. Hace años pase unos días en Moscú y me contrataron para un trabajo muy especial para un cliente muy, pero que muy especial, y aparentemente todos quedaron satisfechos menos yo, porque aquel cerdo nos obligó a hacer cosas que nunca me han gustado.

—¿Nos…? —Se sorprendió quien escuchaba con atención—. Siempre me aconsejaste que no participara en «numeritos».

—Cuando esos «numeritos» vienen seguidos de muchos ceros las cosas cambian, pequeña. Ni siquiera era una orgía; era un simple «juego a tres» y la tercera era una ucraniana preciosa. Ahora está muerta.

—¿Muerta…? ¿Qué quieres decir?

—¡Vaya pregunta! Cuando se dice que alguien está muerto se quiere decir que está tieso, frito, jodido, *kaput*. Pero si te refieres a si murió de forma natural o la mataron te responderé que su muerte fue de lo más natural, porque cuando te cortan el cuello lo natural es que te mueras.

—No es momento de bromas… —le recriminó su amiga—. Y menos tratándose de una compañera.

—Lo sé, cielo, y lo lamento, pero es que estoy acojonada porque sospecho que seré la siguiente a la que le corten el cuello. Parece ser que en la habitación había cámaras, la escena fue grabada y el

cliente especial ha resultado ser «demasiado especial».

—¿No estarás hablando de…?

Lady Ámbar se apresuró a colocarle una mano sobre la boca al tiempo que le advertía:

—Nunca digas nombres porque quien no sabe nombres nada sabe. Cuando están desnudos todos son iguales, aunque unos la tengan más grande que otros, cosa que a un juez nunca le apetece comprobar. Aquel cliente era «muy muy especial», y a algunos no les interesa que diga quién me contrató y a otros les interesa que lo diga y que cuente lo que realmente ocurrió.

—Pues me temo que estás en un apuro.

—¿Apuro dices…? —Fue la irónica respuesta—. Apuro es que se te pare el coche en la autopista o una histérica te pille en la cama con su marido. «Esto» no es un apuro, cariño; esto es que quieren echarle tierra al asunto y está claro que «el asunto» se llama Laura.

—¿Y quién es Laura?

—Yo. Me pusieron el nombre en honor a Laura Antonelli, una actriz de la que mi padre estaba enamoriscado, y lo entiendo porque era tremendamente atractiva. He visto todas sus películas y admito que la imitaba aunque sin éxito.

Aun conociéndola como la conocía, a Caribel le costaba aceptar que en semejante situación *Lady* Ámbar continuara manteniendo su sentido del humor, sobre todo tratándose de humor en el que el posible cadáver fuera ella.

Por los medios de comunicación circulaba un dosier al que nadie parecía querer darle el suficiente crédito como para sacarlo a la luz, ya que vinculaba al presidente americano con el Gobierno ruso.

Según un detallado informe, habría existido una supuesta connivencia entre Trump y Putin para perjudicar al partido demócrata y, por si ello fuera poco, los rusos podrían estar utilizando la información recogida sobre el magnate —que incluiría la grabación sobre una también supuesta orgía en un hotel de Moscú— con el fin de hacerle chantaje si algún día alcanzaba la presidencia.

«Presuntamente», el informe habría sido elaborado por Christopher Steele, un exagente del
MI-6
británico que durante años había trabajado en Rusia, y que al

retirarse del servicio secreto había abierto la empresa consultora Orbis Business Intelligence Ltd.

Aterrado por las previsibles represalias de su trabajo, Steele había huido de su casa y, según un vecino, le pidió que cuidara de su gato puesto que pensaba estar varios días fuera. Esa misma noche su mujer y sus hijos habían abandonado furtivamente Surrey, pero, a pesar de que el informe llevaba meses circulando por los despachos, nunca había transcendido la identidad de quienes habían participado en el juego.

A Caribel le molestaba y casi le ofendía que *Lady* Ámbar hubiera traicionado el principio elemental del código de señoritas de compañía de muy alto nivel que preconizaba que nunca debían tomar parte en orgías, puesto que el mero hecho de hacerlo las situaba al nivel del resto de las putas. «Las cosas que se mezclan dejan de ser únicas».

No obstante, ni aquel era momento para ponerse a discutir sobre reglas de comportamiento, ni ella la persona adecuada para hacerlo, por lo que se limitó a aceptar que su amiga corría peligro, pues tal como en ocasiones ella misma recitaba teatralmente: «¡Saber o no saber, he ahí la cuestión! ¿Qué es mejor, olvidar los rostros y los nombres dándonos por bien pagadas, o retenerlos en la mente confiando en obtener futuros beneficios? Esa es, hijas mías, la diferencia entre una meretriz decente y una sucia extorsionista».

Contraviniendo sus propias normas de no fumar más que seis al día, cupo ya superado ampliamente aquel domingo, Caribel encendió dos cigarrillos y le ofreció uno a su huésped.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Si lo supiera, no estaría aquí. En cuanto me comunicaron que habían llegado al pueblo unos tipos con pinta de sicarios preguntando si conocían a una chica muy guapa que había vivido varios años en el extranjero, metí lo primero que encontré en una maleta, me subí al coche y vagué sin rumbo hasta que recordé que eres la única persona que conozco capaz de mantener la cabeza y el coño fríos en cualquier circunstancia.

—¡No seas vulgar…! —la reprendió—. Antes nunca lo eras.

—Es que antes era puta y ahora granjera. A un gorrino puedes decirle lo que no le dirías a un ministro, aunque en esos momentos el ministro esté demostrando que es infinitamente más guarro que

el pobre animalito. Y ese «cliente especial» es un cerdo que tiene el pelo tan rubio porque al parecer le gusta lavárselo con «lluvia dorada»…

A Caribel se la notaba cada vez más incómoda y con deseos de cambiar el tono de la conversación.

—No creo que ese sea el lenguaje propio de una granjera, y sabes que hablar de esas cosas me molesta. Ya es suficiente con ser lo que hemos sido como para regodearnos siendo morbosas.

—Totalmente de acuerdo, cielo, y acepto que la alumna le dé una lección a la maestra. También yo, en una ocasión, se la di a la mía.

—¿Tuviste una maestra…? —se sorprendió Caribel.

—¡Naturalmente, querida! Algunas mujeres nacen con un talento natural para ser putas, pero si no lo cultivan acaban en la cuneta. Celeste me enseñó casi todo lo que sé, y con respecto a nuestra profesión me advirtió: «Las que tenemos una vida agitada no debemos creer que un buen día cerraremos la puerta dejando atrás el pasado porque siempre habrá alguien que conserve una llave de esa puerta». —Lanzó un hondo suspiro evocando tiempos pasados—. Era muy inteligente y una gran profesional, pero acabó cometiendo un gran error: se enamoró de la persona equivocada.

—¿Quién…?

—Yo.

—No me sorprende.

—Pues a mí sí me sorprendió —señaló *Lady* Ámbar y parecía absolutamente sincera—. Hay ciertas cosas que soy capaz de hacer por dinero, pero no por amor.

Aquel era un concepto que iba en contra del romanticismo al uso, pero muy propio de una profesional que jamás se había sentido atraída por las de su sexo hasta el punto de haber dicho en cierta ocasión: «Admito que los hombres tienen más defectos que nosotras, pero, a fin de cuentas, tienen algo sólido a lo que agarrarse».

Al poco, la impredecible *Lady* Ámbar que en esta ocasión resultaba mucho más predecible puesto que se la veía agobiada, aplastó en el cenicero lo que quedaba de cigarrillo y señaló:

—Resumiendo: unos jodidos rusos tienen la llave de mi pasado… ¿Se te ocurre algún modo de evitar que me la metan por el culo?

—De momento, puedes quedarte aquí, pero tendré que buscarte un lugar más seguro.

Arturo Fizcarrald se esforzó por no perder la calma cuando Caribel le contó que *Lady* Ámbar estaba escondida en su casa y su coche en su garaje.

—¡Vaya por Dios! —No pudo por menos que exclamar—. Con eso sí que no contaba.

—¿Piensas ayudarle?

—Naturalmente, aunque nos puede traer muchos dolores de cabeza… ¡Déjame pensar!

Por fortuna, Arturo Fizcarrald pensaba rápido, por lo que decidió que a partir del día siguiente la exuberante exprostituta pasaría a convertirse en una infeliz señorita que necesitaba un lugar aislado y tranquilo en el que nadie pudiera darse cuenta de que estaba embarazada.

Los Faisanes era un pabellón de caza que doscientos años atrás mandara construir un extravagante marqués ciertamente más aficionado a las mujeres que a la caza; un recargado caserón al que se accedía por una estrecha carretera que, antes de internarse en el monte, rodeaba un villorrio famoso por sus iglesias y sus quesos.

Tras dejar atrás el pueblo se hacía necesario adentrarse en el bosque, ascendiendo unos veinte kilómetros por un estrecho sendero transitado por ciervos, conejos y jabalíes.

Los guardeses, cuya vivienda se alzaba justo a la entrada de la finca, se ocupaban de las faenas de la casa, atentos siempre a cuanto se necesitase pero manteniéndose en un discreto segundo plano, sabiendo que quien les pagaba por no hacer nada durante casi todo el año era un hombre harto celoso de su intimidad, y por lo tanto no parecieron sorprenderse por el hecho de tener que cuidar a quien no había demostrado ser demasiado profesional al permitir que la dejaran embarazada.

¡Gajes del oficio!

La «desafortunada muchacha» no necesitó más que un par de días para adueñarse del corazón de la guardesa, y es que así como Caribel era una mujer silenciosa, reservada y solitaria, su antigua compañera de profesión rezumaba espontaneidad, y como poseía asimismo una extensa cultura, una pobre lugareña que durante toda su vida no había tenido más compañía que un marido cazurro,

parecía haber descubierto un país de fantasía.

—Habla perfectamente seis idiomas —le espetó una noche a su paciente esposo.

—¿Y cómo lo sabes si tú apenas entiendes uno? —Fue, hasta cierto punto, su lógica respuesta.

—Porque ella me lo ha dicho.

—¿O sea que te crees que hable seis idiomas porque ella lo dice? ¡Qué cosas hay que oír!

—Yo siempre sé cuando alguien dice la verdad.

—¿Y quién te lo ha enseñado…? Que yo sepa, en casi cuarenta años no has hablado más que con las vacas y conmigo, y yo nunca he sabido dónde se planta o con qué clase de abonos se cultiva la verdad.

Caribel se marchó de Los Faisanes sabiendo que, de momento, *Lady* Ámbar no tendría problemas debido a que don Arturo había advertido a los guardeses de que cómo una sola persona llegara a saber que había una extraña en la finca perderían de un solo golpe su casa y su trabajo.

Al regresar a El Convento no le sorprendió que nadie pareciera haber notado su ausencia, puesto que había sabido interpretar a la perfección su papel de bobalicona amante del jefe y el atareado personal vivía bajo constante presión debido a que en las empresas Dinka se podía ganar muchísimo dinero siempre que se estuviera dispuesto a dar lo mejor de sí mismo. Al otro lado del Atlántico miles de hombres y mujeres que manejaban cientos de gigantescas máquinas se esforzaban por excavar cada día casi medio millón de metros cúbicos de tierra, mientras a este lado del Atlántico docenas de hombres y mujeres se esforzaban a la hora de diseñar hermosos edificios, puentes o pasarelas móviles que minimizarían el hecho de que un país fuera prácticamente divido en dos.

Fizcarrald había decidido que el impacto visual resultara tan atractivo que los lugareños se enorgullecieran cada vez que vieran cómo un majestuoso navío surcaba las tierras de sus antepasados.

Aspiraba a que el Gobierno mexicano aceptara que a ambos lados del canal existiese una zona libre de impuestos en la que podrían montarse industrias que desde las mismas puertas de la fábrica se abastecerían de materias primas o enviarían sus productos a uno u otro océano.

También había ordenado diseñar hoteles en los que los pasajeros de los cruceros turísticos pudieran quedarse unos días con el fin de descansar o recorrer el interior del país.

—Lo peor de ir al infierno es que desde allí no podré ver mi obra terminada —comentó en la churrasquería en la que le gustaba cenar de vez en cuando—. Aunque desde el cielo podría haberla visto.

—Que irás al infierno, dalo por hecho —le replicó Caribel sin el menor empacho—. Pero también debes dar por hecho que verás tu obra terminada.

—No lo permitirán, cielo, eso también dalo por hecho; si malos son nuestros enemigos, peores son nuestros aliados, gente para la que el canal no significa progreso o bienestar, sino un negocio tan productivo como vender drogas o traficar con armas.

Tenía razón y Caribel lo sabía porque cada fin de semana estudiaba los archivos y comprobaba que gran parte del dinero que se empleaba en llevar a cabo tan majestuosa obra estaba manchado de sangre.

En ocasiones, a solas en su casa, se planteaba si era lícito seguir adelante en tan desquiciado proyecto y con semejantes compañeros de viaje, pero al día siguiente, cuando advertía el entusiasmo que reinaba en El Convento y cómo en la otra orilla trabajaban sin descanso, sus dudas se esfumaban.

Por eso, en aquellos momentos, se limitó a pellizcarle la mejilla a su acompañante, al tiempo que comentaba:

—Siempre había creído que eras el mayor farsante que pisa el planeta, ahora he descubierto que hay otro que te lleva ventaja, pero tú pasarás a la historia por tus obras y él por sus desastres.

—Si paso a la historia, lo cual, a decir verdad, me importa un rábano, será porque tú lo consigas. Ya soy demasiado viejo como para ver mi proyecto terminado y son muchos los que me quieren muerto.

—¡Y dale…! —Se lamentó su acompañante—. Menuda papeleta me estáis dejando entre *Lady* Ámbar y tú con los que, por lo visto, quieren acabar tanto tirios como troyanos.

—Nunca he sabido lo que significa exactamente esa expresión.

—Tampoco yo, pero creo que los tirios eran los habitantes de Tiro, lo que luego fueron los cartagineses y supongo que no se debían llevar muy bien con los troyanos.

—Debiste haber seguido en la universidad…

—Querido mío… —Fue la burlona pero sincera respuesta—. Puede que no tengas claro quiénes eran los tirios, pero a tu lado se aprende más en un mes que en la universidad en un año. Y que yo sepa, ninguna universidad se ha propuesto abrir un canal interoceánico.

—Es que las universidades suelen estar dirigidas por gente sensata.

—No todas; el rector de la mía era un lunático empeñado en llevarme a la cama.

—Perdona, cielo, pero empeñarse en llevarte a la cama es una indiscutible muestra de sensatez. Lo insensato sería no intentarlo, y eso lo puedo decir porque me has costado una fortuna, pero no doy por malgastado ni un solo céntimo. —Alzó su copa en lo que parecía ser un refrendo a su afirmación o un homenaje a la belleza de su acompañante y tras beber y dejarla de nuevo sobre la mesa, señaló—: Y ahora, volvamos al trabajo. ¿Qué has averiguado sobre ese al que llaman el Guaquero y que pretende aumentar su inversión en el canal?

—Que su apodo viene de que empezó saqueando tumbas incaicas, luego se dedicó a cultivar coca y ahora ha conseguido que una variante del opio arraigue en los valles peruanos.

—Pues no aceptaremos su dinero —respondió rápido y decidido —. No me gustan los que trafican con opio porque acaban matando gente. Una cosa son unos estúpidos ejecutivos que consumen cocaína porque está de moda o se la pone gorda y otra unos infelices enganchados a la heroína que acaban convirtiéndose en cadáveres ambulantes.

—Pero una cosa lleva a la otra —le hizo notar Caribel en lo que constituía un claro razonamiento—. La marihuana conduce a la cocaína y la cocaína a la heroína.

—Sí… —admitió él—. Y una bofetada lleva a un puñetazo y un puñetazo a un tiro, pero si no le has proporcionado un arma, las cosas quedan en una simple trifulca. Y el Guaquero no es mexicano.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Los narcotraficantes mexicanos pueden ser tan canallas y asesinos como los peruanos, los colombianos o los turcos, pero en cierto modo se sienten orgullosos al invertir en el canal

puesto que no solo es una forma de lavar su dinero y su imagen, sino de ayudar a sus compatriotas.

—¡No fastidies…! —exclamó—. Tal como lo enfocas no me extrañaría que pronto viéramos mariachis cantando «narcocorridos» que enaltezcan a los traficantes que inviertan sus ganancias en el canal.

—¿Y en qué crees que trabaja el compositor que tenemos en nómina…? Necesitamos una canción que exprese lo que puede significar el canal para el futuro de los mexicanos, porque en México las cosas funcionan mejor si tienen música. ¡Lástima que Agustín Lara haya muerto!

—¿Quién era Agustín Lara…?

—¡Oh, cielos! ¡Cuánta ignorancia! No se te ocurra poner los pies en México sin saber quién fue Agustín Lara; te quemarían en la hoguera, y con razón.

7

Dos días más tarde recibieron una sorprendente llamada; el señor Ekira Kitagami se encontraba en la ciudad, le apetecía visitar la empresa y como su secretario personal tenía magníficas referencias sobre las virtudes del cocinero se atrevió a insinuar que al señor Kitagami también le encantaría disfrutar de una buena cena.

Don Arturo se mostró encantado porque sabía que las empresas del japonés abarcaban un amplio espectro de actividades que pasaban por la pesca, la agricultura, una compañía de navegación y una extensa cadena de hoteles.

Conseguir que el poderoso y respetado señor Kitagami financiara una parte del canal interoceánico no solo significaría una inyección de dinero «limpio», sino sobre todo un espaldarazo que podría influir sobre aquellos inversionistas de extremo oriente que empezaban a dudar de la viabilidad de abrir un nuevo canal por Nicaragua.

—Está claro que el proyecto nicaragüense se desinfla y por lo tanto debemos atraer a quienes ya han empezado a dejar de verlo como alternativa a Panamá —le hizo notar a los directivos—. Kitagami puede ser la clave porque la creciente industria de extremo oriente necesita otra salida al Atlántico.

El hombre de las dos estrellas Michelin, y al que evidentemente le importaba mucho más obtener una tercera que abrir canales interoceánicos, se esmeró al máximo, por lo que tras degustar los dos primeros platos, el circunspecto señor Kitagami se vio obligado a aprobar con la cabeza expresando su satisfacción de forma harto expresiva.

—¡Prodigioso! —dijo—. Esta es sin duda la mejor manera de empezar una buena velada.

Caribel había tenido al menos una docena de clientes japoneses pero aún le costaba admitir que fueran tan ceremoniosos y recordaba los consejos de Etuko, una de las pupilas mejor valoradas de El Convento, y de la que se aseguraba que tenía una colección de cincuenta kimonos y veinte pelucas.

—A nuestros hombres les gusta mandar hasta que se desnudan; a partir de ese momento suelen permitir que la mujer tome la iniciativa.

Aplicándose a la tarea de imaginar al diminuto señor Kitagami desnudo, cabía aceptar que en esos delicados momentos prefiriera que su compañera de cama se hiciera con el mando de la situación.

Le sonrió educadamente y a cambio recibió una cortés inclinación de cabeza.

Tras los postres y el café, aunque los invitados prefirieron tomar té, lo primero que el señor Kitagami quiso saber fue la calidad y la nacionalidad del material con que trabajaban.

—Lo mejor de lo mejor… —respondió, rotundo, don Arturo—. No nos importa la nacionalidad; nos importa el rendimiento.

—Una decisión muy inteligente —admitió el oriental—. ¿Podría verlo?

Apenas se tardaron unos minutos en instalar una pantalla de televisión y conectar con los trabajos que se estaban realizando en México, de tal forma que se podía observar con absoluta nitidez y en tiempo real cómo incontables sierras mecánicas cortaban árboles o segaban campos de cultivo, y cómo gigantescas excavadoras extraían la tierra y la cargaban en interminables hileras de camiones.

Intuición femenina o años de experiencia hicieron comprender a Caribel que al japonés no le impresionaban ni las excavadoras ni los camiones, y que «el material» que le interesaba de El Convento debía responder a la fama que había obtenido como uno de los mejores prostíbulos del mundo.

Probablemente sus fuentes de información habían quedado obsoletas y no tenía ni la menor idea sobre los cambios que se habían producido en la empresa, pero pese a ello dio muestras de un aplomo y unas normas de comportamiento muy propias de su

raza ya que no movió un músculo, apuró lo que le quedaba de té, permaneció unos instantes pensativo, y al fin señaló:

—Les compro la tierra.

Cundió el desconcierto incluso entre quienes se estaban acostumbrando a que todo resultara desconcertante, y tras introducirse la lengua en el hueco de la muela con el fin de ordenar sus ideas y darse tiempo para asimilar la propuesta, fue el propio Fizcarrald el que se atrevió a señalar:

—Las tierras no están en venta ya que el canal cruzará por ellas.

—No he dicho «tierras», sino «tierra», por lo que no me refiero a hectáreas, sino a volumen —le aclaró Kitagami sin inmutarse—. ¿Cuántos metros cúbicos se verán obligados a remover?

—Hemos calculado que poco más de un billón.

—Pues un billón de metros cúbicos de tierra fértil que ya ha sido extraída, removida y aireada, resultarían muy rentable sobre suelos áridos, deforestados o erosionados.

—El oriental hizo una pausa y luego añadió: —Y por lo que tengo entendido en México abundan.

—Ya lo creo que abundan.

—O sea que si me los cede por un precio razonable podríamos hacer negocios. Las montañas son muy hermosas, pero los japoneses sabemos que tan solo producen lo que producen y por ello construimos terrazas que rellenamos de tierra que cultivamos con esmero, con lo que las montañas continúan siendo igualmente hermosas pero además alimentan.

Semejante propuesta constituía un vuelco a la situación para la que nadie parecía estar preparado; que el impasible japonés hubiera venido buscando putas y acabara llevándose tierra como para cubrir Tokio no era algo que ocurriera todos los días, pero don Arturo reaccionó con la rapidez que le caracterizaba.

—Pondré a mi gente a hacer números —dijo.

En esta ocasión, el circunspecto señor Kitagami dio muestras de un profundo sentido del humor al puntualizar:

—No es el tipo de números que tenía en mente al venir, pero conviene adaptarse a las circunstancias —se dirigió directamente a Caribel, al añadir—: Lamento el malentendido y le ruego que me perdone, porque me había hecho ciertas ilusiones.

Se trataba de un hombrecillo escuálido y tan poco apetecible

como cualquiera de cuantos habían pasado por su cama, pero Caribel reconoció que tiempo atrás no le hubiera importado mantener una relación con él, puesto que era de la clase de personas de las que siempre se podía aprender.

En la cama no, desde luego.

El hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí de un escaparate hubiera podido convertirse en uno de los pilares del mundo empresarial gracias a su capacidad creativa, pero un inoportuno escándalo había truncado su carrera obligándole a dejar de ser un brillante promotor para pasar a ser un oscuro rentista.

Inglés desde la punta de los zapatos a la punta del paraguas, nacido en el seno de una familia influyente y estando destinado a ocupar un puesto de relevancia en el Gobierno, un único traspiés, aunque tal vez sería más acertado decir batacazo, le había condenado al ostracismo colgándole al cuello una pesada losa con la que resultaba imposible progresar ni en la política, ni en los negocios.

Cualquier otro, menos británico, hubiera optado por iniciar una nueva vida lejos de Londres pero Larry Fleischer no había heredado el espíritu aventurero de sus antepasados y consideraba que la vida lejos de Londres no merecía la pena.

Viajaba con frecuencia, aunque podría decirse que la mayoría de sus viajes constituían la excusa que le permitiera sentir la perentoria necesidad de regresar.

Su único error, siendo como había sido catastrófico en lo que se refería a su prestigio profesional y personal, le había proporcionado no obstante los recursos necesarios para vivir sin agobios, y así lo hizo hasta que comprendió que su verdadero talento no se centraba en su capacidad creativa, sino en su capacidad destructiva.

La descubrió casi por casualidad el día en que un conocido le hizo notar que, contra lo que siempre había supuesto, su sonoro batacazo no había sido debido a un desafortunado traspié sino a una malintencionada zancadilla y el culpable de su aparatosa caída se encontraba en aquellos momentos en la cima de una meteórica carrera profesional.

Tras meditarlo durante casi un mes, decidió devolver el golpe, y no lo hizo porque le ardieran las entrañas en un irrefrenable deseo

de venganza, ya que se consideraba demasiado británico como para llegar a tales extremos; lo hizo porque se aburría y no tenía nada mejor que hacer que amargarle la vida a Vinicius Souza do Amarai y Costa.

Resultaba difícil llamarse Vinicius Souza do Amarai y Costa sin haber nacido en Brasil, pero Vinicius Souza do Amaral y Costa no había nacido en Brasil, sino en el corazón del Soho pese a lo cual había publicado cinco espléndidos estudios sobre la flora y fauna del Mato Grosso, lo cual le había granjeado el respeto y la admiración de una gran parte de la comunidad científica internacional.

Flemático y paciente, Larry Fleischer encontró en una agencia de viajes la primera respuesta a sus muchas preguntas; durante sus continuos viajes al continente americano Vinicius Souza do Amaral y Costa rara vez había puesto los pies en el Mato Grosso y sus largas y peligrosísimas expediciones se limitaban a desplazarse hasta una vieja mansión a una veintena de kilómetros de Salvador de Bahía.

Cuando los medios de comunicación sacaron a la luz las pruebas que demostraban de forma irrefutable que el ochenta por ciento de los estudios de Vinicius Souza do Amaral y Costa habían sido plagiados de textos publicados en Paraguay, Brasil, Bolivia o Perú, Vinicius Souza do Amaral y Costa decidió quedarse para siempre en Salvador de Bahía.

Infectado por el virus de la curiosidad, Larry Fleischer no tardó en descubrir que resultaba mucho más divertido desenmascarar tramposos que hacer crucigramas, por lo que su siguiente «víctima» fue un laboratorio farmacéutico que no tardó en desaparecer del mercado.

Poco a poco, su fama de sabueso capaz de olfatear lo que se ocultaba bajo suntuosas alfombras fue aumentando, por eso, lo que nació como divertimento se transformó en oficio gracias a que empezó a recibir ofertas de empresas que deseaban perjudicar a la competencia.

Lo suyo no era espionaje industrial; era una especie de sabotaje industrial que se limitaba a aprovechar los puntos débiles de sus enemigos.

El hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí de un escaparate comenzó a

ser temido por cuantos tenían algo que ocultar, lo cual venía a significar que comenzó a ser temido por la inmensa mayoría de los políticos, empresarios y financieros de la inmensa mayoría de los países.

Se convirtió en una especie de «paladín de la verdad», aunque en realidad fuera un mercenario de la verdad. Tan solo desenmascaraba a los tramposos si previamente había cobrado por hacerlo.

—Si hasta organizaciones humanitarias sin ánimo de lucro que nacieron por el deseo de ayudar a los hambrientos han acabado convirtiéndose en negocios que alimentan más parásitos que hambrientos, no veo por qué yo debería de actuar de otra manera —alegaba en su defensa—. Quien quiera conocer la verdad que pague por conocerla.

Utilizar como eslogan de una empresa la frase «Quien quiera conocer la verdad que pague por conocerla» constituía una muestra de descaro digna de pasar a los anales de la desfachatez, pero lo cierto era que su creador se sentía muy orgulloso de ella, pese a que la considerara poco británica.

Semejante derroche de sinceridad resultaba indigerible en un país del que un lenguaraz escritor había asegurado que sus monedas eran las que mejor representaban a sus ciudadanos puesto que tanto unas como otros tenían dos caras y donde el disimulo y la hipocresía solían ser normas de conducta consentidas, pero había significado un magnífico reclamo publicitario comparable a la concesión del cuarto Óscar a una mala película.

Llovían las ofertas y, de entre todas, la mejor pagada y la más excitante era la que le desafiaba a encontrar los puntos débiles de una pandilla de lunáticos que aseguraban que podían construir un canal interoceánico en cinco años.

Su corazón estaba con ellos, pero siempre había sostenido que no se debía anteponer el corazón a los negocios.

8

Cuando ese sábado llegó a Los Faisanes le sorprendió encontrarse a una *Lady* Ámbar con la maleta preparada, lista para marcharse.

—¿Y eso? —quiso saber.

—Tengo que volver. ¿No has visto las noticias? La tierra tiembla a cada instante y un terremoto ha provocado un alud sepultando un hotel que se encuentra a menos de veinte kilómetros de mi granja.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó—. ¿Arriesgar la vida para salvar gorrinos?

—No. Naturalmente que no. Voy a buscar a Yaiza.

—¿Y quién es Yaiza?

—Mi hija.

Si su mejor amiga había sido capaz de sorprenderla miles de veces, ahora sí que la dejó absolutamente estupefacta, su reconocida sangre fría se convirtió en sangre helada y acabó dándose golpecitos en la frente con la palma de la mano como si con ello pretendiera que un cerebro que parecía haberse atascado se pusiera de nuevo en marcha.

Tardó en articular:

—¿Y cómo es que has tenido una hija?

—Follando.

—¡No empieces!

—Pues no hagas preguntas tontas. Cuando supe que habían llegado al pueblo tres tipos que me venían buscando, la dejé al cuidado de unos amigos en un lugar que consideraba seguro, pero no contaba con que de pronto comenzaría a estremecerse la tierra. Ver cómo sacan a las víctimas de ese hotel me ha decidido porque un nuevo alud podría matarla.

—¡Joder…!

—Así es la vida, pequeña; te pasas años jodiendo para que algún día nadie te joda y de improviso la estúpida naturaleza decide destruir uno de los lugares más hermosos que ha creado. ¿Puedo llevarme tu coche? El mío lo conocen.

Caribel negó taxativamente:

—No, no puedes llevarte mi coche porque aunque no lo conozcan, te conocen a ti… —Hizo una pausa antes de añadir como si fuera algo que no admitía discusión—: Iré yo.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que iré yo.

—No puedo consentirlo…

—Me importa un pito lo que puedas consentir o no —fue la áspera respuesta—. Mi coche es mío y el tuyo está escondido donde nunca podrías encontrarlo, o sea que, o voy yo, o ya puedes empezar a caminar.

—Te digo que no.

—Pues yo te digo que sí, y como el coche sigue siendo mío, no hay más que hablar.

—En todo caso iremos juntas.

Caribel le dirigió una despectiva mirada que se bastaba por sí misma para expresar lo que pensaba, pero decidió remacharlo:

—A ti eso de ser decente te afecta las neuronas porque yendo juntas las tres estaríamos en peligro.

Lady Ámbar era una mujer lo suficientemente inteligente como para admitir que su antigua discípula tenía razón, pero se resistía a implicarla en un problema del que podría salir malparada, arrepintiéndose por haber recurrido a ella aunque disculpándose a sí misma con un aceptable argumento; si lo hizo fue porque se encontraba aterrorizada y no tenía a quien acudir.

El día que decidió retirarse había roto con un pasado del que no quería conservar más que el dinero, pero ese voluntario aislamiento tenía un precio, ahora se veía obligada a pagarlo y conocía lo suficiente a Caribel como para saber que cuando tomaba una decisión raramente cambiaba de opinión.

Aun así volvió a intentarlo:

—¡Por favor…! ¡Es tan pequeña…!

—¿Qué tiempo tiene?

—Ocho meses. Es preciosa y lista como un diablo.

Caribel lanzó un resoplido con el que pretendía dejar de manifiesto su indignación, intentó calmarse poniendo en marcha la cafetera que la guardesa siempre tenía preparada, aguardó a que el cremoso líquido cayera tal como se veía en los anuncios, sirvió dos tazas y tomó asiento casi «ordenando» a su amiga que la imitara.

—¿Quién es el padre? —quiso saber.

—Ni lo sé, ni me importa.

—¿Cómo que no te importa? A todas las madres les importa.

—¿Alguna vez has sido madre?

—No.

—¿Entonces cómo lo sabes?

—Supongo que es algo natural, pero admito que puedo estar equivocada y aunque he demostrado no ser una experta en sentimientos me cuesta admitirlo.

—Es una larga historia que no viene al caso.

—Se trata de la hija de mi mejor amiga, voy a tener que ir a buscarla a no sé dónde y por lo tanto creo que merezco que dediques unos minutos a contarme cómo es posible que no sepas quién es el padre.

Quien se había dejado caer en la silla y comenzaba a echar azúcar al café pareció entender que tenía derecho a saber por qué y por quién iba a realizar un largo y tal vez arriesgado viaje.

—Como supongo que recuerdas, me encanta el festival de cine de Cannes. Había ido en tres ocasiones siempre invitada por el mismo cliente y es un lugar fascinante en el que, aunque abundan los mentecatos y pedantes, conoces a directores, actores, productores, guionistas, diseñadores, músicos y toda clase de gente interesante.

—Estuve una vez, pero el que me llevó era un palurdo que lo único que quería era que nos hicieran fotos entrando en el Palacio de Festivales y al día siguiente corría a comprarlas con el fin de enseñárselas a los catetos de su pueblo.

—Wilme no; Wilme era un hombre discreto que me presentó a todo el que era alguien en el mundo del cine por lo que me dediqué a acostarme con cuantos no me ofrecieran dinero.

—¿Y ese sorprendente cambio de actitud? —preguntó Caribel con un tono irónico y malintencionado.

—No quería quedarme embarazada de un cornudo, por lo que me decanté por aquellos que me ofrecieran la oportunidad de concebir un hijo que tuviera encanto, inteligencia, belleza o algún tipo de talento artístico.

—Te creo porque me consta que tienes una mente retorcida. ¿O sea que buscabas tener un hijo para ti sola?

—Tú lo has dicho.

—¿Y a cuántos candidatos a sementales te tiraste?

—¿La palabra *semen-tal* viene de semen?

—No tengo ni la menor idea —reconoció Caribel—. Nunca se me ocurrió asociarlas.

—¡Pues mira tú que es posible que semental provenga de semen…! Lo sea o no, lo cierto es que me acosté con siete, que siempre ha sido mi número de la suerte y admito que la tuve porque no sé quién acertó, pero lo hizo de pleno ya que mi Yaiza es un regalo del cielo.

—Curioso nombre.

—Es el de la protagonista de una novela de la que no recuerdo ni el título ni el autor, pero me sé de memoria la presentación que hace del personaje; «Pese a pertenecer a una familia de pescadores curtidos por mil soles y horas de mar, Yaiza asombraba por la delicada belleza de su rostro dominado por unos rasgados ojos verdes, la frágil pero rotunda madurez de su cuerpo de
mujer-niña
y el indescriptible misterio que la rodeaba, pues se aseguraba que tenía el don de aplacar a las bestias, atraer a los peces, aliviar a los enfermos y agradar a los muertos».

—«Aplacar a las bestias, atraer a los peces, aliviar a los enfermos y agradar a los muertos…» —repitió Caribel, tras apurar su café—. Suena bien, pero ahora nos vendría mejor que aplacara también a la naturaleza porque si algo me acojona es un terremoto. Recuerdo que una noche en Grecia la cama empezó a moverse de tal forma que pensé que el cliente era una especie de Superman hasta que se dio cuenta de lo que ocurría y salió corriendo en pelotas y dando alaridos…

—Nunca me lo habías contado.

—No me gusta contar cosas sobre mi vida íntima. Y ahora búscame los papeles de la niña porque mañana iré a por ella.

No pudo ser al día siguiente. Falsificar los documentos que demostraran que Yaiza era hija suya no era algo que se solucionara en veinticuatro horas ni aun recurriendo a los especialistas con los que la puso en contacto don Arturo, pero cuando al fin emprendió el viaje también llevaba en el bolso un carné que la acreditaba como reportera de un semanario local.

Años de ponerse ante las cámaras le habían enseñado a trabajar tras ellas hasta el extremo de que en un momento dado llegó a pensar que algún día, cuando considerara que su futuro estaba asegurado, montaría un estudio fotográfico que se dedicaría a retratar chicos guapos. Tal como evolucionaba el mercado, las agencias publicitarias pagarían más por la imagen de un peludo deportista en calzoncillos que por la de una hermosa actriz en bragas.

La mayoría de las campañas estaban destinadas a las mujeres, puesto que, excepto en lo que se refería al sexo, solían gastar más que los hombres.

El proyecto del estudio fotográfico había quedado momentáneamente aparcado debido a que resultaba mucho más rentable trabajar para las empresas Dinka, pero en el ordenador llevaba suficiente material como para convencer al más escéptico de que sabía manejar una cámara.

El viaje hacia el corazón de Italia, un corazón que parecía estar latiendo de un modo arrítmico, como si amenazara con estallar en cualquier instante, fue largo pero tranquilo, pese a que no pudiera evitar que en ocasiones también su corazón mostrara idénticos trastornos.

A lo largo de su vida había sabido sortear incontables dificultades sin perder la calma ni frente a una banda de proxenetas que la amenazaban con rajarle la cara si no trabajaba para ellos, ni frente a infelices que ante su incapacidad de conseguir una erección lloraban como si estuvieran asistiendo a su funeral.

En ocasiones, había necesitado hacer un sobrehumano esfuerzo a la hora de no echarse a reír al advertir la desolación de un menguado que comprendía que había tirado a la basura cuatro mil euros porque aquel a quien siempre había considerado su mejor amigo no sabía valorar el maravilloso regalo que le estaba haciendo.

Fingir un orgasmo resultaba relativamente sencillo, pero para no soltar una carcajada en un momento inoportuno hacía falta un extraordinario autocontrol.

Tal como asegurara años atrás *Lady* Ámbar: «Cuando veas que el mejor amigo de tu cliente comienza a flaquear intenta salvarlo haciéndole la respiración boca a boca porque si acaba agachando la cabeza, tu cliente habrá perdido un amigo, pero tú habrás perdido un cliente».

Sonrió al recordar el desvergonzado lenguaje de la desinhibida mujer que ya no parecía tener nada en común con una angustiada madre a la que lo único que le preocupaba era la seguridad de su pequeña, jurando y perjurando que jamás la compartiría, aunque resultara ser hija de un premio nobel, un rey o un presidente.

—No recuerdo que me acostara con ninguno durante aquellos días… —había admitido—. Pero me daría lo mismo porque la naturaleza determina que la única relación sin fisuras que existe es la de una madre con su hijo.

—¿Pero no sientes una cierta curiosidad por saber cuál de los siete te dejo embarazada?

—¿Cómo se te ocurre…? —Pareció escandalizarse *Lady* Ámbar, que ahora prefería responder a su auténtico nombre de Laura—. Lo que intento es olvidar quiénes eran o a qué se dedicaban con el fin de no relacionarlos con Yaiza y no tener que mentirle si algún día me pregunta por su padre.

—En la actualidad, el ADN determina con total exactitud quienes están emparentados de forma directa…

—Pues tendrán que pedirle una muestra a cuantos asistieron al festival de Cannes por aquellas fechas —fue la desvergonzada respuesta—. Y estaba a tope.

Sin más compañía que kilómetros y kilómetros de monótona autopista, Caribel acabó por preguntarse si sería capaz de hipotecar el resto de su vida en beneficio de una criatura que no había sido concebida por amor sino por egoísmo, pero evidentemente su caso era muy diferente ya que sin duda a *Lady* Ámbar le asustaba la idea de pasar el resto de su vida sin compañía, mientras que a ella le fascinaba la soledad.

Llevaba recorridos casi cuatrocientos kilómetros cuando llegó a la conclusión de que tal vez debería dejar de mirar a los hombres

con tanta indiferencia porque alguien había escrito: «Malo es tener defectos, pero peor es considerarlos virtudes por el mero hecho de ser nuestros».

Los defectos solían generarse por un exceso de sentimientos, aunque los suyos se formaban por una total carencia de ellos.

Los mejores ejemplos los constituían los sentimientos de envidia y celos. Si lógico resultaba admitir que todas las criaturas envidiaran a alguien o sintieran celos por algo, extraño era que ella jamás los hubiera experimentado ya que las cosas que había comprado tan solo eran cosas que le gustaban y jamás se le pasó por la cabeza valorarlas en relación con las que habían comprado otros.

La rivalidad se le antojaba tal pérdida de tiempo que ni siquiera había intentado rivalizar consigo misma despreciando a cuantos afirmaban que pretendían superarse a sí mismos, porque le constaba que la mayoría únicamente pretendían superar a otros.

En la universidad estudiaba mucho, pero no por el hecho de conseguir mejor calificación, sino con intención de aprender cuanto le fuera posible porque cuando al fin pudiera disfrutar de la soledad también podría hacerlo de sus conocimientos.

Al anochecer encontró un buen hotel en el que descansar, durmió a gusto porque desde que no tenía que compartir la cama siempre lo hacía, y reemprendió el camino al amanecer con el fin de empezar a trabajar con la primera luz aprovechable.

El idílico paisaje que ahora recorría, bosques, valles, montañas, ríos y lagunas, invitaba a detenerse a cada paso, respirar profundo y disfrutar de la salvaje belleza de lugares que parecían haberse empeñado en permanecer tal como salieron de la mano del Creador, pero lo que no había sabido destruir el ser humano, tan experto en arruinar lo hermoso, lo estaba destruyendo ese mismo Creador, incluyendo algunas magníficas aportaciones que había hecho el ser humano.

Ocho años atrás un devastador seísmo había arrasado la provincia del
L’Aquila
matando a trescientas personas, y a partir de ese día la tierra no había dejado de agitarse como si sufriera un imparable ataque de epilepsia.

Caribel había leído que no existía terror comparable al que se

experimentaba cuando el suelo se abría bajo los pies formando gigantescas bocas que lanzaban rugidos anunciando que las entrañas del planeta pretendían alimentarse de cuanto ser vivo pisara su superficie al tiempo que una tierra que lo había dado todo durante miles de años pasaba a convertirse en cuestión de segundos en un ogro hambriento al que ni los valerosos guerreros ni los míticos héroes sabían cómo hacer frente.

Tal como aseguraba un viejo dicho local: «Si la tierra se tira un pedo, el emperador se caga».

Y ahora esa tierra parecía aquejada por un incontrolable ataque de flatulencias que apestaban a azufre y amoníaco.

Había decidido empezar su trabajo por Amatrice, que había estado considerado el pueblo más bello de Italia hasta que una de aquellas devastadoras convulsiones lo dejara en ruinas. Lo consideraba el lugar perfecto para llamar la atención a la hora de fotografiar una torre del siglo XIII que, con sus veinticinco metros, había conseguido mantenerse en pie pese a que construcciones de menor altura y más recientes hubieran caído, así como lo poco que quedaba de sus incontables iglesias de todas las épocas y estilos.

Resultaba importante que la vieran desplegando cámaras, montando trípodes, cambiando objetivos y buscando ángulos que resaltaran cada imagen, y más importante aún, que le preguntaran por qué lo hacía.

Sabía que la mejor manera de pasar inadvertida era que desde el primer momento se acostumbraran a la presencia de una maniática de la perfección a la que lo único que interesaba era conseguir un buen reportaje sobre la capacidad destructiva de la naturaleza.

Sin maquillaje, vestida con un viejo anorak y cubierta con un gorro de lana que necesitaba un buen lavado, nadie hubiera sido capaz de imaginar que bajo tan desaliñada apariencia se oculta una fabulosa mujer por la que docenas de hombres suspiraban.

Hizo centenares de fotos. A diferencia de los antiguos reporteros que disponían de un limitado número de carretes, ella podía apretar el disparador hasta que se le cansara el dedo sabiendo que el problema vendría cuando tuviera que seleccionar las mejores imágenes, cosa que no le preocupaba puesto que ninguna se publicaría.

A la hora del almuerzo eligió una vieja *trattoria* que

milagrosamente se mantenía en pie, aunque aparecía tan apuntalada que se vio obligada a compartir mesa con un grupo de jóvenes voluntarios de diferentes nacionalidades.

Habló poco aunque les escuchó con atención, desconcertada y casi conmovida por el entusiasmo con que se referían a una fatigosa labor que consistía en levantar piedras y retirar escombros mientras corrían el riesgo de que la tierra volviera a estremecerse con lo que les caería encima un techo que les sepultaría para siempre.

Y todo ello bajo un viento helado que entumecía las manos y cortaba la respiración.

La mayoría estaban allí, no tal como suele decirse, «por amor al arte», sino por verdadero amor a la ingente cantidad de obras de arte que se encontraban en peligro.

De improviso entró un muchacho que se subió a una silla, comenzó a pedir silencio y cuando lo hubo conseguido comentó:

—Prestadme mucha atención porque tengo que deciros algo importante: esta mañana hemos encontrado una lápida del siglo V antes de Cristo que nos ha permitido entender por qué los romanos construyeron tantas ciudades, circos, acueductos, teatros y fortalezas… —Hizo una estudiada pausa, dando tiempo a los numerosos asistentes a meditar sobre la indiscutible importancia del descubrimiento, antes de concluir—: Tuvieron miles de años para hacerlo y así cualquiera.

Un compañero le atizó una sonora colleja por haberles obligado a estar pendientes de semejante majadería, pero la escena quedó grabada en la mente de Caribel, que no pudo evitar cuestionarse qué impulsaba a aquellos chicos a venir desde muy lejos a pasar calamidades y arriesgar sus vidas a cambio de nada.

Pero no lo preguntó suponiendo que cada uno le daría una razón diferente y prefería encontrar las respuestas por sí misma, aunque aceptando que jamás lo habría hecho.

Terminado el almuerzo reemprendió el camino, en apariencia sin rumbo, pero deteniéndose de tanto en tanto a fotografiar cuanto pareciera que podía añadir algún elemento nuevo a su supuesto reportaje mientras consultaba un mapa y disimuladamente comprobaba que nadie se interesaba por ella.

Calculó bien el tiempo. Comenzaba a oscurecer cuando detuvo el vehículo en la puerta de una rústica posada, que se alzaba a la

entrada de un pueblo cuyos edificios mostraban evidentes signos del destructivo efecto de los seísmos.

Algunos balcones y la cúpula del campanario aparecían dañados y en varias aceras se abrían anchas grietas.

Los Bonfanti, Gloria y Paolo, que estaban al tanto de su llegada, la recibieron con una lógica mezcla de alegría y tristeza, alegría por el hecho de saber que se llevaría a la pequeña de un lugar en el que vivían aterrorizados y tristeza por el hecho de que le habían tomado cariño y a partir de ese día se sentirían muy solos.

—Nuestros hijos se han ido a Turín y la niña es lo único que nos compensa por seguir aquí —señaló ella—. Esta es una vida de continuos sobresaltos teniendo que salir corriendo a medianoche por miedo a que la casa se nos caiga encima. No es lugar para una criatura.

—Ni para nadie… —puntualizó su marido—. Apenas quedan clientes y lo poco que ganamos se va en reparar daños porque ni el Gobierno ni el seguro se hacen cargo.

—¿Y por qué no se marchan? —quiso saber Caribel.

—Porque hemos nacido en esta tierra y si ahora está enferma debemos esperar a que se cure. ¿Abandonaría usted a su madre incluso sabiendo que le puede contagiar una enfermedad mortal?

—Supongo que no.

—Pues esta tierra es un paraíso que se ha convertido en un infierno del que a cada rato surgen demonios, pero aún no hemos sabido encontrar a exorcistas capaces de expulsarlos.

—El cura y las beatas no paran de rezar buscándolos pero ya ve el resultado… —intervino de nuevo Paolo Bonfanti señalando una ancha grieta de un muro que debía tener trescientos años de antigüedad—. Una sacudida fuerte y esto se viene abajo.

En cuanto se despertó la pequeña Yaiza, Caribel admitió que *Lady* Ámbar tenía razón y quien quiera que fuera su padre, actor, director, escritor, músico o productor, había acertado de pleno a la hora de engendrar una criatura resplandeciente.

Aún era demasiado pequeña como para determinar de quién tenía los rasgos, pero lo suficientemente grande como para afirmar que había heredado el carácter y el desparpajo de su madre.

Gloria Bonfanti no tardó en confirmarlo mientras parecía estar evocando un pasado inolvidable:

—Yo entré a trabajar en casa de Laura cuando acababa de cumplir trece años y ya tenía revolucionado el pueblo no solo porque quedaba claro que iba a ser una mujer espectacular, sino sobre todo porque no podías pasar un minuto a su lado sin mearte de risa. Era muy buena estudiante, pero la dirección del colegio se quejaba porque convertía las clases en un circo en el que incluso los profesores acababan haciendo el payaso. Recuerdo que un día me dijo: «Tengo que cambiar o moriré virgen porque ningún chico es capaz de reírse y tener una erección al mismo tiempo».

—Nunca cambió… —Le hizo notar Caribel.

—Sí que cambió —afirmó con rotundidad—. Cuando ocurrió lo del cuadro se marchó, estuvo once años fuera y cuando volvió ya no era la misma, aunque siguiera haciéndome reír.

—¿Qué ocurrió con ese cuadro?

—Al morir su madre, su padre, que era pintor, sufrió una profunda depresión, y se encerró en su estudio sin permitir que nadie entrara. Lo encontraron en la bañera; se había cortado las venas y enfrente tenía un autorretrato en el que se le veía muerto, con los ojos cerrados y el agua roja exactamente igual que en la realidad. Como un espejo.

—¡Qué historia tan macabra!

—Dicen que era un cuadro magnífico, pero desapareció, al igual que Laura. Nunca he querido saber qué hizo durante esos años, pero algo muy grave debe ser, puesto que de tanto en tanto aparecen forasteros preguntando por ella.

—De momento, hemos conseguido hacerles creer que Yaiza es nuestra nieta… —puntualizó de nuevo el marido—. Pero no tenemos nada que lo acredite.

—Me la llevaré en cuanto amanezca.

A la pobre mujer casi se le saltaron las lágrimas, tuvo que morderse los labios para no romper a llorar y acabó por asentir como quien acepta una pesada condena.

Esa noche el suelo se movió por dos veces, quizás pequeñas réplicas de catástrofes pasadas o quizás aviso de catástrofes futuras, y ambas venían acompañadas de un ruido sordo, como si el centro de la tierra se quebrase.

Le vino a la mente el día en que se hospedó en uno de los últimos pisos de un hotel de Johannesburgo y de pronto el edificio

comenzó a balancearse mientras se escuchaba un retumbar a gran profundidad. Recordando la triste experiencia de Grecia y alarmada por lo que consideró un nuevo terremoto, llamó a la recepción desde donde la calmaron asegurándole que se trataba de los barrenos de las minas de oro que se encontraban a casi tres mil metros de profundidad. No tenía más que asomarse a la ventana y comprobar que la ciudad estaba rodeada de altas colinas de tierra amarillenta procedente de las minas. La convencieron, pero pidió que la trasladaran a un piso más bajo.

En aquellos momentos la sensación de inseguridad era la misma, aunque con una notable diferencia: no se trataba de mineros haciendo explotar barrenos; era la furia de un mortífero volcán, tal vez emparentado con el temido Vesubio, y que en un momento dado podía dejarlos tan petrificados como a los infelices habitantes de Pompeya.

Pasó la noche inquieta, pero si alguna vez tuvo que hacer gala de su reconocida capacidad de conservar la calma en momentos difíciles fue durante el viaje de regreso sabiendo que llevaba como pasajera a una niña que hacía pasar por su hija pero cuyos documentos habían sido falsificados a toda prisa.

Por fortuna, se encontraban en Europa, por lo que no se vería obligada a cruzar fronteras, pero aun así se sentía insegura debido a que a la madre de la pequeña la buscaban con el fin de que no pudiera hablar o tal vez para que hablara demasiado sobre sus relaciones con personalidades de muy alto rango, mientras ella misma se sabía en el punto de mira de aquellos que consideraban que un canal interoceánico podría arruinarles.

Mucha gente suponía que, aunque estuviera considerada poco más que un objeto de adorno, tal vez en la intimidad Fizcarrald le proporcionaría información confidencial que no estaba al alcance de quien no tuviera su prodigioso físico o su notable experiencia entre las sábanas, cosas ambas fuera del alcance de la inmensa mayoría de los seres humanos.

Por un lado, las autoridades panameñas comenzaban a dar muestras de preocupación ante el previsible final de su rentable monopolio transoceánico y, por el otro, las autoridades norteamericanas se enfurecían ante la posibilidad de que en el futuro tuvieran que someterse a los mismos controles aduaneros que

ellos imponían.

Si decidían penalizar en la frontera las mercancías mexicanas, debían aceptar que en contrapartida los mexicanos hicieran lo propio con sus mercancías que pasaran por el canal.

Era de suponer que quienes habían iniciado una implacable guerra de sanciones económicas basándose en la vieja teoría de que el más fuerte siempre se impone al más débil no había contado con la posibilidad de que surgiera un arma —en este caso un canal— capaz de cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Desde el ya lejano día en que su poderosa flota propició la independencia de Panamá y el inicio de la construcción de un paso entre los dos océanos, los norteamericanos habían considerado que nadie osaría hacerles la competencia, pero de repente un lunático con fama de estafador se atrevía a enfrentarse a quienes se creían la primera potencia mundial.

Ni era de recibo, ni estaban dispuestos a consentirlo.

Caribel sospechaba que El Convento se encontraba vigilado por tierra y aire, y que si no lo estaba por mar tan solo se debía a que no había ninguna costa cerca. De igual modo, recelaba de que entre tanto personal habría más de un malnacido dispuesto a vender información pese a que había corrido un rumor alimentado por el mismísimo Fizcarrald: quien se fuera de la lengua se arriesgaba a que los narcotraficantes que habían invertido su dinero en la empresa se la arrancaran de cuajo.

Ciertamente, aquel era un juego peligroso y poco propicio a la hora de andar por carreteras perdidas sin más compañía que una criatura que empezaba a oler a diablos.

—¡Cagona…!

Le respondió una risa que le recordó a *Lady* Ámbar y que, en cierto modo, contribuyó a que continuara manteniendo la calma. Y además la niña llevaba el nombre de un personaje que, según su autor, «aplacaba a las bestias, atraía a los peces, aliviaba a los enfermos y agradaba a los muertos…».

—Ya puesto podría haber añadido el don de alejar a los políticos, aunque resultaría imposible, porque ya hay más políticos que chinches… —comentó, como si la pequeña supiera de qué hablaba—. Y ahora vamos a buscar un sitio donde pueda limpiarte el culo como es debido.

El resto del viaje fue apacible pese a que le inquietó descubrir que los muros del país que había sufrido la feroz dictadura de Mussolini aparecieran cubiertos de signos y banderas de clara ideología fascista. De todos modos, también proliferaban pintadas que denunciaban la vergonzosa política xenófoba y racista de Donald Trump.

Incluso allí el mundo empezaba a dividirse, pues tal como afirmara un conocido periodista: «Trump ama tanto a los hambrientos y a los "sin techo" que está procurando que la clase media se convierta en hambrienta y sin techo con el fin de tener más gente a la que amar». Tras ganar las primarias de Nevada, Trump había dicho: «Amo a los que tienen una educación pobre; es un amor correspondido». Muy mal van las cosas si lo que se busca es una sociedad hambrienta, sin techo y de pobre educación.

La famosa frase que pronunciara Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos», llevaba camino de convertirse en «Nunca tantos deberán tanto a uno solo», aunque en este caso no se referiría a la heroicidad de los pilotos que defendían Inglaterra de la aviación alemana, sino al dolor que causaba un megalómano que estaba consiguiendo que se regresara a los nefastos tiempos en los que prevalecían el absolutismo, el racismo, la inquisición y la intolerancia.

Caribel entendía que alguien aspirara a convertirse en tirano ansioso por gobernar con mano de hierro hasta que el Supremo Creador le llamara a dar cuentas de sus actos, pero no le entraba en la cabeza cómo, sabiendo que la Constitución americana le impedía permanecer más de ocho años en el poder, aspirara a convertirse en tirano con la misma fecha de caducidad que un yogur.

A no ser que hubiera decidido cambiar la Constitución y recordó lo que dijo don Arturo la primera vez que hablaron sobre él: «Lo conozco desde hace años y me consta que es un acérrimo defensor de la teoría de la evolución de las especies ya que imagina que el mundo fue creado para que la selección natural diera como fruto un hombre como él, con lo cual el ciclo quedaría cerrado y todo lo que viniera después resultaría superfluo. El gran problema estriba en que es la primera vez que a un hombre de semejantes convicciones le basta con apretar un botón y acabar con lo que considere superfluo. ¡Después de él, el diluvio! Y, por si fuera poco, nuclear».

Donald Trump había anunciado que aumentaría su arsenal atómico porque deseaba «convertirse en la cabeza de la manada», y con una sola frase había hecho retroceder miles de años a la especie humana, devolviéndola del hermoso concepto de «homo sapiens» capaz de crear la Capilla Sixtina al simple concepto de manada sedienta de sangre.

Caribel era demasiado joven como para recordar los dramáticos tiempos en los que el miedo a un cataclismo nuclear sobrevolaba sobre un planeta en el que sus habitantes temían sobrevivir entre ruinas viendo cómo sus seres queridos iban cayendo víctimas de todo tipo de enfermedades provocadas por la radiación, pero había leído lo suficiente sobre el tema como para comprender que aquel era un terror que aún anidaba en la mente de la mayoría de cuantos lo experimentaron. Bastaba con que alguien comentara que tal vez cientos de misiles cargados con cabezas nucleares surcarían los cielos para que el histerismo se apoderara de millones de seres humanos.

Sobre todo si quien lo comentaba tenía la potestad de apretar un botón poniendo los primeros misiles en el aire por lo que el temido «teléfono rojo» podría volver a repicar debido a que el elegido para ocultarlo en el más profundo cajón, había sido quien optara por exhibirlo provocativamente.

Después de él, el diluvio.

No eran aquellos pensamientos agradables que le sirvieran para acortar trayectos, pero sí para mantenerle la mente ocupada cuando se trataba de conducir largas horas y durante la cena, en un pequeño hotel suizo, ocurrió algo que nunca había pasado en el transcurso de los últimos años: había alguien que atraía más la atención que ella.

Se llamaba Yaiza y parecía decidida a conquistar el mundo.

A la tarde siguiente fueron los guardeses los que se desconcertaron al descubrir que su misteriosa huésped pasaba de ser joven soltera que intentaba ocultar su primer embarazo a madre igualmente soltera pero feliz.

Lo mismo les daba una cosa que otra. Su obligación consistía en mantener la casa limpia y la boca cerrada, aunque el cambio se les antojó un regalo y recibieron a la pequeña Yaiza como a la hija que nunca tuvieron.

El mayor problema que presentaba la nueva boca, y sobre todo el nuevo culo, era que no se podían comprar pañales y comida de niños en la farmacia del pueblo sin responder a preguntas indiscretas, por lo que el guardes se veía obligado a bajar a la ciudad una vez por semana.

Pero se desplazaba a gusto debido a que hacía ya muchos años que en Los Faisanes no se escuchaban más risas que las que provenían de la televisión y que sonaban siempre igual de falsas.

9

Rompiendo con una norma ética que prohíbe diagnosticar a personalidades públicas sin su consentimiento, un grupo de expertos en salud mental ha lanzado voces de alarma sobre la posibilidad de que el presidente Donald Trump sufra algún trastorno de personalidad.

Treinta y cinco psicólogos, psiquiatras y trabajadores sociales enviaron una carta al periódico *The New York Times* en la que mostraban su preocupación por «la inestabilidad emocional» de Trump, lo que, en su opinión, lo «incapacita para servir de manera segura como presidente».

Para los especialistas, «el discurso y las acciones del señor Trump demuestran una incapacidad para tolerar opiniones diferentes a las suyas», algo que implicaría un carácter con «una profunda incapacidad para empatizar».

«Individuos con este tipo de rasgos distorsionan la realidad para que se adapte a su estado psicológico, y atacan los hechos y a quienes los transmiten», aseguran. Además, también pronostican que es «probable que estos ataques aumenten ya que su mito personal de grandeza parece que se confirma».

Por todo ello, los firmantes creen que «la grave inestabilidad emocional indicada por el discurso y las acciones del señor Trump lo hacen incapaz de servir de manera segura como presidente».

El psicólogo Nigel Barber aventuraba en *The Huffington Post* que Trump tiene rasgos que apuntan a que sufre un trastorno narcisista de la personalidad lo que le lleva a comportarse con grandiosidad, autoritarismo y necesidad de constante admiración.

Las Asociación Psicológica Americana (APA), que representa a personal relacionado con la psicología en Estados Unidos, mantiene desde 1973 la Norma Goldwater, por la cual pide a todos los psicólogos del país que no aventuren diagnósticos de personalidades públicas sin tratarlos personalmente.

La norma tiene su origen en la campaña presidencial fallida de 1964 del senador republicano Barry Goldwater, que fue tachado de «paranoico» y «megalómano» por psicólogos en un artículo de una revista.

Goldwater demandó al medio que publicó estas opiniones y el escándalo obligó a la APA a emitir una norma que varios psicólogos han pedido este año que se deje atrás para alertar de los peligros de tener a Trump en el Despacho Oval.

Legisladores demócratas se están sumando a la teoría de los trastornos mentales de Trump, e incluso barajan la posibilidad de que se le inhabilite utilizando una enmienda de la Constitución que permite deponer a un mandatario por incapacidad si se obtiene consentimiento de miembros del Ejecutivo y los votos de dos tercios del Legislativo.

La congresista californiana Jackie Speier criticó una «desquiciada» rueda de prensa de Trump, en la que durante más de una hora lanzó ataques contra los periodistas, insistió en que el margen de su victoria fue histórico pese a no serlo y aseguró que «las filtraciones a los medios son reales, pero las noticias son falsas, porque gran parte de las noticias son falsas».

Speier no es la primera legisladora de la oposición que sugiere que Trump puede no ser apto para la presidencia por un supuesto trastorno.

El senador demócrata Al Franken asegura que algunos de sus colegas republicanos están preocupados por el estado mental de Trump, derivado de la creencia de que «miente demasiado».

El congresista demócrata de Oregón Earl Blumenauer pidió en el Capitolio que se «clarifiquen» las posibilidades legales de la Enmienda 25 de la Constitución, que contempla el procedimiento para destituir a un presidente por incapacidad, algo de lo que no se hablaba desde el tiroteo que acabó con la vida de John F. Kennedy en 1963.

Blumenauer aseguró que el «errático» comportamiento de Trump requiere una revisión porque la enmienda constitucional «tiene lagunas en el caso de incapacidad mental o emocional».

El profesor de psiquiatría clínica de la Universidad Weill Cornell Richard A. Friedman escribió una columna de opinión en *The New York Times* en la que llamó a la cautela a la hora de establecer relaciones de incapacidad con diagnósticos psicológicos apresurados. Según Friedman, un diagnóstico sobre la salud mental de Trump requiere un gran número de sesiones cara a cara.

Por otra parte, apuntó el profesor, en algunos casos se puede

tener una enfermedad y ser totalmente competente, a excepción de estados más graves como psicosis o demencia.

No obstante, recordó Friedman, diferentes historiadores han concluido que algunos presidentes han dirigido el país, pese a sufrir trastornos: Abraham Lincoln padecía depresión severa, Theodore Roosevelt posiblemente era bipolar y Ulysses S. Grant alcohólico.

Resulta asombroso que un hombre de setenta años no explote con una dieta basada en huevos fritos y beicon para el desayuno, una hamburguesa para la cena y un menú habitual cargado de pollo frito, tacos mexicanos, *pizzas*, patatas y dulces. Todo ello regado con

Coca-Cola.

Si la comida basura supone un factor de riesgo para la obesidad, la salud cardiovascular, el cáncer, la diabetes o el colesterol, cabe preguntarse si con semejante menú el presidente más viejo de la historia de Estados Unidos podrá acabar su mandato.

Arturo Fizcarrald dejó el informe sobre la mesa y sonrió a quien se lo había entregado.

—Ya había leído algo parecido y de igual modo preocupante —admitió—. Se diría que ese lunático, que parece salido de un viejo cómic, pretende hundirnos.

—Por eso estoy aquí.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Quiso saber quién le había recibido en su despacho, pese a las lógicas dudas que albergaba respecto a sus intenciones—. No soy psiquiatra.

Fred Patxon, un hombre de aspecto tan vulgar que nadie se fijaría en él ni aunque pasara una docena de veces ante sus narices, poseía sin embargo una notable inteligencia y una sorprendente capacidad de trabajo, sobre todo si ese trabajo estaba relacionado con algún tipo de estafa.

—Nos conocemos hace mucho… —dijo.

—Por suerte o por desgracia…

—Y por lo tanto sabemos de qué pie cojeamos y a quién hemos jodido, en ocasiones, de mutuo acuerdo.

—Tengo buena memoria… —Se vio obligado a reconocer Arturo Fizcarrald—. Aunque te consta que la mayoría de aquellos a los que jodimos estaban dispuestos a hacer lo mismo con nosotros. ¿Qué

buscas?

—Ayudarte.

—Y un cuerno.

—Y que ayudes a mis amigos.

—Otro cuerno, Fred. A mí no me vengas con bobadas porque me consta que nunca has tenido amigos.

El canadiense sonrió aparentemente divertido y acabó por chasquear la lengua mientras negaba una y otra vez.

—¡Oh, vamos, Arturo…! —comentó—. ¿De verdad me crees tan estúpido como para venir a tu guarida, que, por cierto, es una pasada de lugar, con intención de engañarte? Saldría malparado, e incluso tal vez no saldría. Quienes me envían, sean o no mis amigos, lo hacen porque les consta que podemos fiarnos el uno del otro debido a que nunca nos hemos fiado el uno del otro.

—Curioso modo de ver las cosas.

—Pero lógico. Para enfrentarte a un bulldog no envías a un caniche; envías a otro bulldog.

—Pues, de bulldog a bulldog, te advierto que no me gustaría liarme a dentelladas con un hijo de puta.

Aquella era la forma con que Fred Patxon esperaba ser recibido, pero no se sentía ofendido y se conformaba con haber sido recibido.

—¡Vayamos a lo que importa…! —dijo—. ¿Cuánto tardarías en tener terminados y listos para ser exhibidos treinta kilómetros de tu famoso canal interoceánico?

—¿Cómo has dicho?

—Te he preguntado que cuánto tardarías, y ahora añado que cuánto dinero necesitarías, para tener terminados y listos para ser exhibidos treinta kilómetros de ese canal.

—¡Pero qué estupidez estás diciendo! —protestó un furibundo Arturo Fizcarrald—. Un canal no se abre a trozos; primero tenemos que excavarlo en su totalidad.

—Admito que jamás he participado en la construcción de un canal, pero sí en la creación de muchas urbanizaciones y me consta que lo primero que se necesita es un

piso-piloto

que mostrar al cliente.

Quien había aceptado recibirle sabiendo que acabaría por arrepentirse ya empezaba a hacerlo sin poder evitar preguntarse si

resultaba lógico que un eficiente y afamado estafador internacional se hubiera vuelto tan obtuso.

A punto estuvo de señalarle la puerta, pero, por respeto al copioso dinero que le había ayudado a ganar en otros tiempos, se dignó responder:

—Yo no tengo que venderle el canal a nadie, Fred. Ya está vendido; lo único que pretenden es terminarlo.

El canadiense se limitó a indicar con un gesto el informe que había quedado sobre la mesa al replicar:

—A no ser que él te lo impida.

—¿Y por qué habría de impedírmelo?

—Porque iría contra los intereses de su país.

—Tú y yo sabemos que su único interés se centra en alimentar su ego a base de alabanzas y su cuerpo a base de hamburguesas, puesto que nunca se convertirá en la culminación del sueño americano sino en la culminación de la pesadilla americana.

—Una pesadilla que impide dormir a quienes me envían.

—¿Pero qué coño quieren…? —Se impacientó su oponente—. O vas al grano o te largas porque aborrezco esa manía tuya de empezar por el final y andar siempre con circunloquios.

—Me cuesta perder la vieja costumbre de poner cepos a los incautos… —admitió Fred Patxon como quien reconoce que le han pillado robando manzanas—. Lo que pretenden «mis amigos» es convertir tu canal en la gran atracción de esta década, calificándolo de obra cumbre de la ingeniería humana, monumento a la paz y la armonía entre los pueblos, y ejemplo de lo que debe ser el comportamiento de seres civilizados frente a la sinrazón, la prepotencia y las ansias belicistas de quien se considera un semidiós… —Hizo una corta pausa con el fin de puntualizar—: Es decir, de la eterna lucha entre la clarividencia y la ceguera.

El presidente de las empresas Dinka, fullero, enredador, trilero y veterano de mil batallas en las que lo que se pretendía era deslumbrar a la posible víctima, entreabrió los labios, mostró apenas la punta de la lengua y contempló a su visitante como si estuviera asistiendo a la llegada de una nave espacial.

—¡La puta…! —alcanzó a balbucear—. «La eterna lucha entre la clarividencia y la ceguera». —Anotó algo en la libreta que se encontraba sobre la mesa mientras añadía—: Te compro la frase

porque te has superado a ti mismo.

—¡Déjate de coñas! Estoy hablando en serio.

—¿Quién lo diría con semejante lenguaje? «Obra cumbre de la ingeniería humana, monumento a la paz y la armonía frente a la prepotencia y las ansias belicistas de quien se considera un semidiós…». Creo que olvido algo pero no importa puesto que hiede a incienso y alguien me comentó que el incienso se quema con la intención de idiotizar a los babiecas. ¡Vete al diablo!

—¡Por favor! —Insistió su visitante—. Admito que me he pasado con el lenguaje, pero esa es la esencia de la idea: varios medios de comunicación de mucha influencia están dispuestos a proporcionar una gigantesca cobertura a tu canal y lo que significa para el futuro de la humanidad al tiempo que continuarán presentado a Trump como un bocazas, egocéntrico y retrógrado que lo único que sabe hacer es levantar muros, provocar el caos y asegurar que ha llegado la hora de volver a ganar unas guerras que parece dispuesto a iniciar lanzando misiles sobre Siria, arrojando sobre Afganistán «la madre de todas las bombas» o enviando una flota a las costas de Corea del Norte.

—Intento captar la idea, pero no creo que sea acertada porque quien debería pararle los pies no es un canal interoceánico, sino alguien que tenga la capacidad de rebatir sus paranoicos argumentos.

—Pero en la actualidad no contamos con un solo líder con el carisma suficiente como para plantarle cara —fue la rápida respuesta que respondía a una triste realidad—. Cuesta aceptar que existan millones de personas infinitamente más inteligentes, sensibles, cultas y preparadas, pero que ninguna ocupe un puesto importante en política.

—No es que le considere especialmente culto y sensible, pero creo que Putin…

—¡Por Dios…! —se escandalizó el canadiense, alzando los brazos como pidiendo ayuda celestial—. El enfrentamiento Putin-Trump significaría el apocalipsis, pero la complicidad Putin-Trump significaría la sumisión del resto del mundo a dos únicas potencias.

—No creo que China lo permitiera.

—Pues si los chinos intervinieran serían tres a repartirse el pastel, lo cual también resultaría injusto… —argumentó con buena

lógica Fred Patxon—. En los tiempos que corren ya no debemos intentar ganar guerras reales sino guerras mediáticas porque el resultado de una batalla con decenas de muertos se olvida en una semana, mientras que las victorias que se consiguen en las redes sociales permanecen. Misiles rusos nunca le hubieran hecho tanto daño a Norteamérica como el que le han causado sus ataques informáticos.

Eso era cierto y Arturo Fizcarrald lo sabía; los noticiarios mostraban a diario espeluznantes imágenes de bombardeos que arrasaban ciudades destrozando hospitales repletos de niños mientras la sangre corría, no en la forma de los caudalosos ríos de las pasadas guerras mundiales, sino en forma de incontables manantiales que brotaban en cualquier punto del mapa.

No era una hemorragia, era un goteo pero igualmente mortífero y aún más despreciable puesto que la mayoría de las víctimas ni siquiera sabían en virtud de qué supuestos ideales les masacraban.

Los soldados ya no iban al frente sabiendo que tenían que combatir a una u otra tiranía o a una u otra ideología luchando por arriar una conocida bandera con el fin de sustituirla por otra igualmente conocida; ahora debían consultar un catálogo con el fin de comprobar a quién pertenecía una determinada bandera y en qué diablos creía quien la enarbolaba.

Tal como aseguraba el inefable *Manual de las derrotas*: «Quien no sabe quién es su auténtico enemigo está condenado a perder».

La mejor prueba de tan sabia afirmación estaba en los propios Estados Unidos que habían perdido sus últimas guerras al no comprender que sus auténticos enemigos no eran coreanos, vietnamitas, sirios, iraquíes o afganos, sino políticos y generales que recibían un tres por ciento por cada tanque, avión, cañón, helicóptero o submarino que se fabricaba con el fin de combatir a coreanos, vietnamitas, sirios, iraquíes o afganos.

Y ahora estaban dando saltos de alegría puesto que el nuevo presidente había aumentado el gasto militar en casi un diez por ciento, lo cual quería decir que a ellos les correspondería un poco más.

Tras meditar sobre todo ello, Arturo Fizcarrald optó por quitarse las gafas, frotarse los ojos, introducirse la lengua en el hueco de la muela, lo cual seguía teniendo la virtud de relajarle, y mascullar:

—Dispones de cinco minutos para aclarar qué dan y qué pide.

—Dan la oportunidad de convertir tu canal en la estrella mediática del primer cuarto de siglo aportando el capital que se pueda necesitar con el fin de convertirlo en la octava maravilla del mundo.

—Sería la novena.

—¡La que sea! Tú procura que esos treinta kilómetros estén listos cuanto antes y ellos se ocuparán del resto.

—¿Como si fuera el tráiler de una película?

—¡Exactamente!

—Recuerdo que de niño siempre me apetecía más la película que se anunciaba en el tráiler que la que había ido a ver.

—Ahora eres tú quien me haces perder el tiempo —le echó en cara el canadiense—. ¿Te interesa o no te interesa?

—Repito que depende de lo que pidan a cambio.

—En primer lugar, que «oficialmente» no sigas al frente de la empresa porque tu fama no solo te precede sino que te persigue con ahínco. Si los servicios de inteligencia americanos, que tienen muy poca inteligencia pero muchos servicios, empezaran a hurgar en tu pasado saldríamos malparados.

—Eso siempre lo he tenido muy claro y tengo previsto ceder el puesto.

—¿A quién?

—Aún no lo he decidido —fue la escueta respuesta que invitaba a no seguir hablando sobre el tema—. ¿Algo más?

—Que de ahora en adelante no se llame «canal de México», sino «canal de la Paz».

—¿Y eso…?

—«Canal de México» indica exclusividad y por lo tanto un monopolio semejante al de el canal de Panamá. —Patxon hizo una intencionada pausa antes de añadir—: Sin embargo, lo segundo lleva implícito un concepto de universalidad puesto que la paz pertenece a todos y lo correcto sería dictar una ley según la cual no se autorizaría el paso a buques de guerra ni barcos que transportasen armamento nuclear.

—¡Joder…! —Exclamó su asombrado interlocutor—. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Significa que México demostraría que, pese a su fama de

violento, siempre fue un país pacífico que acogió con los brazos abiertos a las víctimas de las guerras cualquiera que fuese su ideología o nacionalidad.

—Eso es muy cierto —reconoció Arturo Fizcarrald—. Cuando mi abuelo huyó de Checoeslovaquia estuvo tres años ejerciendo de maestro en Monterrey, y lo trataron muy bien.

—¿Y por qué tuvo que huir? ¿Era judío?

—¡Oh, no! Era cristiano… Pero estraperlista.

—De casta le viene al galgo…

10

El 7 de mayo atentaron contra Arturo Fizcarrald.

Un francotirador le disparó en el momento de abandonar El Convento, y aunque se trataba de un magnífico profesional ya que colocó tres impactos en el parabrisas justo a la altura de la cabeza del conductor, debía ignorar que el vehículo estaba blindado, por lo que lo único que consiguió fue que derrapara, golpeara lateralmente contra un árbol y su magullado conductor emprendiera una alocada huida hasta encontrar refugio en la comisaría más próxima.

Dos semanas más tarde, el propio Arturo Fizcarrald convocó una reunión a la que rogó que asistieran sus principales directivos y que quiso que se trasmitiera en directo a los trabajadores de México.

Cuando tomó asiento en su butaca habitual se le notaba más serio que de costumbre y una ligera capa de maquillaje no alcanzaba a disimular que aún tenía la frente levemente amoratada. A pesar de todo, ensayó lo que pretendía ser una sonrisa al recorrer con la vista los rostros de sus colaboradores más íntimos.

Se rascó la barba, carraspeó, bebió agua y cuando al fin se decidió a hablar se dirigió directamente a las cámaras con voz firme y serena:

—Siempre he tenido en cuenta que nos enfrentamos a enemigos muy poderosos… —empezó diciendo—. Individuos e incluso países que han disfrutado de privilegios exclusivos y que no están dispuestos a renunciar a ellos ni tan siquiera a compartirlos, pese a que su insaciable avaricia les precipite al abismo. Lo tuve en cuenta… —repitió—. Pero admito que fui un iluso al suponer que no reaccionarían con violencia.

Se escucharon rumores e incluso voces de indignación, algunas

de las cuales llegaban desde miles de kilómetros de distancia, desde las gargantas de aquellos que habían interrumpido su trabajo en el canal con el fin de escuchar el mensaje de quien les había proporcionado ese trabajo.

—Al reflexionar sobre lo que me ha ocurrido he llegado a una amarga conclusión —añadió al poco—: Esta empieza a ser una tarea superior a mis fuerzas…

Cundió el pánico. Cuantos le escuchaban tenían muy claro que sin Arturo Fizcarrald a la cabeza aquel complejo andamiaje se vendría abajo.

—Calma… —pidió al advertir lo que ocurría—. No abandonaré la empresa más que muerto, pero admito que es una carga que no debe descansar sobre los hombros de un solo hombre al que resulta evidente que pueden eliminar en cualquier momento. —Lanzó un amargo resoplido—. Por lo tanto, he decidido designar a una persona más joven y capacitada con el fin de que conduzca esta maravillosa nave hacia su destino final.

La mayoría de los presentes en la sala de juntas se observaron perplejos. Entre aquellas cuatro paredes se encontraban «los más jóvenes y más capacitados» en cuanto se refería a la apertura de un canal interoceánico, pero ninguno tenía ni la menor idea acerca de la identidad del nuevo capitán de la compleja nave.

—La elección no ha sido fácil, teniendo en cuenta que quien asuma el cargo acepta el riesgo de convertirse en el blanco de nuestros enemigos… —continuó don Arturo, consciente del efecto que estaban causando sus palabras—. Debido a ello considero que nuestra prioridad debe ser protegerle, y la mejor manera de hacerlo es procurando que no se conozca su identidad.

Aquello iba mucho más allá de lo que nadie pudiera imaginar ni a un lado ni a otro del Atlántico; permitir que un desconocido dirigiera desde el anonimato una empresa que intentaba llevar a cabo una obra de ingeniería de proporciones faraónicas constituía el mayor disparate que se le pudiera ocurrir a un ser humano medianamente equilibrado, pero aun así, Arturo Fizcarrald lo había dejado caer como si se tratara de la decisión más lógica del mundo.

Por si fuera poco, puntualizó que aquella era una decisión inapelable, que a partir de primeros de mes todas las órdenes vendrían firmadas por alguien llamado Martín Gale y que quien se

negase a acatarlas podía pasar por caja y pedir el finiquito.

Quién diablos era el tal Martín Gale o qué méritos había hecho para alcanzar semejante rango constituían incógnitas que la mayoría de cuantos se sentaban en la mesa del consejo de administración preferían no despejar, tal vez debido a que ninguno aspiraba a ocupar un puesto que, sin duda, estaría muy bien remunerado pero en el que le podían pegar un tiro en la cabeza en cuanto la asomara más allá de los muros de El Convento.

Ni siquiera hubo preguntas. Todos parecieron comprender que quien se ponía en pie y se alejaba compungido y cabizbajo con el fin de ir a tomar asiento en un banco del jardín no estaba en condiciones de responderlas.

Allí permaneció silencioso y ensimismado hasta que Caribel decidió acudir a su lado.

—Los has dejado helados —señaló.

—Lo supongo.

—Incluso a mí, que presumo de conocerte mejor que nadie.

—También lo supongo.

—Eres una inagotable caja de sorpresas.

—Me alegra oírlo.

—¿Tanto confías en ese Martín Gale?

—Es tan perfecto que podrías enamorarte de él.

—Nadie es tan perfecto, cielo. Eso puedes jurarlo.

—¿Apostamos algo? La última vez te apostaste el culo, perdiste y te lo perdoné, pero ahora no te lo perdonaría.

Caribel se llevó el dedo a la sien en un conocido gesto.

—Sigues siendo un cerdo y además te falta un tornillo —aseveró.

—Siempre me ha faltado y gracias a ello estamos donde estamos porque alguien que los conservara todos jamás se habría metido en semejante berenjenal.

—¡Pues mira dónde estamos! —se lamentó ella—. Si el que disparó hubiera sido un buen profesional se habría percatado de que tu coche estaba blindado, con lo que ahora estarías muerto.

—Como profesional siempre ha sido el mejor —fue la desconcertante respuesta—. Colocó los tres impactos justo donde tenía que colocarlos y con el arma exacta, porque si en lugar de un Remington 30/06 hubiera utilizado un Mannlicher 475, a estas

horas mis sesos estarían tapizando el coche. Cuesta caro, pero, al igual que tú, se merece cada céntimo que le pago.

¿Qué se le podía decir a un malnacido que estaba admitiendo que había preparado un atentado contra sí mismo?

¿Y cómo se podía ser tan retorcido?

Únicamente llamándose Arturo Fizcarrald.

—¿Pretendes decir que todo ha sido una comedia? —inquirió Caribel, dándose por vencida por enésima vez.

—Que estuvo a punto de convertirse en tragedia porque por si algo fallaba tenía que agacharme en el momento en que disparaba —admitió su interlocutor—. Lo hice justo a tiempo, pero cuando volví a levantarme las astillas del parabrisas no me permitieron ver que un árbol se me echaba encima y por poco me rompo la crisma.

—¿O sea que has estado a punto de matarte pagándolo de tu bolsillo…? —Caribel agitó la cabeza con desaprobación mientras puntualizaba—: No parece ni muy inteligente, ni muy propio de ti.

—No siempre todo resulta como esperábamos, pequeña, pero el detalle de haberme estrellado le ha dado aún más verosimilitud al atentado y eso es lo que necesitaba porque nuestros socios son una pandilla de indeseables que no se fían ni de su sombra.

—Viendo cómo actúas, les sobra la razón y tampoco yo me fiaría, aunque sigo sin entender a qué viene todo esto.

—Viene a que necesitaba una disculpa a la hora de nombrar sucesor y si no les hubiera hecho creer que corro auténtico peligro nunca lo habría conseguido.

—Admito que continúa asombrándome tu capacidad de enredar, fingir y mentir.

—En este caso, no lo hago por placer, sino por obligación —respondió él serenamente—. Quienes están dispuestos a ayudarnos a llevar a buen término el proyecto prefieren que de cara a la galería abandone la dirección debido a mi mala fama.

—¡Gente astuta, sin duda!

—Mucho, puesto que comprenden la importancia de la empresa.

—¿Y has aceptado?

—Naturalmente. Lo que importa no es que los demás sepan lo que has hecho, sino que lo sepas tú.

Una casa de apuestas inglesa —inglesa tenía que ser ya que a los ingleses les encantaba apostar a cualquier cosa por absurda que

fuera— había lanzado un sorprendente reto: pagaría treinta a uno a quien apostase a favor de que Donald Trump no sería presidente de los Estados Unidos dentro de un año; pagaría veinte a uno a que no lo sería dentro de dos, diez a uno a que no lo sería dentro de tres, y cinco a uno a que no lo sería dentro de cuatro.

En caso de fallecimiento a causa de un atentado no se abonaría más que la mitad pese a que dicha posibilidad resultaba poco probable debido a que la mayoría de los presidentes norteamericanos asesinados habían pertenecido al partido demócrata y Donald Trump era republicano.

El llamativo reclamo invitando a jugarse el dinero había sido copiado de las pancartas que exhibían los inmigrantes que abandonaban los Estados Unidos con intención de trabajar en el nuevo canal: «Adiós, Mister Trump».

La idea de convertir una carrera política en una carrera de obstáculos en la que a través de cualquier teléfono móvil se podían comprobar los avances de un solitario participante de rostro congestionado y larga corbata roja corriendo a paso de carga mientras pisoteaba personas, símbolos o países, se convirtió muy pronto en un fenómeno viral, por lo que millones de apostantes optaron por invertir algún dinero en la fascinante aventura de ver cómo sus opciones de ganar se multiplicaban gracias a los tropiezos de quien parecía llamado a derribar cada valla y caer en cada charco.

E incluso volver a tropezar y caer en la siguiente vuelta.

Surgieron voces discrepantes señalando que semejante comportamiento constituía una falta de respeto, aunque pronto otras voces igualmente discrepantes respondieron que para exigir respeto se debía empezar por respetar a los demás.

Y no era el caso.

El panorama político mundial llevaba camino de convertirse en un circo en el que los payasos actuaban en una pista que había sido siempre una cloaca, aunque ahora mucho más ajetreada, pestilente y apasionante debido a que habían entrado en juego infinidad de factores inimaginables meses antes.

Entre ellos, las apuestas multimillonarias sobre el futuro de un canal interoceánico.

Día a día los medios de comunicación que controlaba Fred

Patxon publicaban datos sobre los avances del canal o los errores de Trump haciendo conjeturas sobre sus posibilidades de éxito o fracaso como si se tratara de caballos de carreras o equipos de fútbol.

En cuanto se refería al canal no había muchas dudas puesto que tan solo podían apostar los socios de la Dinka Interoceanic y todos sabían que resultarían beneficiados ya que no habían invertido su dinero con el fin de aumentarlo, sino de blanquearlo.

Lo que perdieran en cantidad lo ganarían en calidad.

Tal como preconizaba Arturo Fizcarrald: «Más vale un billete utilizable que tres que puedan utilizar para encarcelarte».

A pesar de todo, y como contrapartida, el tema de la permanencia o no de Donald Trump en el poder se prestaba a infinidad de elucubraciones provocando acaloradas discusiones que solían girar en torno al estado de salud mental y física del intempestivo presidente.

A lo largo de la historia jamás se había dado un caso tan mediático, debido a que ahora esa historia llegaba en tiempo real hasta los confines del planeta a través de teléfonos móviles.

Caribel siempre había sido reacia al uso de todo tipo de teléfonos —tanto fijos como móviles—, en parte porque desde que murió su madre nunca había querido a nadie y por lo tanto no existía nadie a quien le apeteciera llamar, y en parte, porque respetaba una norma básica que especificaba que una señorita de compañía de altos vuelos no debía proporcionar su número a los clientes, porque su accesibilidad rebajaba su tarifa.

Punto quinto del *Manual de señoritas de compañía*: «Si no quieres que te consideren una mujer de vida fácil, ponlo difícil».

Durante sus años de pupila de prostíbulo, la telefonista de El Convento le solía poner al corriente de lo que deseaba un determinado cliente, y ella aceptaba o rechazaba la oferta respetando otra norma del manual que especificaba que su voz no debía quedar grabada cuando se trataban asuntos de negocios relacionados con el sexo.

Tan rígidas normas de prudencia le habían permitido sobrevivir en un ambiente en el que con frecuencia se bordeaba el abismo, y esa misma prudencia posibilitaba que continuara siendo la persona de confianza de Arturo Fizcarrald, aunque no bastó para conseguir

que le revelara la verdadera identidad del nuevo director de la empresa.

Su «presentación oficial» tuvo lugar en la sala de juntas en que se acomodaban los principales responsables de la Dinka Interoceanic, incluida Caribel a quien nadie consideraba «responsable» aunque sí «inevitable», y hasta el último de los presentes guardó un tenso silencio con la mirada fija en una enorme pantalla en la que al fin hizo su aparición un hombre del que únicamente se distinguía la silueta.

Comenzó dando las gracias a don Arturo por haberle elegido para tan importante tarea, continuó pidiendo disculpas por verse obligado a actuar de una forma tan teatral porque no le apetecía que le tirotearan y concluyó afirmando que, a su modo de ver, los trabajos debían continuar como hasta el presente, aunque aprobando una inversión adicional de ocho mil millones destinada a que los primeros treinta kilómetros de canal en la costa Atlántica estuvieran abiertos al tráfico el día de la celebración de la independencia de México.

Ocho pares de ojos se volvieron a Fizcarrald como pidiendo explicaciones. Resultaba difícil de entender para qué servirían tantos kilómetros navegables si los barcos acabarían por encontrarse frente a un muro.

Les respondió un silencioso encogimiento de hombros con el que el demandado quiso aclarar que aquel asunto ya no le incumbía porque quien ahora mandaba era quien hablaba, y a él, como a todos, no le quedaba otro remedio que obedecer, estuvieran o no de acuerdo.

Cuando ese sábado Caribel acudió a visitar a *Lady* Ámbar —a la que aún le costaba un gran esfuerzo llamar simplemente Laura—, no pudo evitar ponerle al corriente del notorio desconcierto que se había apoderado del personal.

—Entiendo que los tiempos cambian y que su fama perjudica el proyecto, pero resulta difícil aceptar que un hombre como Arturo acepte órdenes de alguien a quien ni siquiera se le ve la cara.

—Te recuerdo que Arturo era cliente mío antes que tuyo, y por lo tanto las dos sabemos que es el hijo de perra más jodidamente retorcido que jamás haya pisado un prostíbulo, teniendo en cuenta que probablemente Adolf Hitler no debió de pisar muchos —

contestó su antigua compañera de profesión con total convencimiento—. Si ese tal… ¿Cómo dices que se hace llamar?

—Martin Gale…

—Pues si Arturo acepta órdenes de Martin Gale, puedes jurar que no las acepta porque se resigne a obedecer, ya que ese cabronazo jamás ha obedecido ni a su padre. Las acepta porque está de acuerdo con ellas e incluso me atrevería a jurar que es quien las dicta.

—Eso lo admito —reconoció Caribel, que disfrutaba dándole de comer a la pequeña Yaiza que se tragaba la papilla sin tan siquiera pestañear—. Me consta que es quien mueve los hilos, pero si algún día falta, este tinglado se vendrá abajo y nos encontraremos con treinta preciosos kilómetros de canal que no llevan a ninguna parte y un montón de narcotraficantes terriblemente cabreados.

—Y con razón.

—Miles de millones de razones, porque un canal que no acabe siendo un auténtico canal se convierte en una cloaca, nadie puede lavar su dinero en una cloaca, y los que pretendan lavar en ella su dinero pero se les ensucie aún más, suelen tener la fea costumbre de cortarte en pedazos.

—Esto sí que resulta curioso… —comentó *Lady* Ámbar mientras le hacia una carantoña a su hija que no paraba de reír entre cucharada y cucharada de papilla—. Va a resultar que pese a tantas historias sobre machistas maltratadores y proxenetas sin escrúpulos estábamos más seguras como putones desorejados que como mujeres decentes.

Caribel se sintió tentada de responderle que si no se sentía segura no se debía a lo que hubiera podido hacer como mujer decente, sino a las consecuencias que le habían traído comportarse como putón desorejado aceptando participar en una orgía con clientes indeseables en Rusia, pero se contuvo por respeto a Yaiza, pese a que estaba claro que la niña no habría entendido una sola palabra.

—He buscado en internet y he encontrado a varios Martin Gale… —se limitó a comentar cambiando de tema—. Pero ninguno parece tener nada en común con el que nos ocupa.

—Porque ese nombre es como mi primer anillo de bodas, querida, bonito pero falso.

—No sabía que hubieras estado casada.

—Y nunca lo he estado… ¿O crees que soy tan mema como para casarme con alguien que regala anillos falsos? —Tomó a la niña en brazos con el fin de darle palmaditas para que expulsara los gases —. Pero volvamos a lo que importa —prosiguió—, ¿se pueden abrir esos treinta kilómetros de canal de aquí a septiembre?

—Supongo que sí.

—¿Tan solo lo supones…?

—Contamos con el personal, la maquinaria, los medios económicos y la infraestructura, o sea que si además nos inyectan un presupuesto adicional de ocho mil millones, debería limitarse a una simple cuestión de logística.

—¿Logística viene de lógica…?

—Imagino…

—En ese caso, lo conseguiréis porque Arturo y tú sois las personas más lógicas y calculadoras que he conocido.

—No me gusta que me consideren calculadora —protestó una molesta Caribel.

—Pero lo eres, aunque en el buen sentido de la palabra —replicó quien en esos momentos estaba acostando a la pequeña, que empezaba a quedarse dormida—. «Calculadora» no tiene por qué referirse necesariamente a quien tan solo mira por sí misma; también se aplica a quien sabe ver ventajas, medir riesgos o tomar decisiones adecuadas en el momento preciso. Y tú siempre has sabido hacerlo.

—Sí, he sabido hacerlo en cuanto se refería a decisiones que a la única que afectaban era a mí, pero ahora se trata del futuro de millones de infelices que están siendo expulsados de los hogares en que nacieron, se han quedado sin trabajo y acuden en busca de un lugar en que establecerse lejos de la tiranía de un lunático. —Le dio un beso a Yaiza mientras su madre la arropaba, y agregó a continuación—: Y esa es una responsabilidad que está fuera del alcance de alguien que lo único que ha hecho en su vida es procurar ganar dinero y que no le contagien una enfermedad venérea.

—Eso último ha sonado horrendo.

—Pero es la verdad y tú lo sabes porque hemos remado en la misma galera. Arturo me ha proporcionado toda la información que se supone que necesitaría si desapareciera, pero me temo que en

este asunto no basta con estar bien informado; exige una mente como la suya y una absoluta falta de escrúpulos a la hora de tratar con gentuza.

—Pues pese a lo que digas, creo que estás capacitada… —*Lady* Ámbar sonrió con ironía mientras la empujaba fuera de la habitación—. Siempre que sigas mis consejos, puesto que en la granja había muchas acequias y supongo que eso proporciona experiencia a la hora de construir canales interoceánicos. —Encendió dos cigarrillos, le entregó uno y fueron a tomar asiento en las butacas de la terraza desde la que se dominaban unas montañas que ya empezaban a perder nieve—. La tarea es difícil —reconoció — Pero tienes una gran baza a tu favor: se han invertido ingentes cantidades de dinero negro, blanco o multicolor y sus dueños no querrán perderlo, o sea que si llega el caso tu estrategia debe ser claramente agresiva: cuanto mayor el incendio, más leña al fuego.

—¿Hasta que me peguen un tiro?

—Nadie te lo pegará si continúas haciendo tu papel. Recuerda que Claudio llegó a emperador a base de pasarse media vida fingiéndose imbécil. —Lanzó al aire un chorro de humo y esbozó una sonrisa cómplice—: Y tú le llevas ventaja porque eres mujer y guapa, lo cual en una sociedad machista son puntos a favor a la hora de que te consideren tonta del culo.

Caribel se enfrentaba de nuevo a una absurda contradicción; como prostituta de lujo tenía que demostrar que podía hablar sobre Platón en cinco idiomas, pero como ejecutiva de una multinacional se veía obligada a comportarse como tonta del culo.

Y es que, tal como señalaba el manual: «Las trabajadoras del amor podemos negociar con cualquier tipo de amor, menos con el propio; ese tenemos que dejarlo en casa».

Era una sabia lección que le dejaba dos opciones: o dejar el amor propio en casa o no salir de casa.

En aquellos difíciles momentos, cuando se había puesto en marcha una enloquecida aventura que podría afectar a millones de personas, se veía obligada a recurrir a la experiencia y tragarse el amor propio a base de continuar en la sombra, lo cual no resultaba demasiado difícil ya que en El Convento nadie parecía prestarle atención debido a que las nuevas órdenes parecían haber proporcionado una inyección de adrenalina al personal.

11

Abrir en menos de medio año lo que *Lady* Ámbar denominaba humorísticamente una «acequia», pero que en realidad tendría treinta mil metros de largo por cien de ancho, provocaba un desatado entusiasmo, pero al propio tiempo una insoportable ansiedad.

Por suerte, el terreno de la costa atlántica era en su mayor parte de aluvión, no exigía trazar grandes curvas y parte de la excavación principal ya estaba hecha de modo que de lo que se trataba era de agrupar en aquel punto la mayor parte de la maquinaria y el personal sumándole el que hiciera falta.

Como lo que sobraba era dinero, lo único que se necesitaba era capacidad organizativa, en ese sentido las instrucciones de Martin Gale eran precisas enviando minuciosos memorándums que especificaban cada paso que se debía dar sin reparar ni en gastos ni en esfuerzo.

Dado que la enorme zanja debía alcanzar un mínimo de treinta metros de profundidad con el fin de que pudieran circular todos los navíos, cualquiera que fuera su calado, el principal problema se presentaba a la hora de librarse de tan ingente cantidad de tierra, aunque muy pronto acudió a hacerse cargo de ella una interminable flotilla de pesados camiones enviada por Ekira Kitagami.

El japonés ya había adquirido grandes extensiones de los terrenos deforestados, abandonados o baldíos que pensaba poner en explotación al tiempo que aportaba al equipo inicial de Dinka Interoceanic un considerable número de ingenieros agrícolas, zoólogos y ecologistas.

Miles de animales, incluidos sus nidos y madrigueras, iban

siendo cuidadosamente recogidos y puestos a salvo de la furia destructora de unas máquinas que estremecían el suelo a su paso, que semejaban hambrientos monstruos que disfrutaran devorando el terreno a base de propinarle gigantescas dentelladas.

Era precisamente en ese punto, en el de la conservación del espacio natural y el respeto al medio ambiente, en el que los odiosos «tocapelotas» no cesaban de incordiar, y una de sus principales ocupaciones se centraba en sentarse ante un ordenador y observar en directo cómo al otro lado del océano docenas de corajudos mexicanos capturaban serpientes y las metían en sacos con el fin de dejarlas en libertad allí donde no corrieran peligro de ser aplastadas.

Perseguían de igual modo a caimanes, murciélagos, monos o cualquier bicho viviente que corriera, reptara, volara o nadara siempre con el fin de reubicarlo en lugar seguro, siguiendo el ejemplo de quienes más de medio siglo atrás habían salvado a un incontable número de animales salvajes de la gran sabana cuando se empezaba a construir una gigantesca presa que debía proporcionar electricidad a Venezuela.

Aquella prodigiosa «operación rescate», en la que no se escatimaron medidos técnicos ni humanos, había sido una clara muestra de cómo el hombre podía minimizar de forma considerable los daños que causaba el progreso siempre que el bien común —incluidos los animales como parte de ese bien común— se impusiera a los intereses políticos y económicos.

A Caribel le resultaba sorprendente que un personaje tan pragmático como Arturo Fizcarrald —porque le constaba que eran de él de donde provenían realmente las órdenes— pudiera ser no obstante tan respetuoso con un bicho tan indeseable como una serpiente de cascabel.

—Si está ahí será por algo… —Había sido su respuesta—. Y si la quitamos pero dejamos al resto, ese algo faltará y tal como puede ocurrir cuando le quitas una pieza a una máquina que funciona, es preferible dejarla donde está.

—¿Y realmente crees que esa máquina funciona?

—Funcionaba aceptablemente hasta que comenzamos a jurungarla los seres humanos, y en cuanto desaparezcamos, cosa que por lo visto Donald Trump se propone hacer a la mayor

brevedad posible, volverá a funcionar durante millones de años… —El «trilero mayor del reino» hizo una corta pausa antes de añadir —: Y recuerda algo para el día en que yo falte: puedes estafar incluso a los más listos, pero no puedes engañar a la naturaleza porque al final acaba cobrándose la deuda. Y con recargo e intereses de demora.

—Desconocía tu vertiente ecológica —admitió ella.

—La magnitud de lo que desconoces de mí tan solo es comparable a la magnitud de lo que yo desconozco de ti, y te aseguro que ese es un principio básico en la relación entre los seres humanos, puesto que nadie puede acceder a lo que se oculta en lo más profundo de la mente de otro.

Se encontraban tumbados en la cama del dormitorio de Caribel, no con el fin de hacer el amor, relación a la que habían renunciado de mutuo acuerdo, sino para que el personal continuara creyendo que eran amantes y que la presencia de la muchacha en El Convento se debía a que tenía unas piernas muy largas, unos pechos agresivos y un culo de alabastro.

Tan complejo resultaba fingir que se era honrada siendo puta, como fingir que se era puta siendo honrada.

Aunque más cómodo.

—¿Cuándo me contarás de dónde has sacado a Martin Gale? —quiso saber ella de improviso sin dejar de mirar al techo.

—¿Qué importancia tiene de dónde haya salido? —replicó él, sin volverse tampoco a mirarla—. Sabes muy bien que es un nombre inventado.

—Lo sé. —La posición seguía siendo la misma—. Pero también sé que eres un retorcido mental que nunca hace nada, ni tan siquiera inventarse un nombre, sin alguna razón. Por lo tanto repito: ¿de dónde ha salido?

—De los «martingales».

—¿Y quién demonios son los «martingales»?

—Los habitantes de Martigues, una antigua localidad marsellesa.

Ahora sí que Caribel cambió de posición sentándose en la cama con la espalda recostada en el cabezal y las piernas cruzadas.

—¿Y qué tienen de particular?

—Tenían… Al parecer, eran muy aficionados a los dados por lo que todos los años organizaban grandes fiestas en las que se lo

jugaban todo a pares o nones. La «gracia» estaba en que el que perdía doblaba la apuesta y si volvía a perder volvía a doblarla hasta que recuperaba lo perdido o se quedaba en la ruina, lo cual le concedía fama de hombre decidido y valeroso.

—Y bastante ceporro…

—Evidentemente, pero de tan curiosa costumbre nació el término «martingala», que algunos asocian a la idea de truco o trampa, aunque, para ser exactos, es un sistema de juego que responde a la lógica ya que estadísticamente resulta casi imposible que llegado un momento no cambie la suerte.

—Entonces el único problema reside en ser capaz de aguantar.

—¡Exacto! Por eso los casinos ponen un límite a las apuestas sencillas de par o impar, pasa y falta o rojo y negro. Ningún jugador puede doblar eternamente, pero hace años ese concepto fue aplicado al análisis de procesos bursátiles y su resultado advirtió que un mercado sin arbitraje terminaba siendo una auténtica «martingala». —Arturo Fizcarrald abandonó la cama, fue hasta el ventanal, observó el enorme jardín por el que circulaba gente atareada, y acabó por reconocer—: En el fondo, nuestra estrategia imita los algoritmos que se utilizan en bolsa; debido a que sea quien sea su presidente los yanquis continuarán consumiendo drogas, dispondremos de medios ilimitados a la hora de ir aumentando la apuesta hasta conseguir derrotarlos con su propio dinero.

—Suena inmoral.

—Para hablar de moralidad deberías ir a una iglesia en cuya sacristía tal vez se estén cometiendo actos inmorales con un monaguillo. En El Convento debemos llamar a las cosas por su nombre porque lo que pretendemos es hacer algo bueno de una manera infame… —Se volvió a mirarla, o más bien a admirarla, negó con la cabeza como si le costara aceptar que pudiera ser tan hermosa y estar tan desaprovechada, y al poco añadió, convencido de lo que decía—: Muchos de los congresistas y senadores que aprueban construir muros fronterizos o deportar familias son cocainómanos que con una mano legislan y con la otra esnifan, o sea que debemos aprovechar su adicción.

—Tampoco se me antoja muy ético… —protestó ella.

—Ni tú ni yo no somos culpables de sus vicios, y por lo tanto tenemos derecho a intentar que esos vicios se vuelvan contra

quienes conocen mejor que nadie el daño que las drogas están causando a su país. Las estadísticas demuestran que por cada muerto de un atentado terrorista hay cinco muertos por sobredosis, o sea que el legislador que no luche contra esa lacra, sino que además la alimente con su propio dinero, debería ser ahorcado.

—Un poco drástico, digo yo… —comentó la mujer de culo de alabastro mientras abandonaba la cama—. Si los americanos se dedicaran a ahorcar a todos los que esnifan pronto tendrían que importar inmigrantes que empezarían rápidamente a esnifar. —Se volvió para que le abrochara la blusa—. Me siento incómoda sabiendo que funcionamos a base de un dinero que cuesta tantas vidas.

—Cuando comenzamos a construir el canal, los muertos por sobredosis ya estaban en sus tumbas y el dinero en los zulos, querida. —Don Arturo terminó de abrocharle la blusa y la obligó a volverse con el fin de que le mirara directamente—. Piensa en ello al tomar decisiones porque lamento comunicarte que te ha llegado el momento de empezar a hacerlo. El mes que viene me operan.

—¿De qué…? —se alarmó.

—Prefiero que no lo sepas. Estaré algún tiempo en pretratamiento y me dan un treinta por ciento de posibilidades de salir bien, pero no es más que eso: un treinta por ciento. El resto lo dividen entre que me quede en la mesa de operaciones o agilipollado.

La muchacha de los pezones que apuntaban al cielo tuvo la sensación de que de repente apuntaban al suelo, por lo que necesitó dejarse caer en la cama, a punto de comenzar a llorar, pese a que no recordaba cómo se hacía.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —Le echó en cara.

—Porque las malas noticias cuanto más tarde, mejor.

—¿Y dónde te operan?

—Es mejor que nadie esté enterado porque en el quirófano estaré a merced de mis enemigos y te consta que tengo muchos. Si salgo bien volverás a tener un jefe, pero si no regreso serás tú quien dé las órdenes.

—¡Menuda putada!

—No es un lenguaje apropiado viniendo de ti.

—En este momento es el más apropiado venga de quien venga…

—Le hizo notar Caribel, y tras unos instantes de duda, preguntó—: ¿Y si por una vez nos saltáramos las reglas e hiciéramos el amor aunque tan solo fuera en recuerdo de los viejos tiempos?

—Te lo agradezco, cielo; es un bonito detalle, pero me temo que, si lo hiciéramos, ese treinta por ciento se quedaría en nada, y aunque me ahorraría lo que me van a costar los cirujanos, me apetece la idea de echarles una bronca si no saben ganarse la fortuna que les pago.

—¿Y qué clase de bronca piensas echarles si estás muerto?

—Ya buscaré la manera.

—Te prohíbo que te mueras —le espetó su examante que, cosa extraña en ella, parecía a punto de perder los nervios—. ¿Me has oído…? Te lo prohíbo.

—Procuraré obedecerte, cielo —replicó con rapidez—. Y te prometo que si no lo consigo a la primera, volveré a intentarlo.

—¡Capullo!

—De acuerdo… —reconoció quien parecía darse por vencido en todos los frentes—. Soy un capullo que debería haber allanado el terreno insinuando algo, pero conservaba la esperanza de que el primer diagnóstico fuera incorrecto. Lo siento.

Caribel se tomó un tiempo antes de responder, en parte porque la noticia resultaba demasiado impactante, y en parte porque tampoco tenía muy claro qué habría hecho ella en un caso semejante.

—¿Lo sabías cuando dijiste que lo que más te molestaba de ir al infierno era que no verías tu obra acabada?

—Lo intuía porque con frecuencia el cuerpo nos dice lo que acabará por decirte el médico. Nos negamos a aceptarlo, pero en el fondo casi siempre somos los primeros en conocer la verdad.

—Intento entenderlo.

—Confío en que no tengas que entenderlo nunca, cielo; es como comenzar a agonizar antes de tiempo… —Arturo Fizcarrald regresó al ventanal, contempló de nuevo el hermoso jardín por el que continuaban yendo y viniendo hombres y mujeres visiblemente atareados y, sin volverse, añadió—: Y ahora tengo que pedirte un último favor.

—Concedido.

—¿Estás segura?

—Segura.

—¿Sin saber de qué se trata?

—Sin saberlo.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy.

—En ese caso, y como sé que jamás has faltado a tu palabra, no hay más que hablar; el jueves nos casamos.

12

—Este que aparece en la foto junto a Putin es Alexander Torshin, vicegobernador del Banco Central y por lo que aquí dice jefe de la Taganskaya. Lo conocí durante una fiesta en Moscú.

—¿Qué es la Taganskaya?

—Una mafia dedicada a la extorsión y el asesinato. —No sé cuánto tiempo estuviste en Rusia, querida, pero está claro que lo aprovechaste— pontificó Caribel mientras observaba al hombrecillo regordete, con gafas y aspecto anodino que aparecía en la primera página del periódico.

—No supondrás que fui a helarme el coño para perder el tiempo. —*Lady* Ámbar alargó la mano pidiendo excusas—. Perdón por el lenguaje, pero sabes que a esos viajes se va a hacer caja e intentar regresar sin que tipos que apestan a vodka te rajen la cara.

—¿Te acostaste con él?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Estuvimos charlando largo rato y era como una mangosta estudiando los movimientos de una cobra. Siempre sospeché que fue él quien me eligió para el trabajo y ahora que los periódicos hablan tanto sobre la influencia de los rusos sobre Trump, me reafirmo en la idea. Aquí también se dice que se reunió con uno de los hijos de Trump y mantiene permanentes contactos con Alexander Romanov, un mafioso condenado por blanqueo de capitales y crimen organizado.

—Veo que no te privas de nada.

—Según la policía, Romanov llamaba «jefe» a Torshin y le propuso comprar varios hoteles en Mallorca.

En el extenso artículo que acompañaba a la fotografía se afirmaba que el alto cargo del Banco Central ruso había estado a punto de ser detenido en el verano de 2013 durante un encuentro con un mafioso, pero no acudió a la cita en Mallorca. Su caso constituía un factor añadido a la investigación que el FBI llevaba a cabo sobre la injerencia del Gobierno ruso en las elecciones presidenciales norteamericanas, así como su repercusión en la victoria de Donald Trump y la estrategia del Kremlin destinada a influir en la política de Estados Unidos.

Torshin había llegado a lo más alto cuando en septiembre de 2004 un grupo terrorista asaltó un colegio en Beslán, capturando como rehenes tanto a profesores como estudiantes. La acción terminó con la muerte de trescientas personas, ciento ochenta de ellas niños, por lo que se desató una agria confrontación sobre la eficacia de las fuerzas de seguridad rusas.

Para atajar la polémica, Putin nombró una comisión parlamentaria colocando al frente a Torshin. Su informe absolvió a las fuerzas nacionales de seguridad y culpó a las autoridades de Beslán ganándose de ese modo el aprecio de Putin, que le compensó por su fidelidad poniéndole al frente de sus relaciones con Trump.

—¿O sea que quienes te buscan no son simples proxenetas sino auténticos peces gordos?

—¿Peces gordos…? ¡No fastidies! Son auténticas barracudas, así que ha llegado la hora de largarme.

—¿Adónde? —quiso saber Caribel.

—Aún no lo sé, pero a algún sitio en el que no te ponga en peligro porque bastantes problemas tienes sin mí.

—¿Adónde? —insistió.

—¡Ya te he dicho que no lo sé…!

—Pues cuando lo sepas me lo dices y si considero que es un lugar seguro te llevaré, pero mientras no tengas ni la más puñetera idea, y por lo que veo no la tienes, te quedarás en Los Faisanes… —le apuntó directamente con el dedo al añadir en lo que parecía una decisión inapelable—: Y desde luego, no te llevarás a Yaiza hasta que sepa que estará a salvo porque no tiene la culpa de que su madre haya sido una golfa.

—¡Quién fue hablar…!

—Habla alguien a quien no la persiguen los asesinos de la jodida

Trankangankanya.

—Taganskaya —la corrigió.

—Como quiera que se llame… —Caribel dulcificó el tono en un intento por hacer razonar a su antigua compañera de profesión—. Debes entender que si te ocurriera algo la niña pasaría a depender de vete a saber qué departamento judicial de vete a saber qué país porque no sabes quién es su padre y ni siquiera te quedan parientes.

—Me queda una prima que también se llama Laura, Laura Gravi. Vive en Verona.

—Las primas no acostumbran a aceptar regalos que comen a diario y que pueden traer problemas con los presidentes de los países más poderosos del mundo… —Hizo una corta pausa antes de añadir—: Además, te necesito aquí.

—¿Para qué?

—Para abrir un canal interoceánico en caso de que Arturo no salga bien de la operación.

—Siempre admiré a Arturo pero empiezo a unirme al grupo de quienes creen que está como una cabra.

—Prefiero un loco creativo que un cuerdo sin imaginación. En casi todos los aspectos, Arturo es uno de los seres más despreciables de este planeta, pero en otros puede llegar a ser el más excepcional.

—Que yo recuerde, en la cama no lo era.

—¿Has conocido a alguien que lo fuera?

La pregunta dejó pensativa a *Lady* Ámbar que se rascó la nariz, hizo una mueca y acabó por aceptar:

—Hace años conocí a un tipo que a primera vista parecía inofensivo, pero que me llevó a dar un paseo por la Vía Láctea subida en lo alto de un mástil… —Lanzó un largo suspiro recordando lo que parecían ser momentos inolvidables—. Jamás quise volver a verle.

—Una actitud muy de acuerdo con nuestra profesión.

—¡Y tanto…! Si me hubiera subido por segunda vez a aquel mástil hubiera acabado con mi prometedora carrera… —Suspiró de nuevo—. Pero dejémonos de romanticismos y volvamos a lo que importa. ¿Qué quieres que haga?

—Quedarte aquí y aprovechar el tiempo escribiendo un detallado informe sobre cuanto ocurrió en Moscú, incluyendo hasta el último dato que pueda aportar verosimilitud a tu historia.

—¿Incluyendo nombres…? —se sorprendió *Lady* Ámbar.

—Incluyendo nombres, fechas, lugares, detalles escabrosos y las razones por las que te viste obligada a huir… —le aclaró su amiga.

—¿Por si me encuentran…?

—Para que dejen de buscarte —la contradijo—. Conseguiré que los medios de comunicación comenten la existencia de ese documento, y que tres copias se encuentran en lugar seguro, con lo que lo lógico sería que quienes están implicados opten por olvidarte.

—Sería lo lógico, pero no las tengo todas conmigo de que sea lo seguro.

—Seguridad y lógica son conceptos distintos, pero no por ello antagónicos, cielo… —Le hizo notar Caribel—. Y recuerda uno de los principios básicos del *Manual de las derrotas*: «El que persigue al que huye huye ante el que le persigue».

—Tengo ganas de encontrar un ejemplar de ese dichoso manual del que todo el mundo habla pero nadie parece haber leído —masculló una malhumorada *Lady* Ámbar, recordando que Arturo Fizcarrald también solía aludir a las sentencias del milenario manuscrito—. Se diría que tiene respuestas para todo.

—Tiene respuestas para evitar derrotas, no para alcanzar victorias.

—Pues debería llamarse *Manual de los empates*.

—Cierto, y como en este caso el enemigo es más fuerte y lo que buscamos es un empate, sigamos sus consejos intentando que una indefensa mujer con cuatro estados civiles no resulte aplastada por la primera potencia mundial.

—¿Y quién es esa mujer con cuatro estados civiles?

—Yo.

Si lo que buscaba era confundir a su amiga, Caribel lo había conseguido puesto que *Lady* Ámbar agitó la melena y lanzó un bufido antes de inquirir casi rechinando los dientes:

—¿Te importaría explicarte?

—En absoluto.

—¡Pues hazlo!

—En mi pasaporte figura: «Estado civil: soltera». Sin embargo, me casé en secreto con Arturo, por lo que mi estado civil es casada… —Guardó un largo silencio buscando aumentar el interés

de su acompañante, lo cual consiguió de forma inequívoca—. De todos modos, el mismo día firmé, también en secreto, los documentos de separación, lo cual significa que mi verdadero estado civil es divorciada.

—Eso no son más que tres estados civiles… —Le hizo notar quien escuchaba cada vez más perpleja.

—Lo sé, pero como a Arturo no le dan más que un treinta por ciento de posibilidades de salir con vida de la operación, mi estado civil sería de casi un setenta por ciento viuda.

—¡Y un cien por cien, imbécil! ¿A quién se le ocurre semejante embrollo?

—A Arturo.

—Él tenía que ser… ¿Y todo eso para qué?

—Para que en caso de que muera yo me quedaré con la empresa mientras su hija heredará una inmensa fortuna. Pero si sobrevive, las cláusulas del divorcio señalan que él seguirá siendo dueño de la empresa mientras que yo recibiré una compensación de diez millones de euros.

Lady Ámbar necesitó un par de minutos para asimilar cuanto acaba de oír y no le cupo otro remedio que mover la cabeza afirmativamente.

—¡Muy bien pensado, sí señor! —admitió—. Y muy propio de ese cabronazo que en otra vida debió ser abuelo de Maquiavelo. De todo ello deduzco que ahora eres rica.

—Si Arturo sobrevive, seré una rica divorciada, pero si muere seré la presidenta de la Dinka Interoceanic con los múltiples problemas que ello trae aparejado, incluido que cualquier día me peguen un tiro.

—¿Me puedes explicar por qué hemos acabado mezcladas en semejantes líos?

—Por putas.

—Buena respuesta.

13

—¡Buenas noches, Walter!

—¡Buenas noches, Larry! ¿Cómo tú por aquí…? Tenía entendido que no te gustaban las discotecas.

—Es que esta se ha hecho famosa.

—Razón de más para que no te guste. ¿Conoces a mi esposa? —Ante el gesto negativo, *sir* Walter Lexington hizo las presentaciones —: Esta es Bárbara, y este es Larry Fleischer, el famoso Hombre de Azul.

—¿Un tuareg? —inquirió ella con la simplicidad que le había hecho famosa—. ¿Uno de esos feroces salteadores de caravanas del desierto?

—No, querida; le llaman así porque siempre viste de azul pero no se dedica a asaltar caravanas sino empresas.

—¡Ah, sí, ahora caigo! —Admitió Bárbara Lexington, sonriendo tan tontamente como tenía por costumbre—. Arturo le mencionó en alguna ocasión.

—Hicimos negocios juntos.

—Pues si hizo negocios con mi exmarido espero que no los haga con el actual porque Arturo es el hombre más sinvergüenza que he conocido y Walter el más decente.

—Pero, por lo que tengo entendido, Arturo se ha implicado en una tarea que puede beneficiar a millones de personas.

—Si es que no acaba dejándolas en calzoncillos —le hizo notar ella—. «Tigre viejo pierde pelo pero no rayas».

—Aunque haya desaparecido, yo sigo confiando en él.

—Y yo desearía confiar, aunque solo fuera porque el día de mañana mis nietos pudieran sentirse orgullosos de su abuelo, pero

veinte años de vida en común me han enseñado que en cuanto se refiere a Arturo Fizcarrald la procesión no acaba ni cuando ha pasado el último cura.

—Espero que en esta ocasión se equivoque. —El hombre que siempre vestía de azul le besó la mano e hizo ademán de marcharse, pero *sir* Walter le retuvo sujetándole por el brazo y señalando una silla.

—Espera, Larry —pidió—. Ayúdanos a acabar con esta botella.

—Sabes que no bebo.

—Siéntate de todos modos… —Cuando el otro accedió de mala gana, se inclinó hacia adelante y le golpeó afectuosamente la pierna ensayando una sonrisa que tanto podía ser de afecto como de amenaza—. Nos conocemos hace mucho tiempo, Larry —añadió—. Tanto como para saber que nunca pisas una discoteca si no es porque andas buscando algo.

—¿Qué pretendes decir…?

—Que sospecho que este encuentro no ha sido casual, como tampoco sería casual que cualquier día te tropezaras con Bárbara en la calle o en unos grandes almacenes y le hicieras preguntas sobre la vida y milagros de Arturo Fizcarrald con el fin de averiguar dónde se encuentra.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí…? —Intentó protestar quien empezaba a ponerse nervioso.

—¿Y cómo podría pensar otra cosa…? —Contestó de inmediato —. Me huelo que algo tramas, y aunque reconozco que Fizcarrald no me cae bien y representa todo lo que aborrezco, ha cuidado y protegido a Bárbara durante veinte años y tienen una hija que ya considero como mía. ¿Me escuchas?

—Te escucho.

—Pues escúchame aún mejor porque o me juras aquí y ahora que lo vas a dejar en paz, o me pongo en contacto con su gente y les advierto que pretendes joderle, con lo que antes de una semana estarás colgando de un puente. A los «narcos», y me consta que Arturo maneja el dinero de muchos, les apasiona cortarle los huevos a los soplones y metérselos en la boca… —Se volvió hacia su esposa suplicando—: Perdón por el lenguaje, cariño.

—Me encanta —fue la espontánea y entusiasta respuesta—. Y te agradecería que siguieras empleándolo hasta que este pichafría

acabe meándose en los pantalones.

—¡Por favor, señora…!

—Yo nunca he sido una señora, querido —le respondió *lady* Bárbara Lexington con absoluta naturalidad—. Soy de las que han saltado de plebeyas a nobles sin haber pasado por ser auténticas señoras, pero no me avergüenza porque, por lo que se ve, resulta mucho más difícil que pasar de ser noble a renacuajo.

Larry Fleischer no estaba acostumbrado a que le trataran de ese modo, y menos una gorda inmunda que ni siquiera era inglesa y le constaba que había sido cabaretera, pero se vio obligado a tragarse el orgullo puesto que sabía mejor que nadie que lo que *sir* Walter le había dicho era muy cierto.

Si los salvajes que habían invertido millones en el canal ordenaban que le colgaran de un puente ni siquiera le quedaría la esperanza de contemplar la calle desde lo alto porque antes le habrían arrancado la cabeza.

En aquellos momentos se arrepentía de haber aceptado involucrarse en tan endemoniado asunto, pero no era del tipo de hombres que aceptaban la derrota a las primeras de cambio y además, toda aquella trama le intrigaba.

«Quien siendo mala persona, ladrón, inmoral y corrupto no es rico es que además es tonto». Aquella era una de las frases predilectas de Arturo Fizcarrald, y Caribel solía tenerla muy presente puesto que vivía rodeado de malas personas, inmorales, ladrones, corruptos e incluso asesinos.

Se afanaba en recordar cuánto le había enseñado quien en otra vida debió ser abuelo de Maquiavelo y que continuaba sin dar señales de vida, lo cual perjudicaba el rendimiento de la empresa y con ello el futuro del canal interoceánico se enfrentaba a graves inconvenientes.

A la altura del kilómetro veintiocho, las excavadoras se habían tropezado con un pequeño río en apariencia poco problemático pero que con el paso de los siglos había reblandecido el subsuelo lo cual constituía una amenaza ya que las filtraciones podrían acabar afectando los cimientos de varias infraestructuras.

De tanto en tanto, el cauce se remansaba en amplias lagunas en las que habían crecido enormes árboles cuyas gruesas raíces habían conformado un complejo entramado en una tierra suelta y

esponjosa.

Los «tocapelotas» insistían en paralizar las obras mientras se solucionara el problema, algunos de los ingenieros alegaban que tan solo era cuestión de tiempo desviar el río abriéndole una salida al mar.

Los expertos locales, más habituados a trabajar en pantanales y zonas selváticas, aseguraban que el agua continuaría filtrándose en cuanto se pudrieran las raíces de los árboles.

A su modo de ver, actuarían como largas tuberías subterráneas, con lo que el supuesto cambio de curso del río constituiría una chapuza que no tardaría en salir a la luz poniendo en entredicho lo que se había dado en llamar «el proyecto estrella del siglo XXI».

—Un «proyecto estrella» con goteras siempre será una mierda —sentenció sin el menor reparo el portavoz de los «tocapelotas», que para eso le pagaban—. En esa zona no se corta un árbol ni se mueve una hoja hasta que don Arturo lo ordene, porque está visto que el Plasma no tiene ni puñetera idea de lo que hace.

Que se atreviera a llamar Plasma al mismísimo Martin Gale, que podía ponerle de patitas en la calle al día siguiente, daba una idea de hasta qué punto cundía el desconcierto entre el personal de la Dinka Interoceanic y de hasta qué punto gran parte de ese personal se sentía implicado en la tarea de abrir un canal de forma impecable y sin darse por vencido cualesquiera que fueran las circunstancias.

Caribel recordaba el día, casi un año atrás, en el que se le ocurrió preguntarle a su examante por qué había elegido el nombre de Dinka para su empresa.

—¿Nunca has oído hablar de los dinkas? —respondió él.

—Ni por lo más remoto.

—Pues son los negros más negros que puedas imaginar, y viven en los inmensos pantanos del Sudán, en el río Nilo —le había aclarado—. Se trata de seres humanos primitivos, atrasados y miserables pero ofrecen una curiosa peculiaridad: nadie ha conseguido someterles a lo largo de cinco mil años.

—¿Nadie?

—Nadie. Varios faraones enviaron sus ejércitos con el fin de esclavizarlos, más tarde lo intentaron las legiones romanas, a continuación los negreros musulmanes y por último tres

regimientos de fusileros ingleses, pero de todos ellos tan solo una veintena de hombres consiguieron regresar con vida por lo que los dinkas continúan siendo libres e inconquistables cuando de los mayores imperios que dominaron el mundo no queda más que el recuerdo.

—¿Y cómo lo consiguen?

—Aliándose con la naturaleza y sin caer en la tentación de imponer su voluntad a sus vecinos. Dinka viene a significar «superviviente» y como está claro que han sobrevivido a todos, pretendo que la Dinka Interoceanic crezca con el mismo espíritu. Ya he tenido que soportar dos dictaduras y no pienso soportar una tercera encabezada por un energúmeno.

—Cara de dictador sí que tiene, y como se suele decir, la cara es el espejo del alma.

—Pues lo que le sobra de cara, le falta de alma… —sentenció don Arturo—. Y ya que no podremos partirle un alma que no tiene, intentaremos partirle la cara que sí tiene.

Echaba de menos al carismático trilero que a la hora de resolver el complejo tema de «las goteras» no hubiera tardado en poner en práctica cualquiera de sus infinitos trucos, y pasó varias noches sin pegar ojo intentando averiguar cómo se habría enfrentado al difícil problema de pérdida de confianza del personal.

«Las espadas no ganan batallas porque una espada necesita un brazo, un brazo necesita un cuerpo, un cuerpo necesita una cabeza, y una cabeza necesita una idea. Sin ideas las espadas tan solo son pedazos de metal». Con casi obsesiva impertinencia, el vetusto *Manual de las derrotas* venía a plantearle que El Convento y todo cuanto significaba, acabaría por desmoronarse debido a que, tal como ocurría con el planeta tierra, su creador se encontraba en paradero desconocido.

Sin duda al Creador del planeta Tierra le quedarían cosas importantes que hacer allá por el confín de las galaxias, y probablemente el infeliz Arturo Fizcarrald bastante tendría con luchar por salvar su vida, pero la realidad era que el planeta tierra se encontraba en manos de indeseables y El Convento en manos de desorientados.

El único consejo válido llegó de la única que podía darle un consejo válido:

—Como tardes mucho en decidir si eres soltera, casada, divorciada o viuda, acabarás no siendo nada.

Lady Ámbar tenía la fea costumbre de decir lo que pensaba, y la aún peor costumbre de tener razón cuando lo decía, lo cual no era una buena forma de ganar amistades, pero sí una excelente forma de perderlas.

Pese a ello, su relación con Caribel era lo bastante fuerte como para soportar las críticas que, con harta frecuencia, solían hacerse mutuamente.

—Sin duda tienes razón, pero no sé cómo hacerle frente… —admitió con humildad la mujer del culo de alabastro—. Sigo interpretando el papel de «buena tan solo para la cama», pero cada vez me resulta más incómodo porque algunos imaginan que soy la única que sabe dónde se encuentra Arturo y empiezan a mirarme con malos ojos.

—Pues hace falta ser imbécil para mirarte con malos ojos, querida.

—Hablo en serio.

—Y en serio te respondo. Admito que no entiendas de qué va todo eso del río, o cómo impedir las filtraciones, pero te considero lo suficientemente inteligente como para evitar que continúe aumentando la desmoralización entre tu gente. Arturo te dejó un magnífico equipo y tu obligación, sobre todo para con él, esté vivo o muerto, es sacarle provecho. ¿Has visto *Evita*?

—Sí.

—Pues, como recordarás, su protagonista tenía mala fama, aunque admito que no tanto como nosotras, y ni era una santa ni remotamente tan hermosa como tú.

—¿Y a qué viene eso?

—A que se pasó por la entrepierna lo que pensaran o dijeran, convirtiéndose en el ídolo de millones de infelices que dejaron de tener en cuenta lo que había sido para tener en cuenta lo que era.

—Es una comparación ridícula y absurda.

—Quizás visto desde tu lado, que no te conoces bien, pero no desde el mío, que te conozco perfectamente.

Era fácil decirlo sentada en el mirador de Los Faisanes y con una niña saltando en el regazo, pero no lo era tanto observando cómo en el jardín del antiguo prostíbulo se formaban corrillos de hombres

y mujeres profundamente confundidos.

Cabía imaginar que un remoto riachuelo de un remoto país en el que jamás había puesto los pies se había convertido en su Rubicón particular, y al igual que Julio César se vería obligada a pronunciar la famosa frase, «La suerte está echada», y cargar con sus imprevisibles consecuencias.

¿Cuántas voces se alzarían alertando de que quien intentaba abrir un canal interoceánico entre el Atlántico y el Pacífico ya no era un redomado estafador sino una puta aún más redomada?

¿Cuántos admitirían que habían pagado, ¡mucho, eso sí!, por acostarse con ella?

Si Arturo Fizcarrald se había visto obligado a mantenerse en segundo plano, resultaba absurdo que ocupara su lugar, por lo que prefirió esperar, aunque tal como le advirtiera *Lady* Ámbar, si tardaba mucho en decidir si era soltera, casada, divorciada o viuda, acabaría no siendo nada.

14

—Mi propuesta consiste en perforar un pozo de dos metros de diámetro por cincuenta de profundidad a casi un kilómetro de distancia del punto en que comienza el desnivel del canal… —El hombre, alto, fuerte, barbudo y con el rostro curtido por largas horas de exposición al sol, marcó en una gran pantalla el lugar indicado—. El pozo se «encamisa» con un tubo de acero, a semejanza de como solemos trabajar en las explotaciones petroleras de la franja selvática del Orinoco, donde con frecuencia nos encontramos con este mismo tipo de suelos problemáticos.

Una docena de hombres y mujeres, incluida Caribel, escuchaban las explicaciones del venezolano que parecía ir ganando aplomo a medida que hablaba.

—A continuación, se rellena la tubería de cemento armado, con lo que se consigue una columna de contención de notable consistencia. —Leónidas Mendoza aguardó mientras recorría con la vista los rostros de los presentes como si intentara averiguar qué efecto estaban causando sus palabras y pareció satisfecho, por lo que continuó en el mismo tono—: El siguiente paso será ir perforando justo a su lado pozos de idénticas características.

—¿Cuántos…? —quiso saber Jeff Kowacs, el apodado Malascartas, que había sido ascendido a máximo responsable en todo aquello que pudiera referirse a ingeniería.

—Ochenta, con lo cual conseguiríamos una barrera de contención de ciento sesenta metros de longitud dado que las junturas entre los tubos estarán selladas con estas cuñas de acero inoxidable. —Repartió un puñado entre los presentes sin dejar por ello de hablar—: Solo son una muestra, puesto que tendrán

cincuenta metros de largo por lo que se deberán introducir entre los tubos con mucha delicadeza.

Se hizo un silencio durante el que hasta el último de los asistentes estudió de cerca las cuñas de bordes semicirculares que parecían diseñadas con el fin de adaptarse por ambos lados a la curvatura de las tuberías.

—De acuerdo… —admitió Kowacs, tras observar la pieza con especial detenimiento—. Supongo que tenemos gente que sabe hacer bien este tipo de trabajo y, si no la tenemos, la traeremos desde donde haga falta. ¿Qué porcentaje de impermeabilidad esperas conseguir?

—Aproximadamente el noventa por ciento.

—Eso evitaría las filtraciones, pero el agua seguiría estando allí por lo que durante la época de lluvias, y todos sabemos que durante tres meses llueve torrencialmente, la presión del agua destrozaría la barrera.

—No, si le ha proporcionado una salida natural.

—¿Hacia el mar…?

—Está demasiado lejos…

La mayoría de quienes escuchaban intercambiaron miradas de desconcierto y se diría que Leónidas Mendoza las esperaba puesto que hizo un gesto con el fin de que en la pantalla apareciese un nuevo plano.

—Como pueden observar, la barrera no sería rectilínea —dijo—. Formaría un ángulo, lo cual obligaría al agua a converger y acumularse formando una laguna aquí, sobre el vértice inferior… —Tomó aire y respiró tan profundo como quien decide lanzarse al vacío desprovisto de paracaídas—. Es por ese vértice por donde se le proporcionaría una salida hacia el canal.

—¿Al canal…? —Inquirió alguien en un tono que lo mismo podía ser de incredulidad como de indignación—. ¿Estás diciendo que piensas verter ese enorme caudal en nuestro canal?

—¡Exactamente!

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué…? Los canales tienen que llevar agua o no sirven de nada… ¿Qué importa que sea dulce o salada si no está destinada a ser consumida sino a que circulen barcos?

Fue ese el momento en que Caribel comenzó a comprender, o

quizás sería mejor decir «intuir», el verdadero sentido de la atrevida propuesta del venezolano, por lo que no pudo evitar hacer una pregunta de la que muy pronto se arrepentiría:

—¿Y qué pasará cuando el canal rebose?

La mirada de soslayo fue levemente despectiva o burlona.

—Un canal interoceánico nunca podrá «rebosar» puesto que todos los océanos están al mismo nivel debido a la ley de los vasos comunicantes.

—Ha sido una pregunta estúpida.

—No ha sido una pregunta estúpida; se trata de un error común y comprensible puesto que interviene el efecto de las mareas —aclaró el venezolano—. Si te sirve de consuelo, te diré que el comportamiento de esas mareas en determinados puntos geográficos exasperó a Newton, Laplace, Kelwin, al hijo de Darwin e incluso a Poincaré, puesto que no se ajusta a patrones clasificables… —Señaló a su alrededor al puntualizar—: Podríamos hablar horas sobre el tema, pero no es el momento y lo único que puedo garantizar es que el agua de ese río no afectará para nada al canal y lo mismo podrá mezclarse con la del Pacífico que con la del Atlántico.

—Se agradece la aclaración.

—No hay de qué… ¿Alguna otra pregunta?

Seis u ocho manos se alzaron con lo que se inició una larga y en ocasiones acalorada discusión sobre los pros y contras del sistema, sus costes o su repercusión sobre el tiempo en que estarían presentables al público los primeros treinta kilómetros.

Había opiniones para todos los gustos, tanto Jeff Kowacs como el autor de la idea no daban abasto a la hora de hacer o recibir propuestas y el ambiente comenzó a caldearse por lo que Caribel comprendió que o se decidía a cruzar su particular Rubicón, o no cruzaría nunca.

—¡Un momento! —Casi gritó, alzando las manos—. ¡Silencio, por favor! Tengo que decir algo importante.

Algunos la miraron con sorna, tal vez preguntándose qué demonios tendría que decir una mujer florero que hasta aquel día apenas había pronunciado una sola palabra, por lo que se vio obligada a esperar a que le prestaron atención.

—En primer lugar, quiero comunicaros que soy la esposa de

Arturo Fizcarrald —comenzó diciendo—. Y, en segundo, que debido a ello, y en su ausencia, soy la nueva presidenta y mayor accionista de las empresas Dinka.

La caída en el centro de la mesa de «la madre de todas las bombas» no hubiera sido capaz de provocar un desconcierto equiparable, por lo que se hizo un silencio sepulcral hasta que una voz anónima comentó:

—¡La leche…!

—La leche, en efecto… —admitió Caribel—. Es algo que ni yo ni nadie esperaba, y os garantizo que no me apetece cargar con semejante responsabilidad, pero así están las cosas y si Arturo no aparece, y juro que no sé dónde está, no me queda otro remedio que tomar decisiones.

—¿Qué clase de decisiones?

—La primera decirle al señor Martin Gale, o como demonios se llame, que puede irse a su casa y no volver nunca.

—Buen principio.

—El mejor.

—Aprobado por unanimidad.

—Os recuerdo que no necesito que lo aprobéis, pero agradezco vuestro apoyo y confío en seguir teniéndolo porque mi segunda decisión es bastante más controvertida. Como lo mismo da treinta que veinticinco, el setenta por ciento del equipo, al mando de Kowacs, se concentrará en que esos veinticinco primeros kilómetros de canal se conviertan en el asombro del mundo, mientras el resto intenta demostrar que el sistema de Mendoza funciona.

—¿Cueste lo que cueste?

—Lo único que va a costar es dinero.

—¿Cómo es ese venezolano?

—Atractivo pero casado.

—¿Y con cuántos casados te has acostado?

—Cobrando con muchos; gratis con ninguno.

—No sé por qué me molesto haciendo preguntas tontas.

—Ni yo por qué me molesto en contestarlas. Ahora soy la presidenta de la Dinka y debo ser decente, aunque no sea más que por respeto a Arturo.

—¿Y si está muerto?

—Lo haré por guardarle luto y porque no me apetece liarme con

un subordinado… —Meditó unos segundos antes de añadir—: A decir verdad, no me apetece liarme con nadie.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se me ocurra la peregrina idea de irme al festival de Cannes y tirarme a siete merluzos con el fin de que me dejen embarazada; es decir, nunca.

—Siempre quise que fueras una buena alumna, pero no hasta ese punto… —se lamentó *Lady* Ámbar—. A veces me das pena.

—¿Por qué? —Quiso saber Caribel—. Miro alrededor y veo cientos de hombres y mujeres que sufren porque otros hombres u otras mujeres no les quieren tal como ellos desearían que les quisieran. Algunos se desesperan, mueren e incluso matan. ¿Qué estupidez es esa?

—Dicen que es cosa del amor.

—¿A cuánto cuesta el kilo, y cuánto tarda ese kilo en convertirse en cien gramos?

—Otra buena pregunta para la que ni tú ni yo tendremos nunca respuesta, o sea que dejemos el tema y vayamos a lo que importa. ¿Cómo te sientes al haber dejado de ser la última de la fila para pasar a ser la primera de la clase?

—Rara.

—¿Más aún…?

—¿Tienes idea de lo que significa advertir que te observan, no con el fin de averiguar si tienes un orgasmo o estás fingiendo, cosa a la que estaba acostumbrada, sino con el de descubrir si te has cargado a un marido al que se ha tragado la tierra?

—¿Y cómo quieres que la tenga…? ¿Qué dice la policía?

—Nada, porque los papeles están en regla. Nos casamos ante un juez y dos testigos, y en ese mismo momento Arturo firmó un documento por el que me cedía la empresa y me eximía de cualquier responsabilidad en caso de desaparecer. —Caribel abrió las manos en un ademán que pretendía demostrar que no ocultaba nada en ellas al concluir—: Todo es legal.

—Pues resultaba más sencillo cuando hacíamos cosas ilegales.

—Como de costumbre, querida, aunque admito que resulta gratificante ver cómo la gente ha recuperado el entusiasmo. Estamos levantando un puente diseñado por un lituano que te deja con la boca abierta y contamos con media docena de auténticos

genios, por lo que cada día me pregunto cómo es posible que sea yo quien decida lo que deben hacer.

—No tiene por qué sorprenderte, cielo, la historia nos enseña que con frecuencia han sido las cortesanas las que han dirigido el destino de las naciones.

—Me han llamado puta de muchas formas, pero esa es nueva.

—Lo cual demuestra que sigo siendo una buena maestra. Cada vez es mayor el número de mujeres que presiden empresas o países y a nadie la preocupa cuál es su pasado sentimental siempre que demuestren que saben hacer su trabajo.

Caribel lo demostró públicamente una semana más tarde, cuando una cadena de televisión le pidió una entrevista y durante casi dos horas respondió a las incisivas preguntas que le hacían un equipo de periodistas de muy diferentes nacionalidades.

Y respondió en cinco idiomas, cosa que en aquellos tiempos no era capaz de hacer ningún presidente de ningún país.

La imagen de una mujer extraordinariamente atractiva, que lucía con elegancia un sencillo traje de Zara y que invitaba a los capitanes de los cruceros turísticos que circulaban por el Caribe a que se aproximaran a la entrada del canal con el fin de que sus pasajeros pudieran recorrerlo y hacerse fotos en su parte más profunda antes de que se inundara y pasara el resto de la historia bajo las aguas, causó un gran impacto entre los espectadores.

Cuando una indiscreta periodista hizo mención a su tumultuoso pasado, contestó de forma directa y sincera.

—El que me haya acostado con cien hombres no influirá en los avances de un canal que estará terminado en la fecha prevista favoreciendo el comercio mundial y beneficiando a millones de personas. —Sonrió encantadoramente al añadir—: Y mirándolo bien, habría valido la pena aunque me hubiera acostado con mil.

Y como no lo había dicho en tono desafiante sino con la naturalidad de quien considera que el camino ha sido duro pero el resultado satisfactorio, en cuestión de minutos y por mor de un nuevo y todopoderoso mesías que no era otro que «los índices de audiencia», pasó de ser «la puta de Magdala» a «María Magdalena».

Hablaba de inversiones millonarias, ingeniería, arquitectura, ecología, sexo, e incluso la posibilidad de que atentaran contra su vida al igual que habían atentado contra la de Arturo Fizcarrald

como si estuviera explicando una receta de cocina o recomendando los zapatos más adecuados a la hora de acudir a una fiesta.

Cuando la cámara se dirigía a esos zapatos enfocaba sus largas piernas seguidas del contorno de unos portentosos muslos que se adivinaban bajo la ligera falda blanca debido a lo cual millones de espectadores se regodeaban con el espectáculo, puesto que Caribel demostraba una sorprendente habilidad a la hora de fascinar a los hombres sin ofender a las mujeres.

Tanto Arturo Fizcarrald como *Lady* Ámbar tenían motivos para sentirse orgullosos de su comportamiento, y en El Convento se vieron obligados a admitir que, si bien podían llegar a estar molestos porque les había tenido engañados durante meses, de igual modo contaban con poderosas razones para elogiar a su nueva presidenta.

Sobre todo desde el momento en que le oyeron comentar que el señor Trump podría imponer su criterio por la fuerza precipitando a la humanidad hacia un final apocalíptico, pero jamás podría evitar que el mundo siguiera siendo redondo con lo que muy pronto miles de barcos lo circunnavegarían fácilmente cualquiera que fuera su tamaño.

Acabó la frase aludiendo a Galileo Galilei con un sonoro «*Eppur si muove*», lo que provocó el aplauso de unos asistentes que parecieron comprender que se encontraban frente a una mujer excepcional.

De dónde provenía y por qué medios había conseguido dicha excepcionalidad parecía carecer ahora de importancia. Demostraba que no solo era hermosa, sino también culta, refinada y valiente.

Harían falta muchos ovarios para enfrentarse a quien bombardeaba a cuantos no estuvieran de acuerdo con sus planteamientos y de quien se aseguraba que jamás había leído un libro y por lo tanto no debía tener ni la menor idea de quién había sido Galileo Galilei.

15

El experimentado equipo de relaciones públicas organizado por Fred Patxon consiguió que la irrupción de Caribel en el mundo mediático aportara notables beneficios al proyecto del canal haciendo que sus acciones subieran a la par que crecía el interés por visitar las obras.

Los medios de comunicación contrarios a Donald Trump, que evidentemente comenzaban a constituir mayoría, concentraron su atención sobre una hermosa mujer que hablaba de forma inteligente y mesurada sobre la paz, la concordia y la libertad en unos tiempos en los que las portadas de los periódicos y los noticieros solían encontrarse dominados por congestionados rostros masculinos que no cesaban de proferir insultos y amenazas de muerte.

El estrambótico corte de pelo del dictador norcoreano, la alborotada cabellera dorada del presidente norteamericano o las sucias greñas de los fanáticos islamistas contrastaban con la larga e impoluta melena de quien podría haber servido de inspiración a Botticelli en el momento de pintar su *Nacimiento de Venus*.

El astuto Patxon incluso consiguió que un relamido escritor que había ganado el Premio Nobel comentara de forma harto exagerada que era como si se hubiera vuelto a los oscurantistas tiempos de la Edad Media y de improviso surgiera un personaje del Renacimiento que aportaba un rayo de esperanza a tanta incongruencia.

No obstante, Caribel fue la primera en comprender que tenía poco en común con una Venus que era de suponer que sería virgen cuando surgió del fondo del océano, y por lo tanto lo mejor que podía hacer era encerrarse en El Convento sin caer en la tentación de convertirse en ídolo mediático.

Su respuesta a las incontables peticiones de nuevas entrevistas fue concisa: «Lo que tenía que decir ya lo dije».

Atrincherada tras la sobrecargada mesa del luminoso despacho que había pertenecido a Fizcarrald únicamente aceptaba recibir a los miembros de su equipo, aunque se vio obligada a cambiar de opinión en cuanto le anunciaron el nombre de quien se encontraba en la antesala.

—¿*Lady* Lexington? No puedo creerlo. ¡*Lady* Lexington…!

—De *lady* nada, querida —fue lo primero que dijo la recién llegada—. Hemos compartido el mismo pene durante demasiado tiempo, como para que nos andemos con mojigaterías, aunque la verdad es que no había mucho que compartir… ¿Puedes pedirme un poco de té y algo sólido? El viaje ha sido largo, tengo un hambre canina, y el té de las cinco es de las pocas cosas soportables de Inglaterra.

—¿Por qué no me avisó de su llegada?

—Porque me encantan las sorpresas. Y, por favor, tutéame.

Caribel ordenó que les trajeran «té y algo sólido» y tomó asiento frente a quien había dejado caer su rebosante humanidad sobre un estoico sofá que ni tan siquiera emitió un gemido, aunque le sobraban razones para hacerlo.

—¿Y a qué viene el honor de esta visita? —quiso saber.

—A que te vi en televisión y estuviste sembrada, reina. Y a que consideré que ya era hora de que nos conociéramos, puesto que tal vez seamos viudas del mismo papanatas. ¿Cómo se encuentra nuestro supuesto difunto?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Ni siquiera sabes si está vivo…? —se asombró la gorda.

—Ni siquiera eso.

—¿En serio?

—Totalmente.

—¡Me cago en la mar! —exclamó *lady* Lexington, dejando escapar una risita histérica—. Eso sí que no me lo esperaba, aunque conociendo a Arturo debería habérmelo imaginado. —Observó con detenimiento a quien la observaba a su vez un tanto confundida, y al poco añadió—: Siempre supe que eras preciosa, pero no hasta este extremo, y por lo tanto no puedo echarle en cara que me pusiera los cuernos. Él también lucía los suyos porque, al fin y al

cabo, también yo había sido cabaretera… —Hizo una divertida pausa antes de puntualizar—: Por decirlo finamente.

Pese a que no fuera la primera vez que se encontraba cara a cara con la esposa de un cliente, Caribel aún no sabía cómo reaccionar. Ni Arturo Fizcarrald había sido un cliente cualquiera ni Bárbara Lexington parecía ser una esposa al uso, lo cual quedó todavía más en evidencia en cuanto comenzó a atiborrarse de tarta sin demostrar la menor preocupación por su aspecto físico.

—Concretando… —señaló cuando ya había dado buena cuenta de un enorme trozo del pastel—. Si ni siquiera tú sabes si Arturo está vivo, ¿cuál es la situación? —Agitó la mano desechando cualquier posible mala interpretación al especificar—: Y no lo pregunto por mí, con esto de ser una Lexington tengo todos los problemas resueltos. Lo digo por Súe, por ti, y por ese disparatado canal en el que algún día me encantará darme un chapuzón… ¡Cuéntame!

—Supongo que estás al tanto de las cláusulas del testamento.

—Lo estoy, pero mientras no tengamos un muerto que llevarnos a la boca ese testamento solo sirve para limpiarse el trasero. Y que conste que prefiero que Arturo siga vivo… —Se llevó una nueva cucharada de tarta de chocolate a los labios y se quedó con ella alzada mientras inquiría—: ¿Necesitas ayuda?

—¿Qué clase de ayuda?

—¡La que sea! A Walter le encantas, aunque opina que estás demasiado flaca. Conoce a mucha gente que puede echarte una mano y me ha pedido que te advierta que te andes con cuidado con Larry Fleischer.

—¿Quién es Larry Fleischer?

—Un cursi que va de dandi y se gana la vida jodiéndosela a los demás. Por alguna razón que aún no hemos conseguido averiguar, pero que averiguaremos, tenía a Arturo en su punto de mira. —Pareció dar por hecho que la conclusión era lógica al añadir—: Y ahora que Arturo está en paradero desconocido suponemos que irá a por ti.

—¿A por mí o a por la empresa?

—A por la empresa, porque tiene aspecto de pichafría al que no le van ni las flautas ni las armónicas. Su especialidad es encontrar puntos débiles y destruirlas por encargo de sus enemigos. —Dio por

concluida su última taza de té, se limpió los labios y comentó, como si fuera algo que se diera por sobreentendido—: Y supongo que lo que le debe de sobrar a la Dinka Interoceanic son puntos débiles y enemigos.

—Casi tantos como puntos fuertes y amigos —admitió Caribel—. Tener la clase de socios que tenemos implica riesgos.

—Veinte años de vida en común me enseñaron que los socios de Arturo siempre implican riesgos, reina, pero en este caso entiendo que la cosa ha ido demasiado lejos. Mi consejo es que conviertas este lugar en una fortaleza y tan solo asomes la nariz lo imprescindible.

—¿Me estás sugiriendo que me pase los próximos cuatro años encerrada?

—¡Desde luego que no! Te estoy sugiriendo que dejes de subir a Los Faisanes, porque esos caminos son peligrosos y el día menos pensado puedes aparecer en el fondo de un barranco.

—¿Cómo sabes lo de Los Faisanes?

—¿Tan mema me crees, querida? —Fue la respuesta de quien en esos momentos sacaba de una petaca un largo habano y lo encendía con absoluta naturalidad con lo cual parecía un Buda humeante—. Conozco la existencia de ese picadero desde que Arturo lo compró y los guardabosques me mantienen informada sobre quién entra, quién sale, quién mata ciervos o quién se dedica a comerse conejitos de dos patas. Entiendo que tengas ahí a tu amiguita, que por lo que me han dicho es una belleza, pero te arriesgas en exceso.

—¡No es «mi amiguita»! —replicó Caribel indignada—. ¿Cómo te atreves…?

—¡Perdón…! —Ahora sí que *lady* Bárbara Lexington pareció desconcertarse—. Pensé que se trataba de tu novia porque la mantienes enclaustrada.

—No es ni mi amiguita ni mi novia; es que quieren matarla.

—¿A ella también…? —se asombró la recién llegada—. ¡Vaya por Dios! Esto empieza a parecer una de esas películas orientales en las que siempre aparece un chino que quiere matar a un japonés o a otro chino.

—No es como para tomárselo a broma.

—Lo imagino, pero si me aclarases qué coño está ocurriendo, no me lo tomaría a broma porque debes entender que ando

ligeramente desorientada con todo esto de un exmarido que no está ni vivo ni muerto, una viuda que no parece demasiado viuda, y una supuesta amante de la viuda —que me consta que hace años también había sido amante del exmarido—, pero que ahora resulta que no es amante sino candidata a fiambre… —Lanzó un sonoro bufido al concluir—: Y esto supera cualquier película china porque ni siquiera le han puesto subtítulos.

Caribel reconoció que le sobraba razón, encendió un cigarrillo que contrastaba con el enorme habano de su interlocutora y decidió que lo mejor que podía hacer era contarle la verdad.

La mujer de la inmensa humanidad escuchó fascinada, pidió permiso para ir al baño y al regresar recuperó su cigarro y le dio un par de caladas antes de admitir:

—Supongo que yo solamente hubiera llegado a ser una «señorita de compañía» barata, pero esto de ser de las caras, manda huevos.

—¡Y que lo digas! Yo lo único que pretendía era trabajar tres o cuatro años y retirarme.

—¿A tu edad…? —se sorprendió su visitante.

—En esta profesión, cuando te retiras a esta edad es que te retiras; cuando esperas demasiado es que «te retiran».

—Puede que tengas razón, pero, sea como sea, no deberías volver a Los Faisanes.

—Tomo precauciones: salgo por el garaje y cambio de coche.

—¡Bobadas! Larry Fleischer, los rusos, los gringos, o quién quiera que sea que os tenga manía acabará con vosotras en menos de lo que me fumo este puro, por lo que esa niña, ¿cómo has dicho que se llama…?

—Yaiza.

—Bonito nombre, pero como os maten será lo único bonito que le quede.

—Estoy buscando un lugar seguro al que enviarlas.

—Yo me ocupo.

—¿Qué quieres decir con eso de «yo me ocupo»?

—Lo que he dicho: que yo me ocupo. ¿O crees que he hecho este viaje por simple cotillería? Walter ha invertido doscientas mil libras en tu canal y yo he apostado diez mil a que Donald Trump, apodado el Breve, no aguantará dos años en el poder. —Apagó lo que quedaba de puro en lo que quedaba de leche—. Tengo mi propio

avión y un palacete en Escocia al que los Lexington enviaban a chicas de la familia que habían tenido un desliz. Le decían a la gente que habían emprendido un viaje y las dejaban allí hasta que el fruto de ese desliz rompía a llorar. Gracias a los anticonceptivos, ya no se utiliza más que como finca de recreo.

—¿Y por qué harías eso?

—¿Qué pregunta tan tonta? ¿Acaso no lo harías tú?

—Probablemente, ¿pero qué dirá tu marido?

—Mi marido siempre dice «sí, querida». Para eso es un marido.

El hombre de impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí del escaparate de una tienda de Armani, dejó de tener el rostro inexpresivo en cuanto advirtió que el cañón de un arma que se le antojó desmesurada le apuntaba a los ojos.

Se demacró y le surgieron ojeras que parecían haber estado años esperando aquel momento.

—¿Qué quiere? —consiguió balbucear.

—No se trata de lo que quiera yo, sino de lo que quiera usted —fue la tranquila respuesta de quien Larry Fleischer no acertaba a saber cómo se las habría arreglado a la hora de forzar la entrada de un ático tan concienzudamente blindado—. Puede elegir entre salir por el balcón o por la puerta.

—Prefiero la puerta.

—¡Sabia elección! Tardará más en llegar a la calle, pero evitará que el traje se le manche de sangre. ¿Quién le paga?

—No lo sé.

—Esa respuesta constituye un mal camino hacia la puerta —le hizo notar el intruso mientras le indicaba con un gesto que tomara asiento—. ¡Esfuércese!

—Le juro que no lo sé. Un sudamericano se presentó aquí y me pidió que buscara la forma de boicotear a la empresa que quiere construir un canal en México.

—¿Sin decir quién era?

—Ni una palabra, aunque juraría que era panameño.

—Resulta comprensible. ¿Cómo se ponen en contacto?

—Por correo electrónico. Cada martes me envía uno y debo contestar con todo lo que he conseguido averiguar.

—¿Y cuál es su dirección de correo?

—Cambia de ciudad e incluso de país y los envía desde algún locutorio público en el que no debe de permanecer más que el tiempo justo para recoger mi respuesta.

—¡Astuto…! —admitió el hombre, que hablaba con un acento difícil de clasificar—. ¡Muy astuto! Esto del libre acceso a internet nos está complicando el trabajo. ¿Cómo le pagan?

—Me abrieron una cuenta en un banco panameño.

—Necesito los datos.

—¿Y de qué le servirán? Allí solo hay dinero.

—El dinero no crece en los bancos, amigo mío; ni siquiera en los panameños. Alguien lo ha puesto allí, y mi obligación es averiguar quién ha sido… —Tras una larga pausa durante la que cabría pensar que su mente se encontraba muy lejos, dijo algo que sonaba a concesión con la que no parecía estar de acuerdo—: Suele ser un trabajo complicado y tedioso por lo que lo que en realidad me apetece es alegar que se negó a colaborar, tirarle por el balcón y dar por concluido el asunto. —Lanzó un suspiro de resignación mientras mascullaba de una forma casi ininteligible—: De todas formas, estoy obligado a ofrecerle una segunda opción.

—¿Y es…? —quiso saber, casi con angustia.

—Que me proporcione esos datos con el fin de que me rompa los cuernos sobornando gente hasta encontrar a ese puñetero panameño mientras usted se instala en las Azores.

—¿Dónde ha dicho?

—En las islas Azores. ¿Las conoce?

—No, pero sé dónde están.

—Pues tendrá que mudarse allí.

—¿Y qué se me ha perdido en las Azores? —La pregunta parecía inevitable.

—La vida que habrá perdido en caso de quedarse aquí. Si se retira a las Azores, le dejaré volver dentro de un par de años, pero si el martes continúa en Londres será porque está asistiendo a su funeral.

El hombre del impecable traje azul, camisa azul, corbata azul y rostro tan inexpresivo como el maniquí del escaparate de una tienda de Armani no albergó la menor duda sobre la sinceridad de alguien que se mostraba casi tan inexpresivo como él mismo. Su inesperado e indeseable visitante tenía aspecto de ser un profesional de los que

preferían ganarse la vida con el menor esfuerzo posible y al que resultaría más sencillo tirarle por el balcón que dedicar meses a averiguar la procedencia del dinero ingresado en un banco.

—¿Es una promesa? —se decidió a inquirir con un hilo de voz.

—Yo nunca hago promesas —negó el otro con firmeza—. Hago propuestas que se aceptan o no se aceptan.

—¿Conoce las Azores?

—No, pero he enviado allí a tres que se habían pasado de listos y ninguno se ha quejado. Creo que son unas islas muy bonitas, con buen clima y gente amable —afirmó convencido—. Infinitamente mejores que un cementerio.

Larry Fleischer comprendió que aquella era una batalla perdida, aunque, para ser exactos, lo había comprendido desde el momento en que empezó a investigar sobre Arturo Fizcarrald y descubrió que le llevaba diez cuerpos de ventaja a cualquier político, empresario corrupto o mafioso con el que se hubiera enfrentado hasta el presente.

Como hombre inteligente admiraba la inteligencia y como hombre sin escrúpulos temía a quien había demostrado ser increíblemente inescrupuloso.

Estuviera vivo o muerto y fuera él o no quien le enviaba a aquel inquietante sicario, Arturo Fizcarrald seguía siendo un enemigo del que convenía mantenerse alejado, por lo que optó por escribir en un trozo de papel el nombre del banco y la clave de acceso a la cuenta.

—Eso es todo… —dijo.

—Suficiente. Pasado mañana tiene reservado un vuelo a Lisboa desde donde tomará otro a las Azores. Allí le estarán vigilando, y si abandona las islas considérese hombre muerto.

16

En el Caribe proliferaban los cruceros turísticos. Navegaban de una costa a otra transportando miles de pasajeros, y gracias a una brillante campaña publicitaria orquestada por Fred Patxon, sus armadores no tardaron en comprender que las obras del futuro canal constituían un atractivo diferente, por lo que se apresuraron a incluirlas en su lista de escalas.

Muchos de los destinos habituales estaban ya demasiado vistos y el espectáculo de miles de personas inmersas en una empresa digna de faraones atraía a quienes se habían cansado de visitar playas tropicales o poblados de cartón piedra en los que, en cuanto los barcos levaban anclas, los supuestos nativos se despojaban de sus vistosos atuendos y corrían a casa con el fin de no perderse la telenovela de las nueve.

Los avispados programadores de viajes organizados se dieron cuenta de que el hecho de ver trabajar a los demás siempre había ejercido un innegable atractivo sobre cierto tipo de personas a las que fascinaba detenerse a observar cómo los arquitectos levantaban altivos puentes, los ingenieros abrían una interminable «acequia» o los geólogos perforaban profundos pozos.

Y en ese aspecto «el canal de la Paz» constituía un espectáculo comparable a un fabuloso circo de tres pistas.

Bosques de grúas, cientos de excavadoras, miles de camiones, docenas de naturalistas salvando serpientes, monos o caimanes, decenas de cocinas sirviendo comidas, un mar de autocaravanas listas para ser transportadas a medida que avanzaban las obras y un eficaz ejército privado que mantenía el orden y expulsaba a los alborotadores al viejo estilo de las películas del Oeste no era algo

que se viera todos los días y probablemente no volvería a verse nunca.

Cuando durante una rueda de prensa le preguntaron a Jeff Kowacs cómo era posible que tan complejo organigrama funcionara con absoluta perfección, su respuesta resultó contundente:

—Con dinero.

—¿Solo dinero…?

—Muchísimo dinero —insistió el Malascartas—. Y gente que sabe que si no resiste la tentación de quedárselo acabará en el fondo del canal.

Tenía razón porque circulaba el dinero, pero de igual modo circulaba el miedo entre quienes sabían que aquel no era dinero público al que desvergonzados políticos y funcionarios pudieran echar mano impunemente; aquellos eran fondos privados y la mayoría pertenecía a facinerosos que no se andaban con bromas. «Acabar en el fondo del canal» no era una frase baladí; podía significar recibir una paliza y permanecer un par de días castigado en lo más profundo de la excavación, o quedarse para siempre con un metro de cemento sobre las costillas.

Los fanáticos islamistas tampoco nos preocupan… —añadió—. Nuestro servicio de seguridad ha decidido aplicar la ley de la piel de cerdo, lo cual les hace desistir de atentar en nuestras instalaciones.

Se hizo un silencio durante el que la mayoría de los presentes se miraban sin entender a qué desconocida ley había hecho referencia y al fin una voz anónima inquirió:

—¿Cuál es esa ley de la piel de cerdo? Nunca había oído hablar de ella.

Tras unos instantes de duda durante los que cabría pensar que no tenía demasiado interés por hablar de ello, el ingeniero jefe comentó de mala gana:

—Se remonta al siglo XI, cuando los ismailíes comenzaron a atentar en público contra las autoridades. Luchaban hasta que les mataban allí mismo porque les habían hecho creer que de ese modo ascenderían directamente al paraíso. Poco después de intentar asesinar al sultán Saladino, uno de sus visires decidió que los fanáticos fueran enterrados envueltos en piel de cerdo, un animal tan impuro que impediría que el alma del difunto entrara en el paraíso… Durante la época colonial, la legión extranjera utilizaba

una cruel variante del sistema; vestían con un mandil de piel de cerdo a los prisioneros que se negaban a delatar a sus compañeros y les amenazaban con fusilarlos. Todos acababan hablando.

A decir verdad, el Malascartas no sabía si las fechas o los nombres eran exactos, pero sí recordaba que había leído que la fórmula había dado magníficos resultados. Si alguien estaba dispuesto a inmolarse en la creencia de que disfrutaría de los favores de huríes del paraíso, se lo pensaría dos veces si también creía que su sacrificio sería inútil.

Tal como aseguraban aquellos legionarios: «La mejor forma de combatir el fuego es con el fuego, y la mejor manera de combatir la estupidez es con la estupidez».

Jeff Kowacs sabía que al evocar aquella vieja costumbre ya olvidada se estaba buscando enemigos, pero consideraba que con ello conseguía evitar que alguien se lo pensara a la hora de matar valía la pena.

Aquellas rígidas normas de seguridad impuestas por narcotraficantes que consideraban que unos dólares tan peligrosamente conseguidos tan solo debían estar dedicados a la construcción de la vía interoceánica permitían que los turistas se sintieran más seguros en tierra que a bordo de sus barcos por lo que disfrutaban escuchando a unos atentos guías que les iban explicando cómo se alzaban fabulosos hoteles, cómo se replantaban miles de árboles, cómo se reforzaban las paredes del cauce principal o cómo se desviaban los ríos.

Visitaban luego un pabellón cuyas paredes aparecían cubiertas por los diseños originales de las obras más emblemáticas y en el que podían almorzar en un elegante restaurante cuyo centro se encontraba ocupado por una maqueta a escala en la que se observaba con todo detalle cómo cruzaban docenas de naves de un océano a otro a través de un paisaje de ensueño.

Y allí tenían derecho a adquirir una participación de cien dólares en acciones del futuro «canal de la Paz», participación que de regreso a casa podrían revender a buen precio o enmarcar con el fin de recordar a sus descendientes que habían estado en el lugar oportuno en el momento oportuno.

Salvando los miles de años de distancia, era como si alguien poseyera un documento que certificaba que había sido testigo de

cómo se construían las pirámides.

Y que además rendiría beneficios.

Como las acciones de la Dinka Interoceanic subían y las obras avanzaban a buen ritmo, su presidenta se sentía más que satisfecha, aunque las cosas comenzaron a cambiar a partir del momento en que recibió un correo firmado por Leónidas Mendoza.

Querida Caribel:

Regreso mañana porque han surgido problemas que prefiero comentar en persona, por lo que te agradecería que previamente estudiaras el texto que te adjunto.

Hace unos treinta años alguien cayó en la cuenta de que un mineral casi desconocido, el tantalio, poseía propiedades físico-químicas casi mágicas puesto que era mucho mejor conductor de la electricidad y el calor que el cobre, a la par que dúctil, maleable, de gran dureza y un alto grado de fusión. Nunca se le había prestado una especial atención hasta que los fabricantes de aparatos electrónicos advirtieron que tan prodigioso material les permitía reducir de forma espectacular el tamaño de toda clase de instrumentos al tiempo que aumentaban sus prestaciones y abarataban sus precios.

La industria armamentista no tardó en darse cuenta de que con la nueva tecnología conseguirían que un misil disparado a cientos de kilómetros de distancia impactara con precisión milimétrica sobre un blanco determinado, aunque con frecuencia un error de cálculo arrasara un hospital o destruyera un edificio cercano. Todo gracias al tantalio, que tenía la curiosa costumbre de no mostrarse nunca solo sino unido a otro mineral, la columbita, formando pequeñas piedras de un gris verdoso a las que se había bautizado con el nombre de coltán, apócope formado por las dos primeras sílabas de ambos metales.

El ochenta por ciento de las reservas mundiales de coltán se concentraba en la República Democrática del Congo, que de inmediato se convirtió en la presa codiciada por las grandes potencias, y la única forma que encontraron de despojarla de sus riquezas fue a base de provocar un sinfín de guerras disfrazadas de enfrentamientos tribales que le han costado la vida a cinco millones de hombres, mujeres y niños.

Estados Unidos, Francia, Holanda, Alemania, China, Japón y Bélgica, así como las empresas fabricantes de aparatos de tecnología punta, Alcatel, Compaq, Dell, Ericsson, HP, IBM, Lucent, Nokia,

> Siemens, AMD, AVX. Hitachi, Intel, Kemel o NEC no parecen dispuestas a permitir que sea el Gobierno congoleño el que les imponga los precios o decida a quién vende el coltán y a quién no, por lo que se limitan a aplicar el viejo dicho de que «a río revuelto ganancia de pescadores».
>
> Su estrategia ha consistido en sobornar a una falsa disidencia interna con el fin de que provoque alborotos al tiempo que incitan a los países vecinos, Uganda, Ruanda y Burundi a intervenir militarmente y se aproveche la confusión para ir expoliando los yacimientos.

El curioso artículo, un tanto confuso, algo sicodélico y a todas luces alarmista sobre el futuro de una humanidad que avanzaba por terrenos pantanosos, tuvo la virtud —si es que cabía llamarle virtud — de desconcertar a Caribel, puesto que no acababa de entender qué relación existía entre los problemas del Congo y los de México.

Quien únicamente podía aclarárselo era Leónidas Mendoza que, tras penetrar al día siguiente en el despacho con aspecto de encontrarse agotado por el largo viaje, se dejó caer en una butaca:

—¿Has leído lo que te envié? —preguntó.

—Lo he leído —afirmó Caribel.

—¿Y qué opinas?

—Que no entiendo en qué nos afecta.

—Me temo que en mucho —fue la pesimista respuesta—. ¿Sabías que los ingenieros de una petrolera descubrieron que un meteorito de diez kilómetros de diámetro había caído en Chicxulub?

—Ni la más mínima idea. ¿Qué demonios es Chicxulub, dónde diablos se encuentra y qué tiene que ver con ese artículo…? —quiso saber una cada vez más confundida Caribel.

—Es un pueblo de la península del Yucatán, casi a tiro de piedra de donde estamos trabajando —replicó el venezolano—. Mientras hacían prospecciones geológicas se tropezaron con un cráter de ciento ochenta kilómetros de diámetro, la mitad del cual se encuentra dentro del mar, y su centro a la orilla del agua.

—He leído algo sobre un meteorito, pero no recuerdo los detalles —admitió ella sin la menor reserva—. Tengo buena memoria, pero no de elefante.

—El impacto fue el equivalente a cien millones de megatones,

por lo que provocó los mayores maremotos de que se tiene memoria —le aclaró su visitante—. Rocas incandescentes y nubes de vapor, polvo y cenizas se extendieron sobre la mayor parte de la tierra impidiendo que llegara la luz del sol, debido a lo cual descendió de forma brusca la temperatura, disminuyó la fotosíntesis interrumpiendo la cadena alimenticia y sobrevino la desaparición de infinidad de especies, entre ellas los dinosaurios.

—También sé algo de eso, aunque admito que poco.

—Los científicos aseguran que en el confín del universo se produjo una apocalíptica colisión interplanetaria que ocasionó la creación de la denominada «Familia Baptistina de Asteroides», varios de cuyos componentes tomaron rumbo a nuestro planeta con el que impactaron cien millones de años más tarde. Es probable que el de Chicxulub fuera un pequeño trozo de esa «familia».

—¿Pequeño…? —Repitió Caribel—. ¿A diez kilómetros de diámetro le llamas «pequeño»?

—Supongo que cuando se habla de cuerpos celestes debe ser como un grano de arena en una playa, pero lo que en nuestro caso importa es que afectó de modo muy directo al golfo de México y su entorno. —Leónidas Mendoza hizo una pausa, se rascó la enmarañada barba y al fin se decidió a señalar—: Tal vez se trate de una falsa alarma y me esté precipitando, pero nos puede traer muchos problemas.

—Me estas poniendo nerviosa —protestó ella—. Explícate.

—Como sabes, estamos perforando pozos de cincuenta metros de profundidad con el fin de cementarlos y asegurar la zona, con lo que hemos conseguido evitar filtraciones desviando el agua hacia el canal.

—Lo sé, y te felicito.

—Gracias… Pero como me gusta trabajar sobre seguro, ordené que en ocasiones perforaran hasta los noventa metros con objeto de extraer muestras y confirmar que el terreno seguía siendo fiable. —Leónidas Mendoza extrajo del bolsillo un pequeño frasco y derramó sobre la mesa un puñado de piedrecitas de distintos tamaños, explicando—: Esto es lo que ha aparecido.

Quien se sentaba tras la mesa que había pertenecido a don Arturo Fizcarrald se inclinó y las observó sin decidirse a tocarlas.

—¿De qué se trata…? —quiso saber.

—De paladio, tantalio, platino y sobre todo coltán.

—¿Como en Congo?

—Más o menos.

—¿Y eso te preocupa?

—Si se corre la voz de que por los terrenos por los que tiene que cruzar el canal pueden existir yacimientos de coltán, la zona se volverá un infierno porque todo el mundo empezará a cavar por su cuenta. Lo viví en la Guayana cuando apareció una mina de diamantes y te aseguro que resultó incontrolable.

—¿Y crees que hay tanto como para que valga la pena explotarlo?

—No lo sé porque resulta imposible conocer la composición del asteroide o qué tipo de reacciones provocó —contestó con sinceridad—. Supongo que en estos últimos setenta y cinco millones de años la zona se ha ido cubriendo de diferentes capas de material de todo tipo, por lo que de momento resulta imposible saber qué diablos —y lo que es más importante, en qué cantidad— se esconde allá abajo.

—También es mala suerte.

—Peor suerte corrieron los dinosaurios.

Caribel le ofreció un cigarrillo que el venezolano negó con un gesto, lo encendió y permaneció en silencio durante casi un par de minutos estudiando a un hombre al que consideraba atractivo, no solo por su físico sino porque rezumaba integridad, algo que le había resultado imposible encontrar entre quienes pagaban fortunas por acostarse con ella.

Sabía que estaba casado y tenía tres hijos, y en ocasiones se había preguntado qué sentiría una mujer sabiendo que alguien como él la protegía.

Jamás se había sentido protegida, pero no tenía derecho a quejarse; nunca lo había deseado. Como decía su madre, cuando se recibe algo valioso se debe dar a cambio algo valioso y ella no se sentía capaz de dar nada mínimamente valioso.

Solo sexo.

Del mejor, sin duda, pero únicamente sexo.

—Si ese dichoso coltán ha estado allí abajo durante tanto tiempo, supongo que no se irá a ninguna parte —se decidió a comentar al fin señalando las piedras.

—Difícil lo veo.

—Y si no se sabe que existe, no es probable que vayan a buscarlo.

—Lógico.

—Pues puede que el día de mañana el coltán constituya una nueva fuente de riqueza para México, pero pronto o tarde el yacimiento se agotaría mientras que un canal intercontinental continuará funcionando durante siglos.

—De eso no me cabe la menor duda.

—A la vista de cómo están las cosas —agregó Caribel, tras un resoplido—, creo que lo más conveniente será que cuando acabemos el canal contemos la verdad y en ese momento todo el que quiera podrá coger una pala y ponerse a cavar, pero mientras tanto el coltán quedará donde está… ¿También te parece lógico?

—La decisión es tuya.

—Lo sé, pero me gustaría saber tu opinión.

Ahora fue del venezolano quien se tomó un par de minutos antes de responder en tono que denotaba absoluta sinceridad:

—Solo soy un ingeniero que intenta hacer bien su trabajo y entre mis obligaciones no está la de decidir qué es lo mejor para un país. No soy político, ni economista, ni mucho menos futurólogo, pero supongo que si me encontrara a ese otro lado de la mesa probablemente opinaría lo mismo.

17

Recibió una llamada por uno de sus tres móviles seguros:

—Fleischer ya está en las Azores y tengo las claves de una cuenta. ¿Qué hago? ¿Busco al dueño?

—¿Para qué…? Si ya sabemos que es un panameño, la mejor manera de impedir que siga molestando es quitándole su dinero. —Sonrió como quien proyecta una diablura aunque su interlocutor no consiguiera verla—. Saque todo el que pueda y quédeselo.

—Se agradece el detalle, aunque imagino que el inglés las va a pasar moradas. El que le contrató creerá que ha sido él el que le ha desvalijado.

—Nadie le obligó a meterse en esto.

—Eso es muy cierto. Suerte con el canal.

—La necesitaré.

Colgó y permaneció inmóvil con los pies sobre la mesa en una posición muy propia de Arturo Fizcarrald, quien siempre afirmaba que de esa forma pensaba con mayor claridad.

Echaba de menos al empedernido enredador; le echaba de menos aun sabiendo que por su culpa se veía obligada a tratar con sicarios que fingían atentados disparando contra coches blindados o amenazaban con tirar a ingleses cursis por un balcón.

Resultaba estúpido preguntarse cómo había llegado a ese punto, puesto que obtendría la misma respuesta que le diera *Lady* Ámbar cuando le preguntó cómo se había quedado embarazada:

—Follando.

La diferencia estribaba en que *Lady* Ámbar tenía una hija adorable y ella únicamente tenía problemas.

¡Miles de problemas!

En aquellos momentos era una mujer admirada, pero al mismo tiempo denostada por cuantos consideraban injusto que hubiera llegado a la cima por tan tortuosos caminos.

Tal como le acostumbra a suceder a muchos seres humanos, a menudo se preguntaba qué habría ocurrido si en un momento dado hubiera decidido «ser decente».

Como se sabía incapaz de amar a ningún hombre, ni a ninguna mujer, probablemente hubiera acabado igual de sola pero malviviendo de un sueldo miserable y teniendo que soportar el acoso de compañeros de trabajo.

Se habría transformado en una hermosa manzana sobre un plato vacío que lentamente pasaría de apetecer a repeler, de oler a heder y de brillar a pudrirse.

A las manzanas les importaría muy poco apetecer, oler o brillar conformándose con el simple hecho de ser manzanas puesto que no habían nacido para ser admiradas, deseadas o devoradas, sino para deshacerse sobre la tierra mientras depositaban en ella sus semillas.

Caribel había nacido para ser manzana; es decir, para ser ella misma y aunque un pretencioso tertuliano televisivo había comentado que parecía una elegida del destino, tenía muy claro que por estúpido y caprichoso que fuera ese destino jamás la habría elegido para capitanear tan fabuloso equipo y debía conformarse con actuar como suplente hasta que regresara el titular.

Las cosas comenzaron a complicarse una vez más la mañana en que Fred Patxon se presentó con un desconocido del que aseguraba que era el único hombre que había conseguido detenerle dos veces, con lo cual parecía querer expresar que se trataba de un tipo muy listo.

Decía llamarse Ros, lo cual podía ser cierto o falso, algo que carecía de importancia puesto que al parecer venía en plan amistoso.

Donald Trump había destituido de su cargo al jefe del FBI y lo había hecho de una forma ilegal, injusta y ofensiva, lo cual había molestado a destacados miembros de un cuerpo de élite cuya fama había alcanzado proporciones míticas.

Se habían escrito más libros y se habían rodado más películas sobre las hazañas —ciertas o falsas— de los agentes del FBI que de ningún otro cuerpo policial del mundo, pero de pronto un

advenedizo que había llegado a la cima a base de enredos y pactos con el enemigo enviaba a su director a su casa y por si no bastara le amenazaba con duras represalias si revelaba secretos sobre sus trapicheos con los rusos.

El llamado Ros fue directamente al grano.

—Sabemos que conoce el paradero de una mujer que estuvo implicada en un asunto muy turbio en Moscú y nos gustaría que nos aclarara algunos puntos que pueden sernos de gran ayuda.

—¿Ayuda para qué?

—Para hacer justicia.

—Cada vez que alguien me habla de justicia corro a esconderme —señaló Caribel, convencida de lo que decía—. No obstante, en este caso me quedaré donde estoy. ¿A qué clase de justicia se refiere?

—A la de devolver la decencia a un país que puede haber cometido muchos errores, pero que no se merece lo que le está ocurriendo y…

—Perdone que le contradiga —le interrumpió—. En parte, se lo merece, pero no es una discusión que venga a cuento. —De un cajón extrajo una carpeta y se la extendió—. Eso es lo que la mujer a la que se refiere cuenta sobre lo que le interesa… ¿Le basta?

Aguardó a que su visitante leyera lo que *Lady* Ámbar había escrito sobre el incidente del hotel moscovita mientras intercambiaba miradas interrogativas con un Fred Patxon que se limitaba a poner cara de circunstancias, aún no muy seguro de haber actuado correctamente a la hora de traer a El Convento a quien tiempo atrás le había perseguido con tanto éxito.

Quien decía llamarse Ros, y poco importaba que fuera verdad o no porque lo que en verdad importaba era la capacidad operativa de la organización a la que pertenecía, golpeó repetidas veces el documento con el índice mientras hacía un leve gesto afirmativo.

—¿Puedo quedármelo?

—Si le sirve de algo…

—Me sirve porque suponíamos que Alexander Torshin estaba implicado, pero no de un modo tan directo. Sin embargo, aquí tan solo se habla de una fiesta, o más bien una pequeña orgía, pero sin aportar pruebas. Lo que importa de ella es la grabación, pero está claro que su amiga no la tiene.

—Naturalmente que no la tiene porque si hubiera sabido que la estaban grabando no hubiera participado.

—En tal caso, lo único que tenemos es un relato que no añade mucho a lo que ya sabíamos, pero aun así me gustaría hacerle algunas preguntas a quien lo redactó.

—No creo que le apetezca.

—Lo entiendo, pero debería hacerle entender que si la Taganskaya la encuentra no se limitarán a hacerle preguntas mientras que nosotros podremos protegerla.

Caribel no pudo evitar que se le escapara una inoportuna carcajada.

—¿Ustedes…? —Inquirió con manifiesta mala intención—. Si ni siquiera han sido capaces de proteger a su director, que se supone que es intocable, no espere que me crea que van a proteger a mi mejor amiga. Si le dijera, no ya dónde está, sino tan siquiera el país en que se oculta, es muy posible que al poco tiempo le llovieran bombas.

—¿No confía en mí?

—Sinceramente, no, y no es por nada personal: es porque me consta que si le obligaran a declarar, y visto cómo se las gasta esta gente son capaces de obligar a declarar hasta al mismísimo Santo Padre, tendría que contar lo que sabe o acabaría en la cárcel.

—En eso tengo que darle la razón.

—Conozco a mucha gente a la que le encanta tener razón —fue la retorcida respuesta—. Incluso conozco a gente que se conforma con tener razón, pero nunca he sido una de ellas porque la historia enseña que tener razón solo sirve para tener razón, y como diría mi muy admirado esposo, la razón no cotiza en bolsa.

—¿Su esposo…? —Pareció sorprenderse su interlocutor—. Creí que era viuda.

—En eso estamos.

—¡Perdón…! ¿Cómo ha dicho?

—He dicho una majadería que no pretendo que entienda por muy agente del FBI que sea… —La mujer de los pezones que apuntaban al cielo sonrió de la fascinante forma que sabía sonreír cuando pretendía deslumbrar—. Pero le voy a decir otra cosa que un buen agente sí puede entender: una grabación no constituye la única prueba de un hecho.

—Explíquese…

Caribel se volvió hacia Patxon y con un leve gesto le indico la puerta:

—Perdona, Fred… —pidió—. Pero no es que no quiera que oigas lo que voy a decir; es que no te conviene oírlo. ¿Podrías dejarnos?

—Por supuesto.

El demandado abandonó la estancia a toda prisa y su expresión de alivio denotaba que, siendo como era un hombre que había tomado parte en demasiados embrollos, prefería mantenerse al margen de uno nuevo.

En cuanto cerró a sus espaldas, Caribel volvió a sonreír.

—¿Ha oído hablar del *Manual de señoritas de compañía*? —Inquirió, y como su visitante negara, añadió—: En él se especifica que nunca y bajo ninguna circunstancia se debe chantajear a los clientes porque si se han comportado bien y han abonado lo convenido, merecen respeto. Es mejor olvidar los nombres a retenerlos confiando en obtener futuros beneficios porque eso es lo que diferencia a una meretriz de una extorsionista.

—Una política muy inteligente.

—Que casi siempre funciona. Pese a ello, en ciertos casos conviene tomar precauciones, sobre todo si el cliente resulta ser una persona especialmente importante.

—Entiendo… ¿Y en qué consisten esas «precauciones»?

—En guardar pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

—Preferentemente biológicas, ya que resultan irrebatibles.

—¿Como por ejemplo…?

—Semen, sudor, saliva, flujo vaginal o vello púbico. —Ahora la sonrisa era amarga, como si a Caribel le hubieran venido a la mente viejos y desagradables recuerdos—. Es decir, todo aquello que sirve para demostrar que lo que ocurrió, ocurrió y resulta inútil negarlo.

—Es que la ciencia ha avanzado mucho.

—Tanto que resulta casi imposible mantener la intimidad. Basta con una gota de tu fluido corporal para que un buen forense averigüe a qué se dedicaba tu abuelo paterno.

El llamado Ros, que en realidad se llamaba Roscoe, aunque se libraba muy bien de confesárselo a nadie, se tomó un tiempo antes de formular su nueva pregunta y podría creerse que aunque

anhelara una respuesta positiva, en el fondo la temía.

—¿Pretende hacerme creer que existen pruebas biológicas de esa supuesta orgía?

—Existen pruebas biológicas que demuestran que tomaron parte tres personas y que a una de ellas le cortaron el cuello.

—¡Santo cielo! ¿Y cómo no se le ocurrió a nadie que algo así pudiera ocurrir?

—Porque a nadie se le pasa por la cabeza que una prostituta, por mucho que cobre, tenga dos dedos de frente. La pobre ucraniana no los tenía y ahora está muerta, pero resultará imposible negar que se revolcó en aquella cama y que su fluido vaginal se entremezcló con el de un hombre.

—Lo cual viene a significar que un buen forense puede averiguar incluso a qué se dedicaba el abuelo paterno de ese hombre.

—Usted lo ha dicho.

—¿Y dónde se encuentran esas pruebas?

—En una toalla que lleva el anagrama de un hotel ruso con la que alguien limpió cuidadosamente las sábanas, y supongo que debe resultar muy engorroso explicar a un jurado por qué razón tu semen estaba en ese lugar, y si entra dentro de lo posible que la difunta hubiera quedado embarazada con lo que ya no se trataría de un crimen, sino dos.

—¡Madre de Dios! Un escándalo así puede acabar con cualquiera. ¿Dónde está esa toalla?

—En la caja fuerte de algún banco, pero le garantizo que nunca he tenido el menor interés en saber de qué banco porque la mejor defensa sigue siendo la ignorancia y quiero suponer que lo que le he contado la bastará para intentar reconducir a su país hacia la democracia.

—La democracia empieza a ser una entelequia sobre todo ahora que hemos caído en manos de *hackers* que nos hacen chantaje —se lamentó el americano—. Y nos obligan a pagar en una moneda virtual incontrolable.

—¿No querían globalización y control informático…? —Inquirió Caribel, remarcando mucho las palabras—. ¡Pues ahí lo tienen! Eso es lo que han conseguido: un total descontrol informático a nivel global porque ganar millones con demasiada facilidad conduce a perderlos con la misma facilidad.

—No serán millones, sino miles de millones.

—Pues que los paguen. Siempre estarán en mejores manos. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: O al menos en distintas, lo cual ya de por sí resulta gratificante.

—La Dinka Interoceanic maneja miles de millones, pero usted habla de ese ataque informático como si no le afectara —comentó un sorprendido Ros-Roscoe.

—Es que no me afecta. Por el contrario, me divierte imaginar las caras de cientos de políticos y ejecutivos «mesándose las calvas» por no haber sabido prevenir lo que se les venía encima.

—No todos son calvos.

—Pero se les va a caer el pelo.

—Probablemente. ¿Y cómo se las arregla para llevar adelante sus asuntos sin necesidad de ordenadores?

—Utilizando ordenadores.

—Suena a contrasentido.

—Pero tiene sentido —le hizo notar Caribel, guiñándole un ojo con picardía—. A nuestros ordenadores conectados con el exterior se les ha desprovisto de memoria por lo que tan solo son capaces de recibir un único mensaje. Cuando nuestros informáticos comprueban que no contiene ningún virus y por lo tanto no significa una amenaza, introducimos el texto en una batería de ordenadores «internos» que no están conectados con el exterior. Los *hackers* no pueden entrar en nuestros archivos «sensibles» porque no encuentran ni «puertas» ni «ventanas». Por no encontrar no encuentran ni teléfonos, ya que no hay líneas y en ese departamento los móviles están prohibidos.

—Me alegra saber que aún quedan lugares en los que se está a salvo de tanta dichosa tecnología. Ya no parecemos seres humanos; parecemos robots.

—Mi esposo fue de los primeros en entenderlo y por eso toda la información estrictamente confidencial de nuestra empresa se encuentra recogida en un *pendrive* que puede estar oculto en cualquier lugar de este edificio, de esta ciudad o de este continente… —Hizo un gesto como queriendo indicar que así estaban las cosas al concluir—: Y la única que sabe dónde se encuentra soy yo.

18

Se estaba columpiando con la niña dormida en brazos, cuando vio llegar un Rolls-Royce del que descendió una mujer inmensa que al avanzar con la bruma del lago a sus espaldas obligaba a pensar en un monstruo antediluviano que surgiera del agua dispuesto a devorar a quien encontrara en su camino.

Pero sonreía mostrando una dentadura que debía haberle costado una fortuna y cuando se detuvo agitó la cabeza con gesto pesaroso.

—Me encantaría columpiarme —dijo—. Pero me temo que si lo intento el tinglado se vendría abajo y acabaríamos escalabradas. —Buscó a su alrededor y comprobó que el banco más cercano se encontraba en la orilla del agua por lo que optó por sentarse sobre la hierba mientras extraía del bolso un habano—. No te preocupes. El viento viene de cara y el humo no la molestará. Cada día está más bonita. A su edad, Súe era un renacuajo de ojos saltones que no paraba de llorar.

—No deberías hablar así de tu hija.

—Lo que es verdad es verdad, y a mi edad puedo permitirme decir lo que pienso porque eso no quita que la quiera aunque continúe siendo un coñazo. ¿Cómo te tratan?

—Como a una marquesa. Y el lugar es precioso.

—Todo lo de Walter es precioso… —se señaló a sí misma al añadir—: Excepto su última adquisición a la que le sobran cuarenta kilos… Pero a él le gusta.

—No me extraña.

—Pues debería extrañarte porque resulta absurdo que habiendo mujeres como tú se haya fijado en alguien como yo, y te aseguro

que no habrá sido por mi cultura, mi modales o mis habilidades culinarias… —Exhaló hacia lo alto una columna de humo, cerciorándose de que se iba hacia el lago al tiempo que se encogía de hombros—. Misterios de la vida —apostilló.

—Le haces feliz.

—Y él a mí.

—¿Y qué más se puede pedir? Yo jamás hice feliz a un hombre durante más de veinte minutos. —*Lady* Ámbar contó con los dedos —. Les venía a salir por unos doscientos euros el minuto.

—Si te sirve de consuelo, te diré que le costé millones a Arturo y creo que no le hice verdaderamente feliz ni un solo minuto, aunque no me culpo porque lo único que le hacía feliz era engañar a la gente. —Lanzó un reniego con el que pretendía expresar su desconcierto al añadir—: Por eso me cuesta tanto admitir que haya cambiado y ahora esté intentando hacer cosas buenas.

—También tú has cambiado.

—Por Walter.

—Y él por el canal. No creo que exista nadie que al enfrentarse a un reto semejante no esté dispuesto a cambiar incluso de piel por sacarlo adelante.

—Pues mucho ha tenido que cambiar de piel puesto que era el hombre más gramático que he conocido.

—¿Y eso que significa?

—¿El qué…?

—Lo de gramático.

Lady Bárbara Lexington meditó largo rato observando con atención el fuego de su habano para acabar por reconocer.

—Creo que la palabra correcta no es gramático sino pragmático.

—Ya me parecía a mí…

—Es que solo fui a una escuela pública. Y por poco tiempo. La diferencia estriba en que cuando digo una majadería a Walter le encanta lo que llama «mi espontaneidad» mientras que a Arturo le indignaba lo que consideraba mi ignorancia.

—¿Alguna noticia sobre dónde está o cómo se encuentra…?

Nunca había sido un hombre atractivo, pero encorvado, con un brazo paralizado, consumido y ojeroso, se había convertido en la semiviva imagen de un peregrino recorriendo fatigosamente los últimos metros de un viaje durante el que lo había visto todo, lo

había disfrutado todo y lo había sufrido todo.

Al igual que su cuerpo, su mente se encontraba a punto de cruzar la fatídica línea sin retorno, aunque a ratos, ¡solo a ratos!, pasaba de la más absoluta oscuridad a la más prodigiosa brillantez.

Era como si dos enconados rivales se disputaran la posesión de cuarenta kilos de huesos y pellejos.

Cuando decidía hablar era como si se abriese un grifo del que surgía un chorro de agua limpia, vivificante y cristalina, aunque a los pocos minutos se enturbiaba hasta degenerar en un triste hilillo de lodo herrumbroso.

En la antaño prodigiosa mente del abuelo de Maquiavelo solo habitaban la familia de las ideas y la familia de las obsesiones.

Algunas de esas ideas continuaban siendo geniales, aunque apenas conseguían emerger arrastradas por una catarata de ridículas obsesiones.

Sentada a la cabecera de su cama, Caribel experimentaba la demoledora sensación de estar intentando mantener una conversación sensata con una persona inteligente a la que admiraba pero que de improviso se cubría con una máscara de payaso con el fin de preguntarle, casi con ansiedad, sobre las posibilidades que tenía la representante sueca de ganar el festival de Eurovisión.

¿Quién se había apoderado de una forma tan inmisericorde del cuerpo y el alma de don Arturo Fizcarrald?

La respuesta era sencilla: el quirófano.

Aquel escaso treinta por ciento de posibilidades de salir con bien de una compleja operación había acabado por convertirse en un diez por ciento de ser humano inteligente y un noventa por ciento de masa amorfa.

Durante una de aquellas ausencias en las que su examante parecía haberse marchado a una existencia paralela, Caribel comprendió que al fin se había cumplido su sueño de quedarse sola en este mundo, y por primera vez lo aborreció.

La soledad a la que siempre había aspirado tal vez sería buena para quien pudiera disfrutarla sin dar cuenta de sus actos, pero la soledad a la que ahora se enfrentaba era una carga puesto que sus decisiones afectarían a millones de personas.

—¿Por qué me haces esto…? —le preguntó cuando creyó que se encontraba muy lejos y no le escuchaba—. Te advertí que no estoy

capacitada para dirigir la empresa.

Él no respondió, pero sus ojos parecieron darle a entender que estaba equivocada y que las cosas marchaban tal como había imaginado que lo harían.

Más tarde, en uno de sus momentos de clarividencia, le pidió:

—Vende nuestras acciones del canal.

—¿Por qué?

—No vas a necesitarlas, ya que te he dejado suficiente dinero como para vivir un siglo sin agobios. Véndelas y reinviértelo todo en el canal para que llegue a ser lo que siempre he soñado.

—Lo será de todas formas.

—Lo sé, pero quiero que quede claro que ni tú ni yo nos hemos beneficiado. Mi dinero era mío y el tuyo es tuyo porque yo te lo he dado, pero hasta el último céntimo de lo que proporcione el canal debe ser del canal.

Comprendió que aquel era su último deseo y comprendió que lo era porque lo que ahora le importaba era dejar una huella de su paso por la vida que no hablara únicamente de corrupción y estafas.

Por el puente Fizcarrald, el más hermoso de los quince que unirían las dos orillas, el diseñado por un genial ingeniero lituano de apellido impronunciable, cruzarían millones de viajeros que dejarían constancia de su esfuerzo y mantendrían viva su memoria durante siglos, cuando ya nadie recordara quién demonios había sido Donald Trump.

No parecía que resultara muy difícil visto que el monto de las apuestas a favor de que el actual inquilino del Despacho Oval no permanecería dos años en la presidencia se había disparado, por lo que la casa de apuestas inglesa empezaba a inquietarse ante la posibilidad de una debacle que la abocaría a la ruina.

Caribel había preferido no jugar un céntimo ni a favor ni en contra. Lo menospreciaba tanto que consideraba que no valía la pena dedicarle un solo pensamiento.

Su mente debía mantenerse centrada en el trabajo teniendo en cuenta que, según los médicos que atendían a Fizcarrald, la salud de un paciente cuya auténtica identidad desconocían se debilitaba a marchas forzadas.

Aquella constituía otra muestra de la capacidad de engaño del gran trilero que se las había ingeniado a la hora de pasar sus

últimos días en una hermosa mansión de las montañas suizas sin que ni quienes le cuidaban día y noche supieran su verdadero nombre.

Tan solo habían recibido a un hombre enfermo, muchísimo dinero y una escueta orden: cuando todo estuviera a punto de acabar debían llamar a un determinado número.

Cuando Caribel le echó en cara que, teniendo una hija, hubiera sido ella la destinataria de esa llamada, la respuesta resultó muy propia de quien siempre decía lo que pensaba:

—Súe fue uno de mis grandes errores, cielo, y el canal mi gran acierto. Si antepusiera a mi hija al canal me estaría comportando como esos cretinos sicilianos que asesinan en nombre de la familia, aunque no se trate de una auténtica familia sino de una pandilla de mafiosos. A ella le dejo lo único que siempre ha querido: dinero.

—Te recuerdo que también era lo único que yo quería… —Le hizo notar, pese a que no parecía muy apropiado dada la situación.

—Lo admito, pero el tuyo ha estado bien empleado, y el de ella se ha ido en estúpidos caprichos. ¿Te he contado que le tuve que pagar un avión privado para que se fuera un mes de luna de miel por Indonesia?

—Me lo has contado.

—¿Y que tuve que alquilar un castillo para celebrar su boda con el gilipollas más engreído de la tierra?

—También.

—Pues con eso y con lo que le dejo en el testamento ya he cumplido como padre… —Evidentemente, la lucidez le permitía seguir siendo el descarado malnacido de siempre, pero a los pocos minutos regresaron las oscuras nubes puesto que de repente inquirió—: ¿De verdad crees que la sueca no tiene posibilidades de ganar…? Es muy guapa.

—Pero canta como un grillo.

—¡Lástima…!

Fue lo último que dijo, o por lo menos lo último que Caribel le oyó decir. Luego se sumió en un profundo sopor durante el cual tal vez soñaba que se encontraba en el centro del prodigioso puente que llevaba su nombre en el momento justo en el que el primer barco que cruzaba del Atlántico al Pacífico por el canal interoceánico pasaba bajo sus pies.

19

Regresó sintiéndose más que casi viuda casi huérfana. Arturo Fizcarrald no solo había sido su mejor amigo, su mejor cliente y su único jefe, sino sobre todo el hombre que le había enseñado a ver el mundo desde una perspectiva en ocasiones tenebrosa y en ocasiones luminosa.

Las grandes ideas siempre seguían siendo grandes ideas fueran buenas o malas. Arturo Fizcarrald había tenido muchas grandes ideas, casi todas malas, pero la mejor, aquella por la que estaba dando hasta el último aliento, bastaba para borrar el daño que pudieran haber causado las anteriores, porque, tal como él mismo aseguraba: «Yo tan solo he estafado a los avariciosos porque sin avaricia no hay estafa».

Y a ella nunca le había estafado.

¿O tal vez sí?

Tal vez el hecho de que ahora estuviera allí, tumbada en el sofá de su despacho, echándole de menos y preguntándose cómo demonios se las iba a arreglar a la hora de abrir un canal interoceánico, había sido en cierto modo una estafa con la que Fizcarrald nunca pretendió robarle su dinero pero sí su futuro.

Tras un sinfín de complejas maniobras, enredos y mentiras, incluidos un falso atentado con balas auténticas, la había engatusado hasta el punto de convertirla en su prisionera obligándole a hacer cosas y tomar decisiones que antes jamás se le hubieran pasado por la mente.

Se había acostado con cientos de hombres con la esperanza de acabar viviendo sola, fregando sus platos, lavando su ropa y preparándose su almuerzo en una pequeña casa de alguna remota

isla tropical, pero aquel desalmado enredador la había condenado a vivir en un enorme edifico del siglo XII, rodeada de gente y teniendo que comer y cenar lo que le preparaba con exquisito esmero un cocinero vasco al que la guía Michelin le había concedido dos estrellas. Y ya ni siquiera de eso estaba segura, puesto que se estaba divorciando, la mujer le exigía una de las estrellas alegando que siempre habían trabajado juntos y los jueces no se ponían de acuerdo al respecto.

Tampoco era cuestión de almorzar en una churrasquería en la que se sentía acosada por quienes la habían idealizado situándola en el centro de un triángulo formado por la promiscua Mesalina, la superdotada Marie Curie o la heroica Juana de Arco.

Arturo Fizcarrald había conseguido secuestrarla física y mentalmente, por lo que no podía dejar de preguntarse cuándo la eligió como presa o cuándo comenzó a preparar la trampa en la que acabaría cayendo.

En algún momento, tal vez en la cama, tal vez cenando, debió comprender que en unos tiempos en los que las mujeres se esforzaban por superar a los hombres —y con harta frecuencia lo conseguían—, una muchacha cuyos pezones apuntaban al cielo, hablaba cinco idiomas y estudiaba tres carreras era quien debía llevar adelante sus planes.

Siempre había sido un hombre pragmático —o lo que su exmujer llamaba «gramático»—, por lo que también solía decir: «Más vale una puta inteligente que una virgen cretina, porque la virgen dejará de ser virgen y continuará siendo cretina, mientras que la puta dejará o no de ser puta, pero continuará siendo inteligente».

Caribel nunca había albergado dudas sobre su propia capacidad intelectual o sobre su fuerza de voluntad a la hora de dejar la profesión, pero consideraba que se le estaba exigiendo demasiado.

Y, para colmo, ni siquiera tenía a su lado a *Lady* Ámbar.

Lady Ámbar no entendía de canales que fueran algo más anchos que una acequia, pero entendía de hombres que pagaban por acostarse con mujeres, mujeres que cobraban por acostarse con hombres, hombres que debían protegerse de las mujeres a las que pagaban y mujeres que debían protegerse de los hombres que les pagaban.

Sonaba a trabalenguas, pero no era más que el resultado de una nueva forma de vida en la que ya nadie se fiaba de nadie. Un espermatozoide imprudente podía ser manipulado con lo que en un abrir y cerrar de ojos se pasaba de ser fugaz cliente a padre biológico con la obligación de abonar una pensión alimenticia durante veinte años.

A un famoso tenista le había costado una fortuna permitir que su pene penetrara en una boca demasiado ambiciosa, y una mancha de semen en el vestido de una becaria cuya boca no era al parecer lo suficientemente grande estuvo a punto de costarle la presidencia a Bill Clinton.

Lady Ámbar era la única mujer capaz de guardar en un banco las pruebas biológicas de un delito, lo cual demostraba que siempre andaba un paso por delante de cuantos la rodeaban.

Caribel recordaba muy bien uno de sus primeros consejos: «Podemos acostarnos con los maridos de otras mujeres, puesto que es nuestro oficio, pero debemos procurar no ofenderlas porque tal vez no les importe que las engañen, pero sí que las humillen».

Observando las apariciones públicas del presidente americano se advertía que su esposa rechazaba los contactos físicos, lo cual parecía una prueba muy, pero que muy visible y comentada, de hasta qué punto se consideraba humillada.

Caribel, que a menudo se había sentido humillada pero sin derecho a quejarse puesto que cobraba por ello, experimentaba una gran admiración por quien teniéndolo todo se arriesgaba a perderlo cuando le hubiera bastado con interpretar un sencillo papel de sumisa y sonriente primera dama.

—¡Qué carajo! —comentó en voz alta aun sabiendo que nadie la escuchaba—. Si ella es capaz de hacerlo, yo también.

Volvió al trabajo con más ímpetu que nunca, se enfrentó incluso al Guáquero gritándole que si seguía exigiendo más poder en la empresa le cortaría los huevos, y no le sorprendió que al otro lado del teléfono el peligroso narcotraficante peruano se echara a reír admitiendo:

—Eso es justo lo que espero de ti, preciosa: que le cortes los huevos a quien se interponga en tu camino.

Colgó y encendió un cigarrillo preguntándose cómo era posible que hubiera llegado al extremo de codearse con narcotraficantes y

asesinos.

No tardó en encontrar la respuesta: si Donald Trump había llegado a presidente, ella podía llegar a cualquier parte.

Visto lo visto, la mejor forma de alcanzar la cima era a base de rodearse de gente de la peor calaña.

Dos días más tarde, el que se hacía llamar Ros sin admitir que en realidad se llamaba Roscoe, le pidió una cita sin testigos.

Acababa de regresar de un largo viaje durante el que, según todo indicaba, había mantenido contactos con un gran número de personalidades de varios países que se mostraban en desacuerdo con el peligroso rumbo que estaban tomando los acontecimientos.

—Venderle armas a los sauditas por valor de cien mil millones de dólares significa que dentro de tres años los terroristas islámicos dispondrán del diez por ciento de ese armamento sin que les haya costado un céntimo —fue una de las primeras cosas que dijo—. Y muchos inocentes pagarán las consecuencias.

—¿Y qué esperaba del presidente de un país en el que la tercera parte de lo que se fabrica son armas? ¿Que les vendiera zapatos…?

—Desde luego que no. Pero contando con las que les habíamos vendido anteriormente y sabiendo que Arabia Saudita cuenta con treinta millones de habitantes, se supone que cada Saudita, sea hombre, mujer o niño de pecho tiene armas por valor de diez mil dólares. ¿Para qué quiere un niño de pecho tantas armas?

—¿Para protegerse de los que se las venden…? —Fue la incisiva y malintencionada pregunta.

—Que también venden a sus enemigos…

—¡Un momento…! —No pudo por menos que puntualizar Caribel—. Se diría que hemos cambiado los papeles. Aquí el americano y agente del FBI es usted, no yo.

—Cierto… —reconoció su visitante—. Y ahí reside el problema. Cuando incluso nosotros, que se supone que representamos a la ley, nos vemos obligados a admitir que nos hemos dejado engañar por embaucadores de los que ya sabíamos las mañas, ha llegado el momento de entonar el *mea culpa*. Necesitamos su ayuda.

—Ya le dije cuanto puedo decirles.

—Necesitamos más.

—Pero comprenderá que no puedo poner a alguien en peligro porque a una partida de ineptos les haya asaltado un ataque de

moralidad —replicó de forma descarada y casi ofensiva—. Sabían con quién trataban, le dejaron actuar, incluso le apoyaron, y tan solo han reaccionado cuando se ha vuelto contra ustedes.

—Eso es muy cierto.

—En ese caso, y perdone la expresión… ¡Jódanse!

A Ros-Roscoe le desconcertó la rudeza de un lenguaje impropio de una mujer tan exquisita, pero pareció entender que no era momento de andarse con remilgos ya que sus compañeros habían empleado uno bastante más fuerte al referirse a quien se estaba burlando de una institución por la que a menudo se jugaban la vida.

The Washington Post había informado de que el yerno y principal asesor de Trump, Jared Kushner, estaba siendo investigado por haber mantenido conversaciones secretas con el embajador ruso Sergey Kislyak y el «empresario» Sergey Gorlovka, presidente de un banco conocido por ser la principal tapadera del espionaje soviético.

La reunión había tenido lugar en la mismísima Torre Trump de Nueva York días antes de que su propietario asumiera la presidencia, y en cuanto el director del FBI James Comey se interesó por un asunto por el que alguien podía acabar siendo acusado de alta traición, fue cesado en su cargo de forma fulminante.

Ros-Roscoe y muchos como él consideraban que aquel constituía un primer paso hacia una dictadura encubierta o al menos hacia un caos institucional.

Ya se hablaba de presentar una moción de censura destinada a destituir al presidente y se había encargado al congresista republicano Justin Amash, que siempre había demostrado ser un hombre ecuánime, que estudiase la posibilidad de iniciar un proceso de *impeachment* semejante al que expulsara de la Casa Blanca a Richard Nixon.

El Watergate parecía haber dado paso al Rusiagate, pero ese camino legal amenazaba con ser largo y tortuoso, lo que daría tiempo a que al que algunos empezaban a llamar «el elefante en la cristalería» construyese muros racistas, iniciase guerras o desbaratara los acuerdos sobre el cambio climático a los que se había llegado con infinitas dificultades.

—Nos han jodido… —admitió al fin Ros, recuperando el hilo de la conversación—: Y más nos joderán a no ser que contemos con

pruebas contundentes.

—¿Pruebas biológicas?

—Pruebas biológicas… —admitió convencido.

—No sé por qué, pero sospecho que lo que pretenden se podría tildar de chantaje —comentó Caribel, como si no le diera importancia a un término tan negativo—. ¿Suelen utilizarlo?

—A veces… —reconoció el demandado—. Y desde luego en situaciones como esta en la que nos estamos enfrentando con un caso de chantaje.

—Pues no me apetece participar en ese juego.

—Demasiado tarde, porque, por si no lo sabía, han puesto precio a sus cabezas, tanto a la suya como a la de su amiga.

La dueña de un culo de alabastro no pareció sorprenderse, aunque su respuesta sí resultó sorprendente:

—Curioso, porque debe de ser la única parte de nuestro cuerpo a la que nunca pusimos precio. ¿A cuánto cotizan las cabezas de señoritas de compañía?

—Se lo toma con mucha calma. Y veo que incluso con humor.

—Si se pasara meses entre estas cuatro paredes intentando llevar a buen término la mayor obra de ingeniería de la historia moderna sin saber una palabra de ingeniería, entendería que, o me lo tomo con humor, o me pego un tiro porque no me queda ni el socorrido recurso de presentar mi renuncia al cargo. Mis socios no me lo permitirían.

—¿Acaso se ha convertido en la depositaria de sus secretos?

—Depositaría de su dinero, que suele ser más importante que los secretos, puesto que la mayoría no ponen reparos a la hora de admitir sus crímenes e incluso alardear de ellos. Si le diera los nombres de algunos se asombraría.

—Querida Caribel, y permita que le llame por su nombre, que me suena extraño y mira que de nombres extraños entiendo bastante; a mí ya no me asombra nada y lo mejor que podemos hacer es intentar salir con bien de este maldito embrollo. Mi propuesta es simple: usted me proporciona parte de esas pruebas biológicas y yo me encargo de que les vuelen la cabeza a todos los que han puesto precio a las suyas.

—¿Solamente parte de esas pruebas?

—Con la mitad me basta y pueden quedarse con la otra mitad

para mayor seguridad.

La muchacha de las piernas interminables reconoció que aquella parecía ser una propuesta propia de alguien que tenía las ideas muy claras, porque si en la toalla había semen y flujo vaginal, con la mitad sobraba a la hora de identificar a quien pertenecía.

—Bien pensado —admitió.

—A veces también pensamos.

—¿Y le volarían la cabeza a todos los que pretenden volarnos la nuestra?

—A todos, aunque le garantizo que en cuanto se la hubiéramos volado a tres, los demás desistirían. —Sonrió como un conejo de dibujo animado al añadir—: Y no nos importaría volársela a todos, al fin y al cabo, son criminales.

—Me cuesta admitir que esté manteniendo este tipo de conversación —comentó Caribel.

—También a mí, aunque debería estar acostumbrado… ¿Cerramos el trato?

—Supongo que sí, pero aún tengo que consultarlo.

—Cuanto antes mejor.

20

Encabezaba la comitiva un hermoso crucero elegido porque su nombre representaba mejor que ningún otro la fantasía de *Las mil y una noches*, un mundo en el que todo era posible.

A bordo viajaban casi dos mil invitados elegidos de tal modo que todos los países se encontraran representados, al igual que sus respectivas banderas que ondeaban en las jarcias junto a la de las Naciones Unidas.

Aullaron las sirenas, retumbaron los cañones y gritaron las gargantas en el momento en que la proa del *Sherezade* penetró en las aguas del futuro canal dejando atrás el Atlántico con el fin de dirigirse al Pacífico al que se sabía que aún tardaría casi cuatro años en llegar, pero que al fin llegaría.

Durante ese tiempo el barco permanecería atracado en el «kilómetro veinticinco», sirviendo de hotel a cuantos quisieran acudir a ver cómo se continuaban las obras o calcular qué posibilidades había de que el día 22 de febrero de 2022, es decir, el día del capicúa perfecto, se entremezclaran las aguas de ambos océanos.

Sería como el final de uno de aquellos fabulosos relatos orientales, *Aladino y la lámpara maravillosa, Simbad el marino* o *Ali Babá y los cuarenta ladrones*, historias en las que los esforzados se enfrentaban a los poderosos en defensa de los débiles.

Habían pasado diez o doce o siglos, la batalla continuaba en el punto en que la había dejado la hermosa princesa, pero un astuto fabulador había retomado el hilo de la historia y ahora todos los medios de comunicación contaban las hazañas de cuantos ponían sus conocimientos, su esfuerzo y su imaginación en crear una obra

con la que únicamente se habían atrevido a soñar los más audaces.

El numeroso y bien remunerado equipo de relaciones públicas funcionaba a la perfección por lo que incontables canales de televisión mostraban en la mayoría de los hogares del planeta los progresos de un altivo navío que avanzaba entre aplausos hacia un prodigioso puente que parecía mantenerse en el aire gracias a la magia del genio encerrado en la lámpara maravillosa.

Allí se detuvo, los invitados descendieron a contemplar desde lo alto un espectáculo único, y a ver cómo Súe Fizcarrald descubría la placa que señalaba que aquel puente llevaría para siempre el nombre de su padre.

La acompañaban su marido, su madre, el lituano de nombre impronunciable que había diseñado el puente, Jeff Kowacs, Leónidas Mendoza, los «tocapelotas» y la mayor parte de quienes habían contribuido a que aquel acto fuera posible.

Únicamente faltaba Caribel.

Encerrada en su despacho de El Convento observaba la escena como si nada tuviera que ver con ella, convencida de que el protagonismo debía ser para la familia de quien tal vez también estuviera contemplando la ceremonia desde su cama de agonizante.

Él comprendería muy bien la razón de su ausencia.

Seguía siendo su esposo, su amigo, su jefe, su examante y el que le había pedido que vendiera las acciones del canal con el fin de que nadie creyera que lo abrían en beneficio propio.

El embaucador de avariciosos había querido dar una postrera lección de generosidad y ella debía agradecérselo con una lección de humildad.

Asistir al descubrimiento de la placa hubiera significado centrar el foco de atención sobre una prostituta redimida y no era justo.

El canal merecía una madre más digna.

Súe Fizcarrald había demostrado con excesiva frecuencia ser una de las criaturas más estúpidas de la tierra, pero en esta ocasión tuvo la sensatez de no pronunciar una sola palabra limitándose a llorar en silencio, detalle que los asistentes agradecieron.

Y Caribel también, por lo que en cuanto vio que el sinfín de presidentes, ministros, empresarios, intelectuales y artistas, incluidos dos reyes ya en desuso pero muy decorativos, regresaban a un barco en que esa noche se celebraría una fiesta inolvidable,

apagó el televisor y se concentró en el trabajo.

Aún le quedaba por abrir casi el noventa por ciento de la «acequia».

Y demasiada gente se oponía a que se abriera.

Poner fecha de caducidad a un monopolio era tanto como fijar la fecha de la sentencia de muerte a un vivo, por lo que resultaba comprensible que los vivos —que en este caso abundaban y eran sumamente poderosos— estuvieran dispuestos a matar con el fin de evitar que los ejecutaran.

Si la puerta entre los dos océanos cambiaba de lugar, todas las empresas parasitarias que vivían a la sombra del tráfico marítimo y de lo que se había convertido en el paraíso fiscal por excelencia, perderían millones y sus accionistas no eran del tipo de gente a la que le gustara perderlos.

Algunos habían intentado evitarlo «por las buenas» contratando al hombre que siempre vestía de azul, pero les había costado muy caro porque el hombre que siempre vestía de azul había resultado ser un inepto o un ladrón al que parecía habérselo tragado la tierra.

Comprendieron que había llegado el momento de intentar evitarlo por las malas y su confidente en El Convento, que lo tenían puesto, que siempre había alguien que se dejaba sobornar, les había advertido que nada cambiaría mientras la gran zorra continuara al frente, por lo que dicha zorra se había convertido en el objetivo a eliminar.

Caribel lo sabía y ahora sabía también que era el *maître* del restaurante quien la menospreciaba de ese modo, pero no lo había despedido. En caso de haberlo hecho muy pronto otro soplón ocuparía de inmediato su lugar y Arturo Fizcarrald le había enseñado que más valía tener a los enemigos debidamente controlados.

El propio Fizcarrald, ladino como pocos, experto en sobornos y conocedor de la afición del putañero *maître* a las mujeres y las carreras de caballos, había sido el encargado de ordenar que le contrataran, así como de emplear al mismo tiempo a un camarero con el cometido de vigilarle porque a la hora de crear su organización más valía saber cuáles podían ser sus puntos débiles.

El chivato ocupaba un puesto en el que podía enterarse de muchas cosas, pero esas cosas debían ser únicamente aquellas de las

que convenía que se enterase, ya que lo que en verdad importaba era que no tuviese acceso al departamento de dirección.

A Caribel le incomodaba la presencia de un malnacido que solía babear mirándole los pechos, pero se esforzaba en tratarle con especial deferencia, lo cual no le resultaba en absoluto difícil. A fin de cuentas, siempre había sido una maestra en el arte del fingimiento.

Se había prometido a sí misma que un día le obligaría a cortar en tiras la carta de vinos y tragársela o acabar en el hospital molido a palos, pero por el momento le preocupaban asuntos más serios.

Uno de sus confidentes, que naturalmente también los tenía y su buen dinero le costaba, le había advertido sobre la posibilidad de un cambio de actitud por parte de ciertos panameños.

Impresionados por la repercusión mediática de la inauguración del primer tramo del canal mexicano, y sabiendo que si el proyecto seguía adelante significaría el final del suyo, algunos empezaban a creer que la mejor opción no era oponerse a un futuro que se presentaba imparable, sino adelantarse a ese futuro abriendo otro canal sin esclusas por su propio territorio.

La distancia a recorrer sería mucho menor que la del mexicano, aunque únicamente se les presentaban dos opciones: o abrirlo a través de las selvas del Darién o aprovechar el que ya existía profundizándolo con el fin de acabar colocando ambas orillas al mismo nivel.

Pero el temido «Tapón del Darién» seguía siendo una región tan selvática y pantanosa que la carretera panamericana —que contaba con casi cincuenta mil kilómetros de largo desde Canadá a Argentina— nunca había conseguido atravesar su núcleo más peligroso pese a que este apenas superaba los cien kilómetros de anchura.

Cinco siglos antes la expedición de Alonso de Ojeda había perdido en aquel cenagal al noventa por ciento de sus hombres y la primera vez que unos descerebrados lo recorrieron en coche tardaron cinco meses en atravesarlo y llegaron moribundos y casi de milagro.

Era un lugar maldito en el que lo único que había eran arañas, sanguijuelas, caimanes, jaguares, serpientes, mosquitos y un lodo viscoso que se lo tragaba todo, por lo que la sola idea de enviar

obreros constituía una locura o más bien un genocidio.

La otra opción, ahondar el canal existente de forma que se eliminaran las esclusas, presentaba la ventaja de que tan solo era una cuestión de dinero, pero la desventaja de que obligaría a cerrarlo durante un tiempo indeterminado, por lo cual los barcos tendrían que rodear Sudamérica provocando el temido caos de comercio internacional.

Caribel llevaba el tiempo suficiente en aquel «negocio» como para comprender que ambas opciones resultaban poco menos que inviables, pero le alegraba que hubiera panameños dispuestos a pensar en un futuro que no se limitara a ponerle precio a las cabezas de sus competidores.

Aborrecía la idea de tener que continuar enclaustrada durante cuatro años, aunque le consolaba saber que saldría de allí recién cumplidos los treinta y satisfecha por haber llevado a cabo una hazaña que quedaría en la historia.

De una cosa estaba segura: si el jodido lituano de nombre impronunciable era capaz de diseñar un puente tan hermoso como el de Fizcarrald, se dejaría de tonterías y le pondría su propio nombre.

«Puente Caribel».

Sonaba bien y se lo habría ganado a pulso porque no pasaba un solo día sin que se enfrentara a un nuevo problema.

La noche antes, el siempre imprevisible Ros-Roscoe le había comunicado que en la toallita de baño del hotel existían pruebas orgánicas que permitían identificar a un hombre y dos mujeres, pero no se había encontrado ni el menor rastro de semen.

Saliva, sudor, flujo vaginal, cabellos, piel e incluso pequeñas marcas de sangre producidas por algún arañazo, pero nada que demostrara que alguien hubiera eyaculado.

Tan curiosa circunstancia únicamente podía achacarse a dos posibilidades: o el hombre era demasiado viejo como para eyacular, o una de sus compañeras de cama le había hecho una bien remunerada felación tragándose hasta la última gota de su esperma.

—Resulta decepcionante —le había comentado el desmoralizado agente del FBI—. Las pruebas carecerían de valor e incluso se nos podrían volver en contra porque los abogados alegarían que cualquiera puede obtener sudor, saliva y cabellos de otra persona.

—Lo que en verdad resulta es frustrante —fue la sincera respuesta—. Se supone que a su organización le proporcionan cuantos medios necesita para hacer respetar las leyes, pero continúan aferrándose a lo que pudo ocurrir en una cama.

—Querida Caribel… —argumentó el otro con humor—. La mayor parte de las cosas importantes de la historia ocurrieron en camas, porque en ellas nacieron las grandes ideas y en ellas se engendraron a los genios.

—Pues mal futuro tengo… —le replicó en el mismo tono—. Mi madre aseguraba que me engendraron en el asiento trasero de un coche.

—¿Sabe la marca?

—No. ¿Por qué?

—Porque buscaría uno igual y le pediría a mi mujer que intentáramos engendrar en el asiento de atrás una hija que se le pareciese.

—Es uno de los cumplidos más bonitos pero más traídos por los pelos que me han dicho.

Colgó el teléfono y se fue a dormir.

Terminó de ver una película y llegó a la conclusión de que el cine actual se parecía mucho a las ferias de los pueblos; sus argumentos siempre giraban sobre el tiro al pato, los coches de choque y la casa del miedo en versión de lujo. Ni una sola idea digna de ser tenida en cuenta. Al parecer su éxito se medía por el número de coches que se destrozaban, la cantidad de tiros que se disparaban o el asco que produjeran unos muertos contorsionistas y babeantes.

Poco después le impresionó contemplar el horror de la catástrofe que había sufrido Portugal con bosques ardiendo, decenas de infelices calcinados en sus vehículos cuando intentaban escapar de un auténtico infierno, o aldeas borradas del mapa por un mar de llamas.

Le encantaba Portugal, en cuyas playas había pasado largos días sin más compañía que el olor del mar y el batir de las olas, y le dolió asistir al sufrimiento de unas pobres gentes que lo habían perdido todo.

Le vino a la mente cuanto Arturo Fizcarrald le había contado sobre «las mafias del fuego», una serie de empresas relacionadas con los incendios, y cuyo verdadero objetivo no consistía en sofocarlos,

sino participar en las tareas de extinción durante el mayor tiempo posible.

Sus aviones y helicópteros no cobraban por resultados sino por tiempo de vuelo, y debido a ello, cuando el último rescoldo se apagaba, volvían a unos hangares en los que tanto los pilotos como el personal de mantenimiento cobraban por no hacer nada hasta que a alguien se le ocurría organizar una barbacoa, tirar una colilla, quemar un rastrojo o disfrutar del morboso espectáculo de un bosque en llamas.

No solían provocar los incendios, lo cual hubiera constituido un grave delito. No valía la pena arriesgarse porque cada año el negocio prosperaba gracias a los pirómanos, los irresponsables, las sequías o la infinidad de rayos que se desencadenaban durante las tormentas de verano.

Por fortuna para ellos, cada día había más pirómanos, sequías, irresponsables o tormentas de verano. Por ello, su siguiente gran fuente de ingresos se centraba en conseguir de los respectivos gobiernos unos muy bien remunerados contratos destinados a replantar miles de árboles.

Pero nunca replantaban especies resistentes al fuego alegando que se trataba de árboles de crecimiento lento; repoblaban con millones de peligrosos y dañinos eucaliptos de crecimiento rápido que arderían con facilidad convirtiéndose en antorchas que propagarían las llamas en cuestión de minutos y cuya madera se utilizaría para hacer pasta de celulosa en fábricas que contaminaban gravemente el agua tanto del mar como de los ríos.

Se trataba de una abominable maniobra puesta en práctica por una pandilla de criminales que aplicaban la denominaba «ley Penélope», que consistía en destruir durante el verano lo que se había construido en invierno, a imagen y semejanza de lo que hiciera la mujer de Ulises con el tapiz que tejía mientras esperaba a que su esposo volviera de Troya.

Pese a los milenios transcurridos, la mayoría de los gobernantes seguían siendo entusiastas seguidores de aquella repugnante ley. En cuanto subían al poder se apresuraban a menospreciar, suspender o eliminar cualquier proyecto que pudiera atribuirse al gobierno anterior. Debido a ello, las democracias avanzaban a trompicones, dos pasos hacia adelante, uno de lado y otro hacia atrás, siguiendo

la antigua norma básica de la política más rastrera: «Destruyo lo que tú empezaste porque sé que tú destruirás lo que yo empiece».

Esa era sin duda una de las fórmulas preferidas de Donald Trump, que en poco tiempo había deshecho cuanto hiciera Barack Obama, incluidas sus leyes sobre la sanidad pública y su valerosa política de acercamiento a Cuba.

El nuevo presidente había decidido volver a castigar al régimen cubano, sin tener en cuenta que los grandes perjudicados eran sus maltratados ciudadanos puesto que las clases dirigentes vivían en cómodos palacios y viajaban en lujosos coches con aire acondicionado.

Recordaba al embajador de Cuba como un asiduo cliente de El Convento, un gordinflón borrachín y malhablado, al que una noche oyó decir que él jamás se acostaba con negras o mulatas porque eso era cosa de negros y mulatos. El muy hijo de perra, además de pertenecer a una banda de tiranos, era racista, pero se tropezó con la horma de su zapato: un camarero que le disolvía laxantes en las bebidas, por lo que se pasaba más tiempo en el retrete que en la cama.

La mayoría de las pupilas lo sabían, pero ninguna dijo nada porque dos de sus compañeras eran negras y otra mulata.

La política de Trump hacia Cuba era propia de las mentes cerriles que tienen la mala costumbre de no saber diferenciar el todo de las partes, y al meditar detenidamente sobre ello, Caribel llegó a la conclusión de que tal vez estuviera comportándose de un modo semejante.

El indiscutible éxito que había significado la apertura del primer tramo del canal, su fabulosa repercusión a nivel mundial y el hecho de convertirse en una figura mediática le habían hecho reflexionar muy seriamente sobre su forma de actuar y la posibilidad de correr el riesgo de verse desbordada por un exceso de poder.

Le constaba que estaba tomando decisiones que no le correspondían y que acabarían afectando a millones de personas que no tenían por qué sufrir las consecuencias de que sus pechos fueran los preferidos de un astuto timador.

Ella no estaba en aquel despacho por méritos propios, sino por una serie de absurdas circunstancias, y tras recapacitar serenamente sobre ello, llegó a la conclusión de que de allí en adelante habría de

poner sumo cuidado en cada uno de sus actos.

21

Le despertó un insistente zumbido que sonaba a réquiem debido a que provenía de un móvil cuya única misión era recibir una esperada pero demoledora noticia.

Arturo Fizcarrald había muerto.

Había tenido tiempo de ver como Súe inauguraba el puente que llevaba su nombre, pero cuatro días más tarde su alma había emprendido el camino hacia ese puente, confiando en que le permitirían atravesarlo antes de descender a los infiernos.

A oscuras en su cama, sorbiéndose los mocos y bebiéndose las lágrimas, Caribel se consoló con la idea de que si en verdad existía un juicio final y a Arturo Fizcarrald le permitían ejercer su defensa acabaría convenciendo al jurado de su inocencia, alegando que tan solo había estafado a avariciosos y «su canal» proporcionaba trabajo y bienestar a miles de personas.

Serían argumentos contundentes.

En cada plato de la balanza debían colocarse el bien y el mal que se había hecho, y era de suponer que se calcularía teniendo en cuenta el bien y el mal que se había hecho a los demás.

Arturo Fizcarrald no era abogado, pero Caribel sabía que como litigador siempre había sido un primer espada y si lo que estaba en juego era su alma la emprendería a sablazos contra el fiscal rebatiendo con fuerza sus acusaciones.

¿A quién le importaba a cuántos políticos había corrompido?

¿A quién importaba a cuántos estafadores había estafado?

¿A quién le importaba con cuántas mujeres se había acostado?

Lo que importaba era el número de personas a las que había beneficiado y que ya no se consideraban ciudadanos de tercera

porque ahora vivían lejos de la prepotencia de un tirano.

Y que hasta el último momento había intentado meterle un dedo en el ojo a ese tirano.

Veredicto: «No culpable. Su alma puede irse a vivir bajo el puente que lleva su nombre».

La otra opción, la más lógica, era que jamás se celebrara ese juicio, con lo que quedaba el consuelo de saber que Arturo Fizcarrald había muerto tras ver a su hija inaugurar «su puente».

Al amanecer volvió a la realidad y esa realidad estipulaba que ahora era la indiscutible presidenta de la Dinka Interoceanic y no tenía que dar cuentas a nadie de sus actos.

Ni siquiera a su difunto esposo.

Tras el entierro, al que solo asistieron los más íntimos, convocó una asamblea de accionistas a la que tendrían acceso cuantos medios de comunicación lo desearan.

Se recibieron tantas solicitudes que se hizo necesario alquilar un teatro que incluso se quedó pequeño debido a que miles de personas deseaban volver a ver y escuchar a la mujer que les había fascinado y había hecho posible que un crucero de lujo se encontrara atracado en pleno corazón de México.

El acto comenzó a la seis de la tarde con el fin de que las emisoras de televisión pudieran retransmitir en directo a una hora en que pudiera verse en la mayor parte del continente americano.

En el centro del escenario y tras una larga mesa plagada de micrófonos se encontraba Caribel acompañada de cuatro de sus más íntimos colaboradores.

Pidió silencio y en cuanto se acallaron los rumores saludó brevemente, y no perdió ni medio minuto en comenzar a decir lo que había venido a decir:

—Estamos hoy aquí porque, hace poco más de un año, un hombre extraordinario, Arturo Fizcarrald, decidió emprender una obra extraordinaria, y en su memoria hemos decidido que esa obra no se convierta en motivo de luchas y enfrentamientos… —Su tono era pausado y casi impersonal—. Vivimos tiempos de odio, racismo, intolerancia, sangre y violencia provocados por la ambición, la vanidad o la soberbia de unos pocos, pero les aseguro que ni Arturo ni yo deseábamos que nuestro trabajo contribuyera a alimentar semejante caos. —Guardó silencio unos instantes con la habilidad

de quien ha aprendido a medir los tiempos y permitir que quien le escuche capte el verdadero sentido de sus palabras antes de añadir —: Los panameños saben, como sabemos todos, que por su canal ya tan solo pueden cruzar un máximo de cuarenta barcos diarios, que normalmente tienen que esperar dos semanas. Y que los de mayor tamaño ya ni siquiera pueden atravesarlo. También saben que por el nuestro lo harían más de cien cualquiera que fuera su tamaño y sin tener que esperar un sólo día, por lo que en un cercano futuro no existiría competencia alguna… —Alzó un documento de tapas azules que se encontraba sobre la mesa para que pudiera verse claramente al añadir—: No obstante, consideramos que sería injusto abocar a la ruina a todo un país, y por ello hemos redactado esta propuesta que acabamos de entregar al gobierno panameño. En ella especificamos que no queremos guerra, queremos paz; no queremos confrontación, queremos colaboración y por lo tanto estamos dispuestos a compartir los beneficios que produzca el tráfico marítimo entre los dos océanos tanto sea cuando se utilice su canal como cuando se utilice el nuestro.

Como resultaba lógico imaginar, y sin duda quien así hablaba lo había previsto, se produjo un incontenible alboroto, un ensordecedor guirigay en el que la mayoría de los asistentes intercambiaban comentarios mientras docenas de locutores comenzaban a traducir a sus respectivos idiomas lo que acababan de escuchar.

La muchacha cuyos pezones apuntaban ahora al anfiteatro aprovechó para dejar a un lado el documento y beber agua, esperando con paciencia a que se hiciera un nuevo silencio.

—Bien… —recomenzó al poco, dando por sentado que su posición había quedado clara—. La primera ley que hemos dictado con el permiso del gobierno mexicano determina que por nuestro canal nunca navegarán barcos de guerra.

Se escucharon aplausos.

—La segunda, que tampoco cruzará ningún barco de menos de treinta metros de ancho que provenga o tenga como destino el hemisferio sur… —Mostró ahora un documento de tapas rojas al especificar—: Según nuestros cálculos, eso permitirá que por Panamá transiten diariamente veinte barcos que no se verán obligados a soportar esperas. Con los ingresos que ello les reporte y

el porcentaje que les corresponderá por los beneficios que les generarán sus acciones en nuestro canal, el gobierno panameño se verá compensado por el hecho de no continuar disponiendo de un monopolio.

Aquella era sin duda una propuesta audaz e inesperada, pero que se ajustaba a la realidad de unos hechos que únicamente se podrían cambiar respondiendo de una forma violenta.

Nadie que no recurriera al uso de las armas estaba en condiciones de impedir que los mexicanos abrieran su propia vía de agua entre los dos océanos, y por lo tanto tender la mano antes de alzar el puño constituía la forma más sensata y civilizada de evitar la lucha.

Caribel así lo había entendido y confiaba en que la mayoría de los presentes también lo comprendieran, por lo que se limitó a inquirir:

—¿Alguna pregunta…?

Se elevó un bosque de brazos y la primera parecía inevitable:

—¿Qué ha respondido el gobierno panameño?

—Supongo que estará estudiando la propuesta —sonrió, agitando ligeramente la cabeza—. Debemos darles tiempo.

—¿Y qué opina el presidente americano?

—No veo qué tiene que ver en esto el presidente americano —replicó de inmediato—. Tanto México como Panamá son países libres y soberanos… ¿O no?

—¡Si usted lo dice…!

—Lo dicen sus respectivas constituciones y no soy quien para cambiarlas. Aunque si alguien se cree con derecho a hacerlo, lo animo a ello.

En aquel combate dialéctico quien se sentaba tras la mesa llevaba ventaja puesto que era ella la que había lanzado una inesperada y desconcertante propuesta, debido a lo cual estaba preparada para responder a preguntas que no habían sido debidamente meditadas.

Además, contaba con «infiltrados» entre los periodistas y fue uno de ellos, perteneciente al equipo de Fred Patxon, el que inquirió en voz tan alta que se le pudo escuchar incluso en el gallinero:

—¿Cree que algún país democrático estaría dispuesto a provocar una guerra por controlar un canal interoceánico?

—Intentar controlar los de Suez o Panamá provocó tres guerras, y debe tener en cuenta que no existen países democráticos o retrógrados; existen dirigentes democráticos o retrógrados y estamos viendo muchas pruebas puesto que hay quien incluso niega la evidencia del cambio climático que está matando a millones de personas.

Se escucharon nuevos aplausos destinados a quien estaba sabiendo llevar la discusión a su terreno, pese a lo cual el corresponsal del *The Financial Times*, un hombrecillo con cara de perdiz que tenía fama de estar siempre bien informado, cambió súbitamente el tercio con el fin de averiguar:

—¿Podría explicarme cómo es posible que si, efectivamente, su empresa ha vendido todas las acciones que tenía en el canal, pueda ser, no obstante, la que decida su política?

La muchacha del culo de alabastro tardó en responder como si la pregunta le hubiera cogido por sorpresa, aunque sin duda había previsto que en algún momento la hicieran.

—Vendimos las acciones, en efecto, pero las acciones no construyen canales —dijo—. Lo que los construye es el dinero de unos accionistas que nos han autorizado a utilizarlo según nuestro mejor criterio sabiendo que si no consiguiéramos que las aguas de los dos océanos acabaran mezclándose sus acciones no serían más que papel mojado.

—¿O sea que controlan miles de millones de dólares?

—Los necesarios.

—¿Y lo conseguirán…?

—Confío en ello, puesto que tan solo los locos, los prepotentes y los avariciosos se opondrían a una obra que contribuirá al progreso y el libre comercio.

—¿Pretende molestar a alguien en concreto?

—Eso resulta imposible, porque los locos, los prepotentes y los avariciosos jamás se dan por aludidos. Y con respecto a estos últimos les conviene recordar que aunque el día de mañana por Panamá transiten menos barcos no por ello dejará de ser un paraíso fiscal. Y en ese terreno jamás les haremos la competencia.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque han necesitado medio siglo para levantar un imperio de ilegalidades y corrupción que ha demostrado ser muy endeble

frente a los ataques informáticos, por lo que dudo que alguien en México sea tan estúpido como para emplear otro medio siglo en hacer lo mismo para acabar cayendo en la misma trampa.

—Suena lógico… ¿Acabarán el canal para la fecha señalada para las apuestas?

Ahora sí que Caribel se tomó un tiempo a la hora de responder sabiendo que era una pregunta muy peligrosa. Había demasiado dinero en juego.

—Nuestra obligación es acabarlo cuanto antes —dijo al fin—. Pero nuestra prioridad es que sea absolutamente seguro, por lo que si su seguridad exige más tiempo, emplearemos más tiempo.

—¿Y si se pierde la apuesta?

—Esa apuesta constituyó un atractivo reclamo y quien aceptó jugar lo hizo conociendo los riesgos, debido a lo cual no antepondremos los intereses de los jugadores a los de los usuarios del canal.

Constituía una toma de posición arriesgada teniendo en cuenta que quienes habían invertido fortunas en tan disparatada apuesta eran gente de escasa moralidad a la que los intereses de los futuros usuarios del canal les importaban un rábano, pero Caribel sabía que contaba con una importante baza: si los apostantes exigían rapidez y ella seguridad, los apostantes tendrían que permitirle invertir cuanto considerara necesario con el fin de compaginar ambos puntos de vista.

Al fin y al cabo, tal como asegurara Arturo Fizcarrald, la mayor parte de aquel dinero provenía de consumidores de drogas americanos.

¿Qué mejor destino podía dársele?

Los medios de comunicación afines ya se habían ocupado de hacer que tan curioso detalle llegase a los oídos de quien había asegurado que el muro fronterizo sería pagado por los mexicanos.

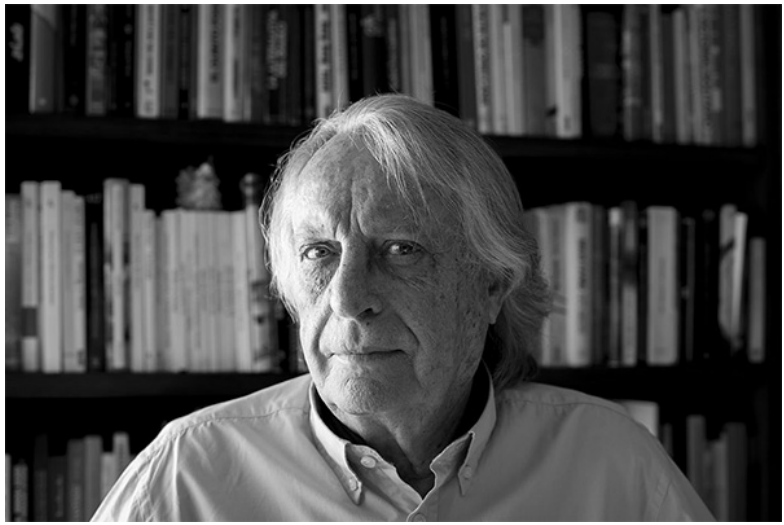
Al parecer, a Donald Trump no le había hecho gracia puesto que sus servicios de inteligencia le mantenían informado acerca de la excesiva cantidad de funcionarios de alto rango que mostraban una clara afición a esnifar y no resultaba extraño que algunos abandonaran momentáneamente una importante reunión con la disculpa de ir al lavabo y regresar frotándose la nariz.

Tal vez debió considerar que había llegado el momento de tomar

cartas en un asunto que se le estaba yendo de las manos. Una administración con semejante carga a sus espaldas era una administración expuesta al fracaso.
Le alarmó recibir una llamada por su teléfono privado y más aún le alarmó reconocer la voz de quien hablaba.

Escuchó en silencio, sopesó la propuesta porque había aprendido a no dejarse llevar por los impulsos y comprendió que podía constituir una magnífica oportunidad de cara al futuro, por lo que se tomó un par de minutos antes de responder:

—Me alegra que sepa apreciar mis ideas y le agradezco el honor que me hace, pero creo que no me apetece salir a cenar con usted. No, por favor, le ruego que no insista… ¡Adiós, Mister Trump!



ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA. Natural de Santa Cruz de Tenerife (España), nací el 11 de octubre de 1936. Antes de cumplir un año, mi familia y yo fuimos deportados por motivos políticos a África, donde permanecí entre Marruecos y el Sáhara hasta cumplir los dieciséis años. A los veinte, me convertí en profesor de submarinismo a bordo del
buque-escuela
Cruz del Sur.

Cursé estudios de periodismo y en 1962 comencé a trabajar como enviado especial de *Destino*, *La Vanguardia* y, posteriormente, de Televisión Española. Durante quince años visité casi un centenar de países y fui testigo de numerosos acontecimientos clave de nuestro tiempo, entre ellos, las guerras y revoluciones de Guinea, Chad, Congo, República Dominicana, Bolivia, Guatemala, etc. Las secuelas de un grave accidente de inmersión me obligaron a abandonar mis actividades como enviado especial.

Tras dedicarme una temporada a la dirección cinematográfica, me centré por entero en la creación literaria. He publicado numerosos libros, entre los que cabe mencionar: *Tuareg*, *Ébano*, *Manaos*, *Océano*, *Yáiza*, *Maradentro*, *El perro*, *Viracocha*, *La iguana*,

Nuevos dioses, *Bora Bora*, la serie *Cienfuegos*, *La ordalía del veneno*, *El agua prometida*, la obra de teatro *La taberna de los cuatro vientos*, la autobiografía *Anaconda* y *Por mil millones de dólares*. Algunas de mis novelas han sido adaptadas al cine.